



SANTIAGO

RUSIÑOL

ALELUYAS

DEL

SEÑOR ESTEBAN

PC3941

. R8

A4

PC3941



1020025695

ALELUYAS DEL SEÑOR ESTEBAN

Núm. Clas. N
Núm. Autor R 955a
Núm. Adq. 33809
Procedencia - 8 -
Precio
Fecha
Clasific. 549
Catálogo

SANTIAGO RUSIÑOL

ALELUYAS

DEL

SEÑOR ESTEBAN

TRADUCCIÓN DE

G. MARTÍNEZ SIERRA



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNÁNDEZ
Calle del Arenal, núm. 11.
1908



85883

33809

663
R.

PC 3941

R8

A4

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

ESTEBANILLO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de los Suc. de He.nando, Quintana, 33.

ESTEBANILLO

I

Del modo natural con que Estebanillo llegó á este valle de números.

El día en que nació Estebanillo, su padre, el señor Ramón, después de esperar años y años á aquella criatura tardía, por contingencias del comercio, no pudo estar «perenne» al lado de su esposa.

Las compradoras bachilleras parecía que se habían conjurado para no dejarle cumplir como padre, y allí, en «La Puntual», la tienda de sedas más acreditada en cuatro calles á lo largo, que una vara de trencilla, que una de puntilla, que tres cuartas de fleco, entre compra y charlatanería, le fueron entreteniendo detrás del mostrador, mientras la pobre mujer, arriba, en el entresuelo, cumplía la misión materna de dar fruto á su Ramón, con la comadrona en la alcoba y dos vecinas en la sala.

Fuera de la alcoba llovía una lluvia fina, un polvillo de humedad que iba enfangando la calle, la acera

y «La Puntual». Enfrente, en el cuartel de Artillería, no estaban ni el centinela ni los oficiales que se balancean en las mecedoras de la puerta. Las dos filas de ventanas simétricas y «en formación» de la fachada estaban disciplinadamente cerradas; la faja de gris de cuartel que decora estos edificios desteña paredes abajo; las mulas; los soldados y los cañones parecían estar encerrados en una piscina, y hasta el olor á cocina, á cuadra y á hombre que sale de esos establecimientos de pólvora, era un hálito empapado en agua.

La tarde no podía ser más triste para un nacimiento, pero el señor Ramón no tenía tiempo ni se podía permitir el lujo de estar triste. Un oído en las compradoras, para saber lo que le pedían, y otro en el entresuelo por si le pedían ayuda; el pensamiento le saltaba desde la cama de su mujer á la vara de trencilla. Lo que pasaba arriba era muy serio: ser padre; lo que pasaba en la tienda era tan serio como lo otro: el negocio. No estar con el hijo que estaba al llegar era faltar á un deber sagrado, y no pensar en el despacho de la tienda, que era el porvenir de aquel hijo, era faltar á dos deberes: el deber de abajo y el de arriba; y entre las dos obligaciones, iba repartiendo los sentimientos lo mejor que sabía: la atención comercial para las mujeres del despacho; el corazón de padre para las angustias de arriba.

De cuando en cuando, subía un momento, daba ánimos á la mujer y volvía á vender madejas.

De cuando en cuando, bajaba una de las vecinas, le decía que ya iban á terminar, que era cosa de media horita, que pronto sería padre, y que no descuidase la venta, que ellas ya cuidaban de todo.

De pronto, entre vara y vara, una duda, un ¿quién sabe?, le acudió al pensamiento. ¿Será niño? ¿Será niña? La comadrona había asegurado que sería un muchacho. Lo indicaba la luna. Una amiga de su mujer, que había tenido cinco hijos, decía que sería niña. Ella sabría por qué. El médico, para ahorrarse compromisos, había dicho que no lo sabía ni lo podía asegurar; y él, que no era comadrona ni médico, pero entendía de botones y sedas, no sabía más que una cosa: esperar, y que fuese lo que Dios quisiera; si era chico le pondría á la tienda; si no lo era, á buscar un yerno tendero y á interesarle en el negocio.

Él, eso sí, estaba todo lo sereno que puede estar quien cumple una misión, aunque esta misión sea vender, mientras esperaba una señal, un grito, un llanto de niño que le anunciase el momento, el acto solemne de ser padre; un hecho tan importante para él y para «La Puntual» no podía ser momento de silencio; no es uno padre así como así; algo tenía que anunciar que empezaba un destino. La gente no viene á la tierra sin avisar de un modo ó de otro, ¡qué diantre!; y considerando todo esto, se decía á sí mismo, puntualizando: «Despachemos, que para eso hemos nacido; pero en cuanto sienta dar el grito, aunque me lleven la estantería, subo corriendo. No quiero que sean manos ajenas las que reciban al niño.»

Pero el niño no llegaba y las compradoras no dejaban de venir. Entraban una á una, dos á dos, en grupos. Venían á curiosear, pero de paso hacían gasto. Hacía años que en «La Puntual» no se había hecho tanto cajón. «Si todos los días tuviese un hijo, pensaba el señor Ramón, con unos cuantos hijos y en unos cuantos años me hacía hombre respetable.»

En un momento de calma que hubo, volvió á subir al lado de ella. Le estrechó la mano conmovido, emocionado, digno, como si le viniese á decir: «Aunque estoy abajo, ya sabes que puedes disponer de mí como marido en todo y por todo.» Buscó una palabra tierna que la animase en la lucha, pero como con el trajín del comercio no había tenido tiempo de aprender palabras tiernas, no se le vino ninguna á la boca, y... le volvió á estrechar la mano. No sabía qué hacer ni qué decir; quería dar órdenes y no sabía á quién. Quería que se viese que era todo un hombre: un hombre sereno, activo; sobre todo eso, un cabeza de familia activo, y como no podía activar nada, hubiera deseado ser comadrona para no tenerse que estar demás.

En la sala ya no eran dos ni tres las mujeres que ayudaban á bien parir. Eran seis, ocho, todo un corro que, á la media luz que había, y siendo todas iguales como eran, formaban una faja negra en derredor de la sala; una faja de medio luto: con las manos sobre la falda, á cada lamento que oían contestaban con un suspiro, especie de *ora pro nobis* de la letanía del venir al mundo.

El señor Ramón tampoco era apto para el ramo de suspirar; el señor Ramón estorbaba y la comadrona lo echó de allí diciéndole que se fuese al despacho y no estuviese inquieto, que en cuanto fuese padre ya lo notaría.

Una vez abajo despachó dos madejas, tres agujas de hacer media y dos carretes, y como se marcharon las mujeres se volvió á quedar demás.

«Subiré, se preguntó. No, que estorbo, se respondió. Hasta que llegue la hora, más vale que no me mueva. ¿Se parecerá á mí ó á Rosita? Pronto lo sabremos. ¿Avisaré á los padrinos que vengan? Ya vendrán, no nos precipitemos. ¿Qué voy á hacer? Esperar el grito. Esperar el grito que me avisará que soy padre.»

Y esperando el grito, como ya no entraba nadie, se puso á arreglar las cajas; las de la derecha á la izquierda, las de los carretes abajo, las de los botones á un lado, aquí la lana, allí el algodón, más lejos las tren-cillas.

Todo arreglado se asomó á la puerta. Seguía lloviendo. Un canalón, más abajo, hacía un ruido monótono. Pasaba de prisa algún carro, con el carretero bajo un saco echado por la cabeza. Pasaba gente llena de barro; el cielo parecía de plomo; la tierra era un mapa de charcos, y allí, frente á la tienda, las ventanas del cuartel parecían las de una fábrica que tuviese las máquinas paradas. De pronto un toque de corneta resonó como la trompeta del Juicio en la frialdad de las salas, y fueron llegando soldados.

El señor Ramón, por hacer algo, los iba contando á medida que entraban. «Cuarenta, cuarenta y dos, cincuenta, cincuenta y ocho...»

—¿Qué hace usted que no sube? — gritó la comadrona.

—¿Ya está? — exclamó el señor Ramón todo emocionado.

—¡Jesús! Pues no hace poco rato. Ha nacido mientras tocaban á rancho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 12 1831
Año. 1625 MONTECERRATO

II

Estebanillo queda aprobado. — Peso de Estebanillo. — Preparativos para celebrar un bautizo digno de «La Puntual», de los «puntuales» y de Estebanillo.

La comadrona tuvo razón: era luna de niño, y fué niño.

El señor Ramón le cogió con cuidado para que no se le cayese; se conmovió; besó á la madre; besó al hijo; dió la mano á tantas manos como había en la sala... y tampoco supo qué decir.

¿Á quién se parece la criatura?, fué lo primero que pensó. Estaba tan colorado y tenía los ojos tan cerrados, que no se parecía á nadie.

Unos decían que tenía los ojos de la madre (los ojos cerrados); otros la mismísima frente de su padre (una frente aplastada y caída hacia atrás); la señora del piso principal decía que se parecía á los abuelos; la comadrona, á todos juntos; pero el señor Ramón estaba en lo cierto: no se parecía á nadie.

Puede que cuando no estuviera tan colorado se le notara alguna semejanza; pero por el pronto era aventurada toda especie de horóscopo. No tenía la nariz

corta ni larga; no era ni muy grande ni muy chico; no tenía el pelo ni negro ni rubio. Una criatura hermosísima, eso sí, según el parecer de todos los presentes; pero ¿por qué era tan hermosa? Porque no sabían si era fea, y, mientras no se demostrase lo contrario, quedó decidido que era hermosa.

Envolvieron al pobre muchacho, y en aquel primer suplicio de irle poniendo encima ropa y más ropa, todo el mundo se asombró de una cosa: no lloraba. Acababa de nacer y ya parecía saber por experiencia lo que había de ser su vida; le ponían de espaldas, y... callaba; le sentaban, y tan callado como de espaldas; le lavaban, y no se movía; le secaban, y como si le lavasen. Tanto le daba el agua fría como caliente. Tenía una tibieza en la piel por la que se comprendía decididamente que nunca sentiría frío ni fiebre.

Todas las visitas le encontraron lo mismo: un chiquillo «sereno, reposado, razonable», un niño sosegado; con los nervios ni tirantes ni flojos; con las carnes ni flojas ni fuertes; con la sangre ni espesa ni clara; con apetito hecho á la medida, como lo desean ciertas madres.

¡Y que no vinieron pocas visitas! En cuanto corrió la noticia de que el señor Ramón en persona, después de tantos años de esperar el fruto de bendición, por fin había fructificado, aquello fué una procesión nutrida de parientes y conocidos á dar la enhorabuena, todos con las mismas miras: «Que la tienda no se perdiese, que el hijo continuase el nombre del padre, y que una casa que llevaba tantos años de vender

hilos y botones no se destroncarse comercialmente por falta de descendencia.»

El primero que llegó fué el abuelo, el señor Esteban, el padre del señor Ramón, el fundador de la casa, el tronco y raíz de «La Puntual», de aquella tienda de tanto crédito y de tanta fama, el que había puesto en la puerta aquel rótulo de honradez que hacía detenerse ante ella á la gente de bien: «Casa fundada en 1830.»

Era el señor Esteban un hombre práctico, lo que se dice un hombre práctico. Era el primero que en Barcelona había vendido carretes para máquina, el primero que había despachado cinta de goma, y el primero que importó las trabillas para los pantalones de punto. Á los treinta años de estar en la tienda, conocía el corazón «humano» de todo el barrio de Ribera; sabía cómo hay que tratar á la mujer desde detrás del mostrador, cómo se la insinúa á la compra; cómo se la deslumbra con los colores; cómo se le hace llevar, á fuerza de palabras dulces, una cinta descolorida, y cómo con una mirada salida del corazón se le hace comprar sin gana. Se había retirado del servicio activo con una fortunita, pero siguiendo interesado en la casa, á un piso en la plaza del Born, quedando como consejero y dejando al *hereu* que se explayase y dejase explayar al nieto, el día en que llegase el nieto, aquel nieto que tanto se hizo esperar..., pero que por fin vino á llenar la casa de alegría, tanto comercial como íntima.

La segunda que vino fué su mujer, la señora Feli-

cia. Ella no había nacido para persona práctica, pero acabó por serlo. De joven quería ser monja. ¡Pobrecilla! No sabía del todo por qué, ¡pero quería ser monja! Ya se había despedido de sus padres; ya apartaba los ojos de este mundo; ya consideraba la vida como una especie de prisión, con hombres por carceleros, como un nacimiento de miserias con la estrella de gloria sobre montes de corcho, cuando un día, yendo á comprar algodón azul, desde detrás del mostrador ¡ay! la habló aquel hombre práctico, y la habló como hablan los hombres prácticos: «Te quiero; quiéreme; tengo casa de 1830; tú me pareces trabajadora; venga contrató matrimonial, y á casarnos.» Y ella, que no había visto nunca más que estampas de santos que miran á lo alto, cuando la miraron de hito en hito no tenía práctica de decir que no, y en lugar de encerrarse en el convento, se encerró en la tienda.

Después vino la señora Pepa, madre de la parturiente, y le costó mucho trabajo venir, porque no tenía salud. Á la pobre señora Pepa no le distinguía más que eso: el no tener salud. Todo lo tenía menos salud. Vivía años y años; iba tirando; hasta era alegre y regocijada, y sin más que esta tara: la falta de salud. Todo el mundo decía lo mismo: «¡La pobre señora Pepa!»; y cuando habían dicho «¡La pobre!» ya no encontraban más que decir de ella.

Más tarde bajó otra vez la señora del piso principal. Una señora respetable por eso, porque era la del piso principal; una de esas señoras que se dice que

«entran» en casa porque se sabe cuándo entran, pero no se sabe cuándo saldrán. Después vinieron las tres primas, tres fabricantes de chocolate, retiradas del comercio, del chocolate y de todo, tres hermanas que habían hecho voto de quedarse las tres solteras, y habían cumplido la promesa, y como las tres llevaban hábito (una correa y siete dolores cada una, ó sea veintidós dolores), y como siempre iban juntas, y siempre vestían igual, los comerciantes de la vecindad las llamaban por mote las tres Marías en comanda. Después la carnicera, buena mujer, pero mal hablada; la estanquera, viuda del estanquero, que esté en gloria, y, por fin, el señor José Forment, el amigo de confianza de la casa.

Este señor José Forment hacía veinte años que venía á la casa por mañana y tarde. Era un hombre de edad madura, también retirado del negocio, serio, y siempre vestido de levitas: cuando hacía calor llevaba una, en tiempo medio dos y en invierno todas las que tenía. Era el consejero de la casa, pero un consejero sin consejos. Llegaba como un reloj. Daba los buenos días á todos, aunque no hubiese nadie; decía: «Hace frío, hace calor.» Y se sentaba siempre en el mismo sitio, una hora justa después de comer y otra después de cenar, como quien toma dos baños de asiento, y se marchaba diciendo: «Mañana hará frío» ó «Hará calor», hasta el día siguiente á la misma hora, á la siesta en dos sesiones.

En cuanto estuvieron todos en casa, los que no eran bastante de la familia se quedaron en la tienda,

y la gente de más respeto subió al entresuelo. Eran tantos para el tamaño de la sala, que hubo que traer sillas del comedor y hasta de la alcoba para que todos se sentasen. Entre muebles y personas quedó aquello atestado. Por las paredes, los retratos de toda la heráldica del fundador de «La Puntual», en cristales de daguerreotipo, de los que sólo quedaba el cristal. En el balcón, para que los artilleros no curioseasen, un *store*, hecho con retales de tiras bordadas que no habían tenido salida; en medio, ese tocador que hay en todas las casas honradas; en un rincón, un gato vivo, hecho un rollo como un manguito, y en las sillas la familia, por el orden correspondiente: el señor Ramón cerca de la puerta, porque tenía que subir y bajar; el abuelo, el señor Esteban, á la derecha, y la abuela, la señora Felicia, á la izquierda, con las tres primas enfrente, sentadas en tres sillas. Cerca del balcón, la señora Pepa, que, como estaba tan mala, ¡la pobre!, allí se podía airear; por las sillas de en derredor, la señora del piso principal, que eran las tres de la tarde y aun no había comido por hacer un ratito más de visita, y algún otro pariente de sobra, y el señor José Forment, ya se sabía, en su sillón, un sillón en el cual de tanto sentarse se había incrustado de tal modo su cuerpo, que cuando no estaba allí se conocía su presencia por el hueco.

Una vez reunidos, claro es, sacaron á la criatura, que estaba en la cama de la madre; volvieron á inspeccionarla, y todos la encontraron conforme, menos el práctico señor Esteban, que puso mucho empeño

en que subiesen una romana, y que no aceptó de buen grado el ser abuelo hasta que vió que el nieto tenía el peso natural: unas seis libras y media.

Después hablaron del bautizo, y «medió» alguna diferencia, no porque se discutiesen los padrinos, que no podían ser más naturales, sino para la realización del acto.

Doña Felicia quería que fuese á pie y en seguida. Aquella misma tarde.

— Fuera escrúpulos — dijo —. La vida y la muerte las tiene Dios. Hoy estamos aquí, y mañana puede que no estemos; y si una criatura se va al limbo, los padrinos son los responsables.

— Pues yo hasta mañana no puedo ir — dijo la abuela materna —; hasta mañana no tendré la mantilla. Un niño que acaba de nacer no se puede morir así tan de prisa.

La madre, desde la cama, habló; pero como no la oyeron, no la contestó nadie.

— Yo soy hombre práctico — dijo el señor Esteban —. Soy el padrino, y pago; y si no pagase como padrino, pagaría comercialmente. La Casa es la Casa, y este pedacito de criatura, que, con perdón de los padres sea dicho, ahora no daríamos por él dos cuartos, con el tiempo será la Casa también.

— Pero no seas malgastador — le contestó su mujer —. ¿No ves que la iglesia está aquí al lado? ¿Qué falta hace el coche?

— Por el mismo precio iremos á dar una vuelta — le replicó el señor Esteban.

— ¿Y cuántos coches tomaremos? — preguntó el padre.

— Los que hagan falta. Uno en que quepamos todos juntos. Seremos diez: ocho dentro, uno fuera, y la criatura donde corresponde, en brazos de la madrina.

— Entoncés lo mejor será un faetón — dijo el padre.

— Sí, señor; un buen faetón. El mejor que se encuentre.

— No hablemos más; queda aprobado. Mañana á las cuatro todos aquí.

— No faltaremos — dijeron las tres Marías en terceto.

— Que Dios les dé á ustedes muchos años de vida — fueron diciendo todos al salir.

— Hace fresco — dijo el señor Forment, saliendo detrás de la parentela.

III

Donde se ve lo que cuesta hacer pasar un niño por entre el trá-fago comercial. — Donde se ve el bautizo. — Y donde se ve que no pasa nada que valga la pena de contarse.

Al día siguiente, el día solemne del bautizo, un brillante sol de primavera salió á iluminar el barrio.

En cuanto el señor Ramón se levantó y abrió los postigos del balcón, despertó á su mujer para decirle:

— ¡Qué día, Rosita! ¡Qué día para ir de bautizo! Lástima que te tengas que estar en la cama y no puedas venir con nosotros.

— Otra vez será — dijo ella, y se volvió del otro lado.

Realmente estaba tan hermoso el día, después de tantas horas de llover, que se podía pagar por verle. Enfrente, en el cuartel, sacaron las mulas á tomar el aire, y las ataron á lo largo de la pared, formando una ringlera de colas que iba de punta á punta del edificio. Aquello era una espedura de patas que no se estaban quietas; un enjambre de moscas que no dejaban parar á las mulas. Un artillero y una mula

habían hecho una apuesta: él á irle dando palos hasta que ella dejase de dar coces, y ella á estar dando coces hasta que él dejase de darle palos, y la porfía duró media hora, hasta que se cansaron los dos á un tiempo. Por las ventanas del piso segundo se veía limpiar cananas, machetes y chismes de hacer daño. Cantaban los artilleros, dentro de aquella jaula espaciosa, en valenciano, en gallego y, sobre todo, en andaluz, con cada ¡ay! y cada gemido de alegría que hacían temblar los cañones. Por la puerta principal, los asistentes sacaron mecedoras y sillas; salieron los oficiales á hacer guardia, y allí, tomando una copita, comentaban el periódico. Que si el mes pasado se habían muerto de muerte natural veinte capitanes más que el anterior; que si faltaba que muriesen tantos más para que corriese el escalafón; que si con un poquito de guerra la cosa iría más de prisa. Algunos de ellos daban órdenes; cuatro quintos solos y en fila iban marcando el paso y contando, pero sin llegar más que á dos, como si los cuatro se hubiesen vuelto locos; hasta que en un momento dado, no se sabe qué mosca les picó á las mulas, que ya no hubo quien las sujetase; á saltos, á empujones y á patadas corrieron al establo.

Realmente la Naturaleza, con intervención del hombre, que es su criatura más perfecta, hasta en aquel rincón de plaza sacó lo mejor que tenía para preparar un día de bautizo, y el señor Ramón lo notaba y despachaba la trencilla como si vendiese varas de alegría.

Á todas las parroquianas que entraban, aunque no hiciesen gasto, rebosando satisfacción, les decía lo mismo: que era padre de una criatura que pesaba más de siete libras.

La mayor parte de las compradoras no decían nada, porque no sabían si era poco ó mucho, pero todas se alegraban tanto.

Á alguna le parecía que era demasiado, y otras, las más charlatanas, hablaban de criaturas vivas que habían nacido pesando ocho libras, y ocho y media, y hasta nueve libras y pico; pero el señor Ramón no se apuraba. Sabía lo que son balanzas.

— Hoy es el bautizo — les decía —; hoy es la primera vez en mi vida que tendré que cerrar la tienda.

— Pero no será la última — respondíanle —; usted aun es joven, señor Ramón.

Y salían mirando de reojo á aquel ramillete de artilleros que había en las ventanas.

— ¡Qué buen día hacer! — dijo el primero que llegó para el bautizo, colocándose en el mismo sitio que el día anterior.

— ¡Qué buen día hacer! — fueron diciendo todos los demás, sentándose en sus sitios correspondientes.

— ¡Hermoso día! — dijo el señor José Forment, encajándose en su sillón.

Y la madre, desde la cama, también dijo que hacía buen día sin saber por qué, si porque bautizaban á su hijo, ó por contagio de oírsele decir á los demás.

Sea como quiera, ya estaban allí todos. El señor Esteban, todo de negro, con una corbata de raso que

le daba tres vueltas al cuello y aun quedaba corbata para el nudo; su señora, de lanilla, también á toda negrura; la señora Pepa con aquella manteleta que le llegaba hasta las rodillas; las tres primas de luto crónico, es decir, de hábito, pero con las correas nuevas y los dolores de plata relucientes; el señor José Forment con la levita mejor por la parte de fuera; la comadrona con uniforme de bautizo; el padre serio, y la criatura metida en una capa que no dejaba ver más que una cara como una camuesa rodeada de lienzo blanco.

El faetón ya estaba esperando. Á las tres había llegado, y en todos los balcones había gente admirada de ver aquel coche que llevaba un cochero con librea, guantes, botones de oro, sombrero de media copa y un clavel encarnado en la oreja.

Se despidieron de la madre que lloraba de alegría, salieron y subieron al faetón, los ocho convidados dentro y el señor Ramón en el pescante.

Según habían convenido, en vez de ir derechos á San Cugat, que era donde tenía que bautizarse el niño, quisieron aprovechar el gasto y se fueron á dar una vuelta. Primero pasarían, según lo tratado, á todo lo largo del cuartel; después por el paseo de San Juan; después por la calle de la Princesa, plaza de San Jaime, calle del Obispo, y en llegando á la Plaza Nueva, se meterían por los callejones, y á San Cugat por donde pudiesen.

Por delante del cuartel pasarón al trote; los dos caballos eran arrogantes; dentro del coche no habla-

ba nadie, pero reinaba gran armonía; fuera, el cochero explicaba al señor Ramón las cualidades del ganado; pero al llegar delante del Rec hicieron la primera parada. Toda la calle de la Princesa, la de los Sazonadores, hasta el Born, era un barullo de carros, de gritos, de trajín, de bullicio. De un almacén lleno de telarañas sacaban paquetes de algodón, los daban un empujón, los apoyaban en el carro, y, del empujón, los echaban encima; al lado, en otra tienda, estaban tirando al suelo pieles de vaca que olían á bencina y á animal disecado; más allá metían drogas en el fondo de una cueva y se había vertido una gran ampolla que hacía como un reguero de humo; más lejos sacaban bacalao secos, tiesos y prensados; aquí fabricaban botas, allí descargaban hierros con estampido de metralla, y por todas partes apuntaban, gritaban, escribían, renegaban, y el ruido era tan fuerte, que dentro del faetón se sentía un rumor como de quien se pone un caracol en el oído.

Después de una parada de media hora, cuando todos acabaron de descargar, pudieron seguir adelante, hasta llegar á la calle de Moncada, y allí, segunda estación, pero esta vez con parada y fonda. Entre un tren de carros que venían y una ringlera de ellos que volvían, dejaron encajonado el faetón dentro de un nudo de comercio, de bautizo y de mercaderías que no había medio de deshacerlo.

Los de un lado decían á los otros que tirasen hacia delante; los de delante reculaban; los de la derecha empujaban; el caballo del carro de ~~detrás metía la~~

cabeza en el faetón y ponía el morro en la falda de una de las tres Marias; los del faetón tenían el morro engastado en un fardo de algodón; el guardia municipal se había ido por no tener controversia; los de la calle daban órdenes, los de los carros insultaban; todos gritaban, todos mandaban; empezó el coro de reniegos, y el cochero del bautizo en persona, saliéndole de dentro el carretero que llevaba bajo los guantes verdes y la librea, renegó más que ninguno, y hasta bajó del coche, desafiando á toda la calle y á todo el comercio de Ribera.

Los de dentro estaban serenos. Les contrariaba un poco aquel atranco comercial, pero eran gente que sabía hacerse cargo, y comprendían lo que es el tránsito. Si se hubiesen atrevido y no hubiesen ido vestidos de negro, hasta hubiesen bajado á ayudar á descargar los carros.

El señor Ramón daba consejos á una con el cochero; la madrina le encargaba que, sobre todo, no se comprometiese; el señor José Forment callaba, y el padrino, el señor Esteban, hasta dejó escapar una sentencia:

—Primero es el comercio que el bautizo—dijo—. La criatura puede esperar, y el género, si no se entrega á tiempo, sufre merma y avería.

Por fin hubo un poco de movimiento. Los carros empezaron á andar, y el coche, entre el carro de algodón y uno de petróleo, echó á andar también siguiendo á los carros, y así fueron hasta llegar á San Cugat, hechos un *sandwich* de bateo.

— Á ver si descargan ustedes de prisa — les dijo el carretero de detrás.

— Descargaremos si nos da la gana — saltó el cochero bautismal.

Y para evitar garrotazos en día tan señalado, saltaron todos aprisa del coche, menos la señora Pepa, ¡la pobre!, que la tuvieron que bajar.

Ya en el suelo, entraron al niño en la iglesia; eso sí, entraron casi á tientas, porque el templo estaba á oscuras. En los altares no había cirios, las paredes parecían de merino gris, y en lo más alto de todo entraba por dos vidrios verdes y amarillos una claridad de cámara fotográfica que marcaba dos cintas á unos ángeles que estaban sentados en la barandilla de una cornisa, y que no se caían por eso: porque eran de madera y eran ángeles.

El señor Esteban tropezó con un banco y dijo malhumorado:

— ¿Dónde tienen el despacho en este demonio de parroquia?

— Tenemos que ir á la sacristía — respondió la comadrona.

Pero en la sacristía no había nadie, y el señor Esteban dijo:

— Casa en que no hay nadie en horas de despacho, no puede andar de buena manera.

— Ya vendrán, hombre — le contestó la madrina.

— Es que deberían estar aquí perennes — respondió de nuevo el padrino —. No se tienen las puertas abiertas para no dar gusto á la parroquia. Y nosotros

somos la parroquia. Á todos nos han bautizado en la casa; y si no que miren los libros; y si no los quieren mirar, yo se los enseñaré al señor vicario en cuanto venga. Quiero que sepan con quién se las han, y que si se protesta una letra, también se puede protestar una criatura.

Pero mientras quería protestarla, salió un capellán de un altar, seguido de un monaguillo, y se dirigieron á la pila.

Fué un bautizo rápido y conciso. Ponerle Esteban, Luis y Pablo, quitarle la gorra, echarle el agua y leer cuatro obligaciones, fué cosa de un momento.

Ni la criatura se enteró.

— Para lo corto que ha sido, me parecè caro — dijo el señor Esteban al salir —. Nos han hecho un bautizo de segunda.

— Todos son iguales — le respondió la comadrona —. En los bautizos no hay diferencia.

— ¿Que no hay diferencia se atreve usted á decir? — replicó el señor Esteban —; pregúntemelo usted á mí si la hay ó no la hay. Cuando la criatura es más de pago, se miran y se entretienen más. Echan más latines, más agua y más bendiciones.

— Vamos, Esteban, no te descompongas — le dijo su mujer —; vamos á buscar el coche, y déjate de historias.

El coche estaba á la puerta y los caballos también; pero el cochero... ¿dónde demonios estaba el cochero?

Le llamaron. Echó el señor Ramón calle arriba y el señor Esteban calle abajo; dieron voces; desperta-

ron á un municipal que estaba durmiendo, y ¿saben ustedes dónde estaba el cochero? Estaba en una esquina, ayudando á levantar un carro, al que se le había atrancado una rueda.

Si no hubiese sido por el renegar y por el clavel que llevaba en la oreja, no le hubieran conocido: se había quitado la librea, y en mangas de camisa estaba forcejeando sobre la rueda; y hasta que no arrancó el carro, no le pudieron arrancar á él de la rueda.

— Andando, cochero, y á casa de prisa — dijo la señora Pepa.

— Sí que han despachado ustedes pronto — contestó el cochero —. Todavía no he ganado yo medio jornal.

— Déjate de jornales, y al coche — le dijo el padrino con energía.

Y volviendo á subir al coche, por el mismo orden en que habían venido siguieron por la calle de San Cugat, hasta que, llegando al Portal Nuevo, volvieron á encontrar un río de comercio, y siguieron la corriente.

Allí estaba el negocio de pieles, de quitamanchas y de tintorería, que ensuciaba las calles. De dentro de un subterráneo sacaban animales desollados, cuyas pieles llevaban á curtir; de los tejados colgaban andrajos de algodón blancos, amarillos, color azul de soldado, color negro de viuda, colores tornasolados, goteando por las fachadas y tiñendo por las aceras; por dentro de las tiendas negras se sentía tintinear yunques; en los patios serraban maderas; por los

callejones estrechos los caballos tiraban de los carros, resbalando sobre las piedras húmedas y haciendo saltar chispas, y los almacenes se vaciaban para llenar otros almacenes, con un trajín que no cesaba nunca.

Los hombres de nuestro bautizo se miraban satisfechos de aquel movimiento de vida. Iban como peces en pecera dentro del faetón, peces que nadaban dentro de su elemento. Se sentían leña de aquel fuego, rueda de aquel engranaje, correa de transmisión de aquel trajinar de comercio, y bajo el vestido de los días de fiesta llevaban la vanidad de tener raíces en aquel barrio y de llevar un retoño que si hoy no era más que esqueje, tiempo había de llegar en que sería árbol en aquel bosque de carros y de género.

Tanto es así, que cuando hubieron dado dos vueltas por el paseo de San Juan y vieron que en el paseo no había más que gente solitaria, el guarda aleargado, algún lector de novelas y dos ó tres viejos tomando el sol, dijeron al cochero:

— ¡Á casa, que ya hemos paseado bastante por aquí!

Y todos se pusieron tristes.

Tan tristes, que ni aun tomaron el chocolate con esa franca alegría con que debe tomarse el chocolate para que sea verdaderamente chocolate. Ni hablaron de comercio; como si dijéramos, que no dijeron nada. No se rieron como de costumbre, y sólo al despedirse el señor Esteban, el padrino, al poner á Estebanillo en brazos de su madre, le dijo con toda solemnidad:

— Rosita, aquí tienes á Estebanillo bautizado. Haz-

le un buen comerciante. Que honre el nombre de «La Puntual». Críale como es debido. Serio, moderado, prudente, buen pagador y buen cobrador, y práctico, sobre todo muy práctico, que el hombre es el que hace la casa y la casa es la que hace al hombre.

IV

Aleluya en la cual se explica con puntos y comas la reforma de «La Puntual», y donde se ve la influencia que puede tener un niño de tres meses en el ramo de mercería.

Ya que Estebanillo había venido al mundo á continuar el establecimiento fundado en 1830, mientras la madre le criase y se cuidase de fajarlo, mantenerlo y hacerle crecer, conforme había dicho el padrino, correspondíale al padre aumentarle la herencia y prepararle un porvenir sosegado, bien visto y conforme, con ambiciones mesuradas y perseverancia prudente.

Para prepararle el tal porvenir se celebró consejo de familia (allí no se movía una silla sin celebrar consejo de familia), y después de discutir con toda serenidad las contingencias de las cosas, los peligros del «giro» y las peripecias del mañana, después de haber puesto los puntos y comas á los proyectos presentados y de haber dormido dos meses sobre ellos, se resolvió precipitadamente repintar la tienda.

Por el pronto, el señor Ramón mandó á buscar un hombre de cabello largo, de pipa y de sombrero á lo

mosquetero, y le pidió un presupuesto. El hombre le lanzó una mirada de director general, y le dijo que le dejase hacer á él, que ya sabía lo que se hacía. El señor Ramón se mostró conforme, después de regatear. El maestro pintor envió un andamio, dos hombres con otras dos pipas, una fila de pucheritos y un mazo de reglas. El señor Ramón pidió actividad; el otro respondió que «Muy bien dicho»; los artistas empezaron el trabajo, y el señor Ramón empezó á sentarse en una silla de paja que puso delante de la tienda.

Lo de la actividad fué una figura pictórica. El artista no es activo como el tendero; el artista, cuando pinta una puerta, sueña, tiene sus ideales, y el tendero tiene otra cosa que hacer que entretenerse con ideales; y si el señor Ramón tenía prisa, los pintores tenían calma. Él que se estuviese sentado, que ellos ya irían pintando cuando tuviesen inspiración. Querían hacer una cosa bien hecha, bien acabada, una pintura de duración, que llegase hasta el 930. Sólo para poner los andamios tardaron dos días. (Ya ven ustedes si tenían empeño en dejar la cosa bien hecha.) Sólo en rascar la pintura vieja, otros cinco. Las capas de pintura de una tienda que tiene dos generaciones de costras y sudores comerciales, no se rascan así como así. Sólo en encender las pipas en los momentos de contemplación se les iban dos horas y dos cajas de cerillas; en cantar *La Traviata* una hora, y en subir y bajar del tablado para ver el efecto en perspectiva todas las horas que quedaban.

Verdad es que cuando empezaron á tirar rayas, aquello era una caligrafía. En las puertas hicieron un filete finísimo, y todo á pulso, que ni acercándose á tocarlo se le podía penetrar el secreto; en la estantería unas florecillas que eran una calcomanía; abajo un zócalo imitando mármol, que si le hubiesen puesto de plano se hubiese podido jugar encima al dominó; arriba una tracería que mareaba, y del rótulo no digamos. De «La Puntual», del *fundada* y de la fecha de 1830 bajaban unas sombras que recibían luz por los dos lados, que ya no se podía pedir más; hablaban, se salían del cuadro; eran tan naturales y tan propias, que de haber habido pájaros en la vecindad, así como no había más que artilleros y tenderos sin alas, se hubiesen ido á posar sobre ellas con un grano de alpiste en la boca, y se hubiesen llevado un chasco. Las había pintado el mismo amo: el del sombrero á lo mosquetero, que, según se ve, era un gran señor que había venido un poco á menos por reveses de fortuna, pero que tenía unas manos de plata.

El señor Ramón había estado sentado, es verdad; había estado sentado al amanecer, en pleno sol y al toque poético de oraciones; en su vida había estado sentado tanto tiempo; pero podía estar satisfecho. Los vecinos le felicitaban, le daban golpecitos en el hombro, le deseaban muchos años de vida para poder disfrutar semejante obra en compañía de la familia y de las personas de su mayor aprecio, y hasta los soldados andaluces, con ese hablar «dicharachero» que Nuestro Señor les ha concedido, echaron un

requiebro á la pintura, y hasta el tabernero de al lado, para felicitar al señor Ramón, le llevó un vasito de vino rancio, allí mismo, á la silla.

Y eso que no habían terminado. Se había hecho lo exterior, que ya es hacer; pero faltaba lo interior: la estantería, los armarios, el mostrador, las cajas y cajitas y todos esos cajoncitos íntimos que contienen los carretes y botones. Claro es que no era trabajo fino, ni decorativo, ni comprometido, como el que habían hecho en la portada; pero si dentro no había dibujos, lo que es listones y listoncitos sí que había para matar horas; y que las mataron es cosa segura. Como trabajaban á cubierto, no tenían tanta prisa; podían entretenerse... y se entretuvieron.

Por fin se llevaron los pucheretes, las pipas, las brochas y las reglas; dejaron el establecimiento hecho una taza de pintura, y, cantando el *Guillermo Tell*, los artistas se fueron. El único rastro que quedaba en aquel templo del comercio era la pintura reciente, que ensuciaba á cuantos entraban. El uno se llevaba un pedazo del mostrador en una pierna del pantalón; la otra un trozo de armario en los faraloes de la falda, y todos la nariz saturada de trementina; pero como todo se seca en este mundo, los colores se fijaron y se pudo colocar el género: cajas, trencillas, algodones, gorras de niño, ligas, corbatas, carretes y ovillos; y cuando todo estuvo colocado, fueron viniendo los parientes para hacerse cargo de la mejora, y cada uno fué diciendo lo suyo.

La señora doña Felicia, abuela materna de Esteba-

nillo, dijo delante de la fachada que aquello era un verdadero Edén; y en cuanto entró en la tienda, lo volvió á decir.

Á la pobre señora Pepa le dió por el llanto. Dijo:

— No teniendo salud no se disfruta de nada, y antes que las tiendas y que las pinturas al óleo y que las vanidades mundanas está el tener salud.

Las tres Marías, al entrar, dieron tres gritos á una, como si hubieran pisado tres cucarachas.

La señora del primer piso, aunque había ido viendo hacer la obra, se quedó tan admirada que no supo qué decir.

El señor Forment lo de siempre: que inauguraban con «buen día».

Y por lo que respecta al señor Esteban, dijo lo de siempre y un poco más: «Que Ramón se había vuelto loco, que había hecho demasiado, que el lujo pierde á las familias, que en la casa hay que consolidar el crédito, y que bajasen al niño, que quería hablarle.»

Bajó la madre con un paquete dentro del cual estaba Estebanillo, y en cuanto le tuvo delante, el señor Esteban le dijo:

— Tienes tres meses; llevas un trimestre de estar en el mundo. De hoy en un año tendrás un año y tres meses; y sumando años en el Haber, de aquí á veinte años serás un hombre. Recuerda entonces lo que ahora te digo, que ya te lo repetirán cuando llegue la hora. Recuerda que yo, el abuelo, tu abuelo, que entonces ya estaré en el cielo, te hice bajar á la tienda como si te llevase á la iglesia ó á poner

una primera piedra. Esta ha de ser tu iglesia, para esperar la del otro mundo. Vive aquí y trabaja aquí, y sobre todo economiza aquí, que dos y dos son cuatro, y cuatro dan ocho, y ocho diez y seis, y el multiplicar con prudencia y medida es lo que honra al comerciante. Ya que tu padre ha hecho el gasto, hazle producir un interés que no sea de usurero, pero que no sea de derrochador. Ya lo sabes, y ya sé que ahora no me entiendes; pero te lo volveré á decir cuando llegue el momento, porque los demás me entienden de sobra.

Tanto le habían entendido los demás, y tanto les había tocado en el corazón aquel sermón de economía, que cuando terminó todos lloraban.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"SAN JOSE DE REYES"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO

33809

V

Primeros pasos de Estebanillo en la tienda. — Buenos agüeros y buen horóscopo.

De aquel día en adelante, la «esposa» del señor Ramón, repuesta del trance maternal, se instaló en la tienda é instaló también á Estebanillo.

Tanto le instaló, que ya nunca debía moverse de allí.

En vista de que había tenido un hijo, se decidió á tomar criada. ¡Hasta criada llegó á tomar! El señor Esteban tenía razón: se habían vuelto locos. Pero para decir las cosas tal y como son, la criada que tomaron, por lo pequeña y desdichada, casi no lo era. Era una chiquilla de ocho años, pobrecita, que se había quedado desamparada, que se llamaba Pepeta, como todas, que era flaca y corta de vista, y tan encanijada y desganada, que con cañamones ó alpiste la hubieran podido mantener.

El señor Ramón y su esposa, en otro consejo de familia, habían hecho sus planes: Pepeta barrería la casa, fregaría la loza, limpiaría el sillón del señor

Forment, el armario de luna, y oídaria el puchero; él se ocuparía de las compras comerciales, del ramo de administración y de la teneduría; y ella, detrás del mostrador, á vender y á criar al heredero de la casa; y si así no marchaba la casa, el comercio era un mito.

Conformes en este plan, la dueña y señora del señor Ramón y madre de Estebanillo se instaló, como hemos dicho, detrás del mostrador; pero como era tan gruesa, parecía que había dos mostradores. No es que de soltera hubiera sido nunca desmedrada: la Rosita del señor Ramón, además de otras muchas cualidades (el don de no hablar casi nunca, el de ser amable con la parroquia, el de gastar poco aceite y menos carbón), había sido siempre razonablemente gruesa; pero desde que había nacido Estebanillo, parecía como si tuviese á orgullo el ir aumentando en carnes. Había tomado aspecto de Hueca.

Estebanillo no se daba cuenta de nada. Iba mamando y creciendo. Verdad es que crecía con parsimonia, pero no paraba de crecer. Aquel color de camuesa que tenía al venir al mundo se había ido apagando, y ya no tenía color ninguno. Á medida que se iba formando, se había vuelto de un moreno gris, de un rosa esfumado, del color de que se vuelven las cosas que no se sabe qué color tienen.

Estebanillo iba creciendo, pero no despertaba á la vida. Tenía seis meses, y continuaba sin llorar; y aquella falta de lágrimas tenía admirada á la familia. Todo lo más que daba era un gemido, un grito moderado, que no era que se quejase de nada, sino ayiso

de que tenía hambre. En cuanto á reir, ni sospecharlo; y de eso sí que no se sorprendía nadie, porque en «La Puntual» venía de padres á hijos ese empeño de no reirse. Estebanillo sería serio, serio como sus antepasados. Un muchacho formal y juicioso, que continuaría la casa con aquel sentido del crédito tan recomendado por el señor Esteban.

Dos ó tres detalles notables acabaron de confirmarlo. Un día, cuando ya tenía ocho meses, le enseñaron una madeja, y él, que era tan serio para todo, la cogió con cierta alegría y se abalanzó á ella. Otro día, al cumplir un año, vió abierto el cajón de los cuartos, y se quería meter dentro; y el que no sabiendo hablar aún, demuestra afición por las madejas y los cuartos, seguro es que ha nacido para el negocio.

Aparte de esto, no manifestaba inclinaciones particulares, ni se distinguía por nada más. Le fueron saliendo los dientes donde le tenían que salir, poco más acá ó más allá, sin dolor ni alegría; empezó á decir alguna palabra y algún número (más números que palabras); y dejó de aprender en cuanto le pareció que ya sabía bastantes para el gasto que tenía que hacer; empezó á andar cuando quiso ir á alguna parte; á comer platos hondos de sopas, con el ánimo bien decidido de quien ya sabe lo que quiere; y cuando ya supo andar y comer, dió una vuelta por la tienda, una vuelta aun vacilante; pero para el camino que tenía que andar, de sobra sabía.

Por lo demás, no molestaba á nadie. Si no hubie-

sen sabido que le tenían, no se hubiesen enterado de que estaba allí. Claro es que le querían; le querían todos; le querían, tanto por lo que era como por lo que representaba; pero como no había dado ocasiones de poner el cariño á prueba, le querían sin darse cuenta de ello. No había tenido ni indigestiones, ni sarampión, ni escarlatina, ni garrotillo, ni había pasado por ninguna de esas noches de peligro que hacen vibrar á las madres como hojas secas; no tenía risas de las que alegran el corazón y hacen besar riendo á los que las oyen. No hacía travesuras de esas por las cuales el padre amenaza con el corazón lleno de ternura. No sabía que existiesen reyes de los que pasan una noche al año repartiendo ilusiones y sueños; no sabía nada de nada; á él no le pasaba nada; no ponía á sus padres á prueba de emoción ni de afecto; y como no los ponía á prueba, es de creer que los padres y el abuelo y hasta los parientes le querían, pero con un amor sin revelar. En lugar de ver en él un chiquillo hecho de carne color de rosa, tejido en lágrimas y risas, le consideraban como un socio, un socio pequeño, que cuando llegase á mayor había de continuar aquel dichoso 1830.

Si no le hubiesen considerado como socio; si en lugar de crearle una rama de su árbol comercial, le hubiesen creído esqueje capaz de florecer en otro huerto, ¡ay!, el corazón de los padres es corazón de padres, pero tal vez le hubiesen aborrecido.

Pero no había temor de que así fuese. Su horóscopo estaba claro. Todas sus primeras inclinaciones y

todas su aficiones, en cuanto tuvo de cuatro á cinco años, no pasaban de la tienda. No llegaban ni al cuartel de enfrente. Solo, con un carrete de hilo, se entretenía horas y horas; le devanaba, le desdevanaba, parecía que quisiera contar las varas de hilo que tenía, como si ya presintiese la importancia que tiene eso de las medidas, y siempre le volvía á poner en su sitio sin equivocarse de caja. Con dos docenas de botones, poniéndolos en montones, en filas, volviéndolos á amontonar, se pasaba jugando toda la tarde, y si perdía uno dejaba de jugar y se ponía de mal humor; guardando los cartones que sobraban de las cajas y cajitas se entretenía días y días, como si ya tuviese instinto coleccionador. Si el aborrecimiento de los padres había de nacer de que él se apartase en sus aficiones de la frialdad de la tienda, por buscar el calor del más allá, no había miedo de que le aborreciesen. La luz de la calle, el azul del cielo, los árboles que se veían á lo lejos, el canto de pájaro de los niños, no parecía que le interesasen. Nunca tendía los brazos para alcanzar la luna y el sol. Si acaso los tendía era para alcanzar un ovillo, marca Koats, del número 24.

La casa, el abuelo, el señor Ramón, los antepasados, el 1830, la Puntualidad y el Crédito podían estar satisfechos del hijo que les había salido. Si todos juntos, símbolos y personas, hubiesen hecho un niño de encargo, no le habrían hecho tan perfecto. Silencio, discreción, economía, sequedad de emociones, de todo lo que hay que tener en la vida para no sen-

tir ni pena ni gloria, para no ser visto ni mal visto, para pasar sin tropiezo, para ir tirando y para no ser pobre, lo tenía aquella criatura. Sería «La Puntual» en persona, la propia «Puntual», el Menestral, la clase neutra.

Un día, á los seis años, ¡sólo á los seis años, señores!, estaba detrás del mostrador y despachó un pedazo de cinta, y al pagarle los dos cuartos que valía se quedó mirándolos por los dos lados para ver si eran falsos.

¡Nunca se había visto cosa semejante!

El abuelo, que le contemplaba enternecido, le dió un beso.

Era el primero que le daba.

VI

Aleluya de la escuela. — De lo que en ella aprendió Estebanillo.
De lo que no aprendió y de lo que no pudo aprender.

Aquel don que de modo tan claro, tan sorprendente y tan razonable demostraba tener Estebanillo para el comercio, no se podía dejar perder, á menos que el abuelo, los padres y todos juntos estuviesen locos, y lo que es locos no lo estaban; cualquier cosa estarían menos locos.

— La planta que no se cultiva — había dicho el señor Esteban, dejándose llevar sin querer por las sendas de la poesía —, la planta que no se cultiva, no crece. La tomatera necesita agua, y toda clase de verdura necesita abono y trabajo. El comerciante que no sabe de números es como flor sin aroma, y si no damos á Estebanillo el abono de los conocimientos que necesita toda persona que se quiere dedicar á producir, será eso: será una flor (lo de la flor le había gustado); será una flor de mercería que no llegará á dar semilla, y sin semilla perecen las casas y los establecimientos se hunden.

Toda esta tirada poética, en boca del señor Esteban, quería decir, traducida en prosa, que Estebanillo debía ir á la escuela.

¡Ay, sí! ¡Tenía que ir á la escuela! Por muy comerciante que nazca un hombre, no puede menos de ir á la escuela. Es el fielato moral para entrar en el comercio de la vida. Es el arma de paz más segura para hacer la guerra á los demás hombres. Es la espada intelectual con que arman caballeros á los niños para hacer de ellos héroes ó bandoleros, según el modo con que de ella se sirvan, y la criatura moderna, por muy entre botones y carretes que nazca, ha de adquirir instrucción si no quiere perder los botones y los hilos.

El señor Esteban sabía de una escuela que casi no era escuela; una casa de instrucción práctica, serena, metódica y concisa; una escuela en la cual no enseñaban retóricas, ni fleurys, ni urbanidad, ni doctrina, sino tanto es tanto, y multiplicado por tanto da tanto; donde no hacían perder el tiempo con quebraderos de cabeza, ni con historias del pasado, ni con horóscopos del porvenir, sino miremos hoy para mañana, y dejémonos de pasados; donde no llenaban la cabeza á los niños con letras puestas á lo largo, sino con números puestos á lo alto; y él mismo le llevó.

Esta escuela modelo estaba en la calle de los Flacaders. Para entrar en ella había que pasar por un patio lleno de jaulas de todos tamaños; pero no eran jaulas de ruiseñores ó de calandrias las que había en aquel patio (los menestrales de aquella calle no estaban por cantilenas). Las jaulas eran de animales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALELUYAS DEL SEÑOR ESTEBAN"

MEXICO, D.F. 1910

mestibles; de conejos y gallinas en capilla que esperaban turno para ir á la plaza. Más adentro, se pasaba un corredor obscuro y se entraba en una escalera sucia, y arriba había dos puertas que daban á un descansillo; en la una vivía un comerciante de quesos al por mayor y en la otra estaba la escuela de estudiantes al por menor.

Una vez dentro, había dos salas, además de las habitaciones. La primera era la de recibo, la de dejar las gorras y las carteras, la de quitarse el barro de los zapatos y la de dar los «buenos días»; y la segunda era la clase: cuatro bancos, sus pupitres correspondientes, un gran encerado como único cuadro, y como única luz la que entraba por una ventana que daba á un patio de donde venía un ruido extraño; un rumor de fuente de dinero que fuese manando acompasadamente; un sonido de plata que cayese y un «pam-pam» seguido que parecía un canto tenebroso: era el canto de la fábrica de moneda que trabajaba allí detrás.

Aquella canción metálica le agradó mucho al señor Esteban. «El niño que va creciendo á este son, por fuerza ha de tener buenas ideas, y la escuela que por altar pone el encerado, por fuerza ha de tener buenos principios», dijo el abuelo de Estebanillo, y llamó en seguida al maestro.

El maestro no era un maestro como casi todos. Era un maestro que no era más que medio maestro. Además de educar chiquillos, para hacer de ellos buenos comerciantes, había llegado á aprender, enseñando-

selo á sí mismo, que una cosa es enseñar el negocio y otra cosa hacerlo por cuenta propia, y que quien predica la doctrina no le saca tanto jugo como quien la sigue, y había repartido el tiempo entre los niños y la Bolsa... Por la mañana educaba chiquillos y por la tarde jugaba al alza. Si el papel subía, ganaba las diferencias del subir, y si subían los niños no había diferencia para él; así es que aquel encerado le servía más para echar sus cuentas que para enseñar Aritmética á los discípulos.

Con maestro de esta especie pronto se entendió el señor Esteban.

— Señor maestro — le dijo después de saludarle —, aquí le traigo á usted á Estebanillo; y Estebanillo es mi nieto, para servir á usted. Quieré ser comerciante como su padre, como su abuelo, como el mío, como todos los de nuestra casa. No le enseñe usted muchas cosas, no señor. Los que saben demasiadas cosas se distraen del negocio, y nosotros no queremos que se distraiga. Por ahora nada le distrae. Siempre está fijo en la estantería. Incúlquele usted buenas ideas, y ya sabe usted lo que quiere decir buenas ideas: mirar hacia donde pasan los cuartos y seguirlos, y detenerlos honradamente, y después saberlos guardar para que no se los lleven otros. Que aprenda poco, sobre todo...

— No tenga usted miedo, que no aprenderá cosa.

— Que aprenda poco, como usted comprende, quiere decir que aprenda poco, pero práctico. Con las cuatro reglas tiene bastante, y quien dice las

cuatro reglas, quiere decir sumar y multiplicar, que el restar y el dividir ya es un adorno, un lujo sin el cual, en resumidas cuentas, también podría pasarse.

— ¿Usted debe de ser de este barrio, verdad?

— Para servir á usted. Soy de la Plaza del Cuartel. Fundador de «La Puntual».

— Ya lo sabía ó me lo figuraba. Todos los padres de este barrio vienen buscando lo mismo: las cuatro reglas. Esté usted tranquilo. Deje usted aquí al muchacho, que no se distraerá con nada. Tenemos montada la escuela de modo que aunque se quisiera distraer no podría.

En vista de lo que le decía el maestro, el señor Esteban dejó al muchacho, y Estebanillo entró en clase.

Entró en clase, y en la clase nadie se enteró de que entraba, no sólo por la prudencia que tenía Estebanillo, sino porque los cincuenta que había en aquella especie de clase eran cincuenta Estebanillos más de la misma especie. Todos tenían el mismo color, de género descolorido, de saldo, de niño-conserva; todos tenían los mismos ojos: ojos medio cerrados, que no se atrevían á abrirlos á la vida por miedo de que la vida se les colase dentro; todos llevaban el cabello lo mismo, rapados como quintos, y la misma ropa: una blusa de azul ceniza y una gorrita de uniforme que uniformaba la frialdad de la medianía, la nivelación del rebaño y la tristeza de niños del hospicio que gastasen el lujo de tener padres y madres.

Estebanillo empezó á deletrear. De la *a* á la *b* y de la *b* á la *j*, no paró hasta la *z*, con una perseverancia comedida. Hubo letras que aprendió de prisa: la *r*, la *n* y las que se dicen más á menudo; había otras que no le podían entrar: las inútiles, la *h* y la *k*; las que tenían forma artística las decía de mala gana; pero unas más y otras menos, llegó á aprenderlas todas, y después á juntarlas, y después á leer poco á poco, y de aquel poco á poco no pasó. Se vió claramente que por años y años que estuviese leyendo no leería más de prisa. Había llegado á la meta.

Había llegado á la meta, y se veía que los otros compañeros habían llegado lo mismo que él. Nunca las letras eran más que letras para aquellos compañeros de escuela. Signos para deletrear; y una vez aprendido el deletreo, ya no sabían lo que decían. Leían de carretilla la doctrina para no saber lo que habían leído; leían un poco de Fleury para olvidarlo en seguida; leían una lista de reyes envenenados ó asesinados, que tanto les daba el que se hubiesen muerto como el que continuasen viviéndolo; unas reglas de urbanidad que no habían de emplear nunca, y cuatro nombres geográficos de pueblos que, como no habían de ir á ellos, no se tomaban el trabajo de buscarlos. El señor Esteban podía estar tranquilo. Á Estebanillo no le estorbaría el saber para el negocio.

Además, que en cuanto á la letra, había entrado en ella, pero con medida. No es que fuese desaplicado. No lo era; al contrario: cumplía con su obligación y no faltaba á la hora, se fijaba, tenía voluntad; pero

está visto que en él no cabían extremos. Era un reloj Estebanillo: si le daban cuerda, andaba; y si no, se quedaba parado. Nunca había echado un borrón, pero nunca tendría buena letra; no desperdiciaba tinta, pero no llenaba planas; nunca llegaba á enfadar al maestro, pero nunca le dejaba satisfecho; ni se reía de él ni le hacía caso.

Es verdad que todos hacían lo mismo en aquella escuela. Ni atender, ni escandalizar; ni distraerse ni estar absortos en el trabajo. El estudiar para todos era una carga, un castigo que tenían que sufrir, como quien se vacuna ó quien pierde los dientes ó los muda. Todos estaban resignados, pero mustios, como esos perrillos amaestrados que cuando ya tienen la comida en la boca no se atreven á menear el rabo, porque toman el sabor por castigo. Aprendían por cumplir, por acabar de una vez; pero ellos, que cuando estaban en la calle parecían una bandada de golondrinas, una vez encerrados delante de los libros parecían pollos mojados, codornices encerradas en una jaula, picando los hierros para ver de encontrar la salida.

Como se ve, la escuela era práctica. Práctica hasta para Estebanillo, que en vez de nervios y venas parecía tener hilos y cintas. Práctica para morir dentro de ella de aletargamiento y de tedio.

Sólo algún día á la semana, cuando el 4 por 100 bajaba y el maestro había perdido y se iba á la pizarra y hacía trabajar á los discípulos, había un poco de fiebre. Mientras rascaban con el yeso y hacían

números y números arringlerados de alto abajo, al compás del canto de la Casa de la Moneda, pasaba el dios de la suma, y maestro y discípulos miraban, y los ojos grises de aquellos chiquillos se encendían codiciosos y tomaban tonos de oro y plata.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTEHEMEX, MEXICO

VII

Poesía del campo. — Paisajes y expansiones. — Armonías de la Naturaleza.

Naturalmente que al salir de la escuela, de aquella escuela aburrida y práctica, los niños sentían deseos de ir á correr. No todo ha de ser encerados en el mundo. En cuanto les abrían la puerta no necesitaban avisos, ni órdenes, ni mandatos para correr escaleras abajo y volar, enjambre de menestrales. Aquella calle de los Flaçaders la corrían de punta á punta, gritando á todo gritar, como si les persiguiesen enseñándoles la cartilla. Querían aire, cielo, luz de azul, y sobre todo verde: un poco de paisaje que les arrancase la tela gris que se les había puesto en los ojos de tanto mirar por tragaluz.

Eso sí, el paisaje donde iban á solazarse, tendero se necesitaba ser para tomarle por paisaje. Era un páramo el tal paisaje, la explanada de la ciudadela. Era un prado sin árboles y con hierba corta, pisoteada, plana, prensada y hasta masticada por rebaños que iban al matadero; eran campos de solar, sin flo-

res ni ganas de florecer; eran campos de munición, de fusilamiento y de guerra urbana. Aquí y allá, como de desecho, una fila de aspilleras llenas de pedruscos; al lado, los fosos llenos de cardos y ortigas, de hierba seca y de agua estancada; encima, la cortina de murallas color tierra de plomo, con bardales sucios y plantas regadas con el rancho que sobraba de las cantinas; por los rincones, pedazos de cuero, desperdicios y cosas que no eran desperdicios; y como figuras para aquel fondo, para alegrar la perspectiva, soldados en fila haciendo el ejercicio, gitanos esquilando perros, mendigos sentados al sol y mujeres pobres rodeadas de chiquillos sucios.

No. Aquel parque militar casi no era paisaje. Los niños iban allí porque no tenían otro adónde ir; pero no podía ser de esparcimiento lugar del que huían los pájaros y en que las ordenanzas de la guerra no dejaban crecer árboles ni permitían sombra.

Iban allí, y en llegando corrían, y cuando habían corrido, volvían á correr, y volvían á correr después de haber corrido, como si diesen limosna á las piernas para el tiempo en que habían de estar sentadas ó detrás del mostrador. Á veces había uno que gritaba, y los otros, no sabían por qué, se ponían á gritar con él, y era un clamor que resonaba más allá de las murallas, como si sacasen á libertad la voz que después habrían de encerrar, esclavizados por la prudencia. Á veces se pegaban unos con otros, sin motivo, como si quisieran repartirse los golpes que habían de recibir al volver á su casa, al nido de estantes,

y muchas veces armaban pedreas contra otros muchachos, contra el viento, contra las nubes, contra todo, sólo por el placer de tirar piedras y devolver las que recibían.

Estebanillo seguía estos juegos por rutina. Iba con sus compañeros, pero no sabía por qué. No había venido al mundo ni para hacer mal ni para hacer bien. No tenía más que doce años, y ya era prudente, ya era callado; aun no había podido aprender ni á reír ni á jugar, ni á tener amigos ni enemigos. Todo lo hacía como los demás, pero lo hacía á medias. Si los otros gritaban, él hacía coro, pero sólo gritaba á media voz; si tiraban piedras, también las tiraba él, pero sin ganas de hacer daño, y reculando si podía. Si jugaban al chito y ganaba, dejaba de jugar por no perder, y si perdía, por no perder más. Si hacía sol, se ponía á la sombra, y si caían gotas, se iba á su casa.

Y que ya podían estar lejos, ya podían tener gresca armada los compañeros, ya podía estar hermoso el sol, ya podía ser azul la luz: en siendo la hora de volver á casa, á casa se iba á toque de reloj, ni despacio ni de prisa, á paso seguidito, metódico, acompasado, recto como el andar de los quintos.

Con aquella «toma» de paisaje, que sólo tomaba los jueves, no hubiera bastado para curarse el mal de frío de la tienda si Estebanillo no fuera Estebanillo. Pero ni los árboles, ni las montañas, ni los valles, ni los ríos, ni las cascadas se habían hecho para Estebanillo, ni para tantos Estebanillos de jaula como encierran las grandes ciudades.

Una explanada era fondo apropiado para quien había nacido entre trencillas. Las explanadas son las trencillas del paisaje; y si á Estebanillo le hubiesen llevado á la cima de una montaña y le hubiesen enseñado la llanura con sus hondonadas de misterio, hubiera tenido el vértigo de lo amplio y hubiese pedido á voces la tienda con sus cajones y cajoncitos.

Dios ha debido hacer el mundo para todos los hombres; pero los hay que quisieran alas para volar de una punta á otra, y los hay que si alas tuviesen las pondrían á réditos.

Estebanillo ni una cosa ni otra: era el término medio del vivir.

VIII

Poesía administrativa. — Donde se vuelve á ver claramente que siguen pasando cosas que no valen la pena de contarse, pero que á pesar de todo contaremos por la fidelidad de la aleluya.

Por tardo que fuese en aprender lo que le enseñaban, Estebanillo, á fuerza de ver números y más números, llegó á lo que no podía menos de llegar: á aprender las cuatro reglas.

¡Adiós juegos! ¡Adiós explanada! ¡Adiós verdores y adiós pedreas en cuanto las supó!

Con las cuatro dichas reglas y una letra fija y clara y unos cuantos conocimientos de añadidura, ya era hora de entrar detrás del mostrador. Los mostradores no tienen espera.

Habían pasado catorce años desde el día señalado en que pintaron de nuevo la tienda, y catorce años y tres meses desde que Estebanillo vino al mundo, pero allí no había cambiado nada. El señor Esteban de cuando en cuando, como abuelo, como socio, como fundador y como hombre práctico, continuaba echando una mirada á la casa. El señor Ramón, como padre,

continuaba estando al frente de la administración general; su mujer, Rosita, detrás del mostrador, no había engruesado más porque la piel no le daba más de sí; la señora Pepa, ¡la pobre!, seguía con tan poca salud como siempre, pero más vividora que nunca; la mujer del señor Esteban, envejeciendo todos los días, pero sin acabar de envejecer nunca; la señora del principal, bajando y volviendo á bajar; el señor Forment, en su sitio á las horas de sillón; las tres Marías, en comandita, tan solteras como el primer día, y de hábito crónico, como siempre, y la Pepeta, creciendo con la moderación de crecimiento con que era preciso crecer en aquella casa.

Este es el inventario tocante á las personas, que en cuanto al negocio, también había ido creciendo, y también con moderación. En género, en papel, en ahorros y en pagarés, tenían unos cuantos miles de duros, sin contar con los que guardaba el señor Esteban dentro de los secretos de la caja, que seguirían siendo un secreto hasta el día desgraciado en que el Señor le llamase; tenían crédito, tenían parroquia y tenían ese empuje comercial que hace que cuando ya el negocio marcha continuaría marchando bien aunque no le cuidase nadie. Así es que Estebanillo entraba de cara en «La Puntual», y se le presentaba un porvenir sin dificultades ni obstáculos si él tenía perseverancia.

De su entrada en el manejo del negocio, es preciso hacer constar un hecho capital en aquella vida interior; un hecho que marcaba época en la vida de la

casa; un acto para el que fué necesario celebrar dos ó tres consejos de familia hasta tomar una determinación: «La Puntual» se subscribió al *Brusi* (1), prueba clara y contundente de que Estebanillo al entrar en el negocio traía ideas de progreso.

Lo primero que hizo el nuevo socio fué hacerse cargo de los libros, del borrador y del libro de Caja; desde aquel día en adelante, no sólo estaban bien de cuentas, sino que se hubieran podido exponer en «Los Amigos del País» como cosa primorosa. Aquello no eran libros, eran estampas: un *macassar*, un bordado, una décima; jamás se ha hecho cuadro de cabellos con rayas tan perfiladas ni números tan bien avenidos como en aquellas páginas de los libros. Después dió un repaso al género, y como era hombre de progreso, quiso que el escaparate fuese una exposición permanente. Nunca se ha visto más fantasía que la de aquel escaparate. Allí pirámides de medias; allí el Partenón de carretes, con un botón encima de cada carrete; allí filas de ovillos formando la escala de Jacob, con una estrella de alfileres, con una cola de algodón que caía graciosamente por el cristal, terminando en un cuerno de la abundancia, de donde rebosaban ganchillos, ovillos, madejas, gorras de niño, mitones, zapatillas y calcetines, tan bien combinados los colores que acababan por deslumbrar. Era un escaparate que podía exponerse sin que desmereciese de ninguno en una exposición de un

(1) *El Diario de Barcelona.*

«Fomento». Después del escaparate aprendió á arreglar los estantes: un letrerito en cada uno con el número y el bautismo, el pasaporte y la cédula; y, por fin, después de la estantería, el trato, el trato que es preciso tener con las parroquianas; una docena de frases, que aunque fuesen siempre iguales, nunca dejaban de hacer efecto. Á la una un «buenos días» con sonrisa; á la otra una sola palabra, pero bien dicha; á las gruesas un «ha adelgazado usted»; á las bajas aquello de «la mujer chiquitita es un regalo»; á las viudas un «¡qué se le va hacer!»; y á todas un chiste para hacerlas quedar con la boca abierta y aprovechar el momento para darles una cuarta menos de género.

El padre, el abuelo, la madre, la otra abuela, hasta el señor Forment y las tres Marías estaban desconcertados, admirados, asombrados, al ver aquella prudencia, aquel tacto, aquella sumisión de un muchacho que al año ó menos del año de estar detrás del mostrador ya era más tendero que nadie. Ellos, el señor Ramón y el señor Esteban, sí que habían tenido «querencia» á no moverse de la obligación, pero habían echado su canas al aire cuando tenían su edad; una vez el señor Esteban, á los quince años, pasó dos noches en Villafranca porque era la fiesta mayor, y un día el señor Ramón había tenido la tentación de comprarse una boquilla, que le había costado catorce pesetas, y que aun tenía guardada; pero Estebanillo era un portento: ni tenía intenciones de fumar, ni ganas de salir, ni de correr, ni ninguna de esas

expansiones que pierden á tantos y tantos jóvenes.

La vida que hacía aquel muchacho era de santo, de un santo hecho á fuerza de hilos y cintas. Se levantaba, daba los buenos días aunque los demás estuviesen durmiendo y abría el escaparate. Una vez abierto, miraba afuera y salía para airearse : seis veces arriba y abajo delante del cuartel, y cuando había dado las seis vueltas se volvía á la tienda. Tomaba chocolate, y al mostrador; comía, y otra vez al mostrador; cenaba, y vuelta al mostrador, y no se movía del mostrador más que para ir á ver los libros.

El domingo, á las ocho, á misa; á cumplir y á seguir el ejemplo que le habían dado sus padres; á las doce, como siempre, á comer; en comiendo, á paseo á la explanada ó á los alrededores de la explanada, y si estaba cansado se sentaba en la tienda y miraba al cuartel y contaba las ventanas tres ó cuatro veces, las dos primeras para contarlas y las otras dos para comprobar si le había salido bien la cuenta.

Y esto todos los días, todo el mes, todo el año, siguiéndose las horas á las horas con la puntualidad del rótulo que regía el establecimiento; y esto á los quince años, y á los diez y seis, y á los diez y siete y en plena primavera; y eso en la edad en que el corazón estalla y cada risa es una flor; y eso en las puertas de la vida, cuando las ilusiones están en una cumbre y el alma tiene ansia de subir á ella.

Sí; podían estar satisfechos del muchacho. Aquello no era un muchacho, era un símbolo; tenía perseverancia, tenía moderación; tenía el don de ahorrar, y

el que en la edad de robar manzanas del árbol de las ilusiones piensa en la manzana para la sed, más que un joven es un viejo.

¿Es que tal vez no hay primavera para los esclavos de la fortuna?

Sigue y lo verás, si tienes paciencia para seguirme.

IX

Veinte años. — Primavera. — Juventud. — Ilusiones.
El primer beso.

¡Estebanillo cumplió los veinte años! Si no se tratase de Estebanillo, sólo con decir ¡veinte años! ya el lector adivinaría que vamos á hablar de amor, de esperanzas, de deseos, de todo ese enjambre de visiones que teje la juventud en el telar de sus sueños.

Si no hablásemos de Estebanillo en esta aleluya nos asomaríamos al balcón y veríamos ir pasando la procesión de ilusiones con todas sus luces. Pasarían las noches de luna, las *caramellas*, los *cantaires*, la flor que cae de la ventana y la mano que la coge y se la lleva á los labios; pasarían ojos negros, ojos azules, ojos de fuego, repartiendo miradas radiantes á corazones que se encenderían al recibirlas y que quisiéran morir recibéndolas; pasarían corazones temblorosos, corazones enfermos, corazones tristes, heridos de una herida de la que no quisieran curar; veríamos pasar las noches de fiebre, de angustia, de deslumbramiento; y como lucecilla de sueño, veríamos tam-

bién pasar el primer beso con cortejo de labios rojos detrás; pero ¡ay! que los veinte años de Estebanillo eran veinte años de calendario, veinte años «fecha», como los pagarés; veinte años de registro civil y de administración económica.

Claro es que tenía sangre en las venas nuestro prudente Estebanillo; pero las venas que toman agua en aquella tienda-cisterna, acaban por criar la sangre como caldo al baño de maría. Claro es que tenía «datos» de las trifulcas del amor; pero por el ejemplo que había visto sabía lo que es el amor: el camino del matrimonio, una como sociedad de hombre y mujer para hacer prosperar un establecimiento en «santa unión», en «comandita».

Claro es que también sabía mirar á una mujer con ojos de juventud; pero en cuanto la había mirado no sabía qué decirle, porque sólo había aprendido á explotarla y á despacharle mercancías, y el despacho no acerca las almas; un mostrador por medio separa más que un nicho.

Claro es que sabía otras cosas; pero no sabía nada de lo que hay que saber á los veinte años: echar flores, decir tonterías, palabras que parezcan versos, sentir ansias de cantar cuando llega la primavera, latidos en el pecho al mirarse dentro de unos ojos negros. Aquellos tres metros de madera le separaban de la vida.

Un día, sin embargo, tuvo una hora disipada y pasó aquel mostrador.

Había ido un escultor á comprar cintas y trencillas,

y como abultaban un poco, Estebanillo dijo que se las llevarían á casa.

Y eso que no vivía lejos el escultor; vivía allí al lado. Vivía en una tienda cerrada, donde se veían entrar jóvenes, mármol, barro y mujeres sospechosas, con extrañeza del vecindario, que no sabía qué pensar al ver entrar á la misma hora tantas cosas distintas. Dentro se oía cantar, tocar la guitarra, ruido de copas y de gresca, y en un barrio de paz como aquél, donde todo el mundo comía á hora fija, y dormía á hora fija, y quería y soñaba á hora fija, aquel ruido á destiempo era cosa extraordinaria.

Hasta Estebanillo había reparado en aquella casa misteriosa, y le atraía con prudencia, pero le atraía. Más de cuatro veces, por la tarde, mientras hacía el solitario con las ventanas del cuartel, se había distraído y había perdido la cuenta mirando á aquélla juventud que entraba siempre con la risa en la boca y el sombrero en la oreja, y había sentido tentaciones de saber qué demonios hacían en aquella tienda de algazara, y qué especie de oficio podían ejercer aquellos hombres, para ejercerlo con tanta alegría, con tanto mármol, con tantas mujeres y tanto chocar de copas y botellas..., y por eso se ofreció á llevar el género al escultor, más para curiosear la casa que por ganas de cumplir. Fué la primera vez que la pasión del saber le hizo cosquillas en el alma.

Fué, llamó y entró.

Dentro, la primera sala le pareció un cementerio. Por medio, por los rincones, por las estanterías, no

se veían más que plañideras, matronas al pie de la tumba, ángeles con trompetas de juicio y figuras arrodilladas con un trapo mojado en la cara. No podía llegar á comprender que fuese aquélla una casa de broma.

— Entra aquí el paquete — le gritaron desde otra sala.

Entró el paquete á la otra sala, y allí ya no era un cementerio. No tenía nada de cementerio.

Al fondo, entre una humareda que subía de las pipas y una luz morada que bajaba de la claraboya, había un diván muy ancho, con una mesita delante, y en el diván unos cuantos jóvenes, y cerca de ellos unas cuantas mujeres; y á la media claridad le pareció que había una que estaba sentada, no en el diván, sino en las rodillas de uno de los jóvenes.

— Deja el paquete ahí encima — le volvió á decir la voz.

Y él nada.

— ¿No oyes lo que te dicen? Que dejes ahí el paquete.

Pero Estebanillo no le dejaba. En medio de la sala había una estatua blanca, desnuda, con los brazos en alto, con la cabellera tendida, con la frente coronada de hiedra, con los labios tan frescos y tan vivos que parecían pintados de rosa y de luz de amanecer, y que le daban tanto misterio, que el muchacho... estaba clavado.

— ¿Qué, te gusta esa figura? — le preguntó el escultor.

— Un servidor no entiende, pero... sí, señor; me gusta mucho.

— Pues yo soy — dijo una muchacha de las que estaban sentadas, con aire de vanidad cómica.

— ¿Usted? — dijo él mirándola.

— Sí, yo — dijo ella levantándose y acercándose á Estebanillo —. ¿No me encuentras el parecido?

— No lo sé — dijo; y cuando dijo «no lo sé», los ojos se le fueron de la desnudez de la estatua á la figura de la modelo, y al comprobar la semejanza, que fué á buscar en lo ignorado, una oleada de vergüenza le ruborizó de tal modo la cara, que parecía que todas las venas que se habían estado veinte años quietas se hubiesen desbordado á la vez.

La modelo, que estaba acostumbrada á tratar con gente indiferente, le comprendió el rubor y le dijo:

— ¿Te da vergüenza?

Pero Estebanillo no contestó.

— ¿Cuántos años tienes?

— Nada más que veinte.

— ¿Tienes veinte años y te da vergüenza? ¡Pobrecillo! ¡Pobre criatura! Vamos, acércate y dame un beso.

Estebanillo estuvo á punto de caerse. Retrocedió, se adelantó, buscó la puerta de salida y se le paralizaron las piernas, mientras que en el fondo todos reían, y la modelo saltaba de gozo por trastornar á un hombre sólo con ofrecerle un beso.

— Vamos, déjale en paz, ¡pobrecillo! — dijo un amigo del escultor —. No te metas á pervertir menores.

— ¿Hay menores todavía á los veinte años? — dijo la modelo cogiendo por un brazo á Estebanillo, que forcejeaba por escaparse —. ¿No has querido nunca á nadie?

— Me voy — decía él.

— Dime antes si has querido á alguien — le decía ella para ponerle en un apuro.

— Que me voy, digo. En casa me están esperando.

— ¿Dónde es tu casa?

— Aquí cerca. La mejor mercería del barrio. «La Puntual.»

Al oír aquello todos soltaron la carcajada. El que hubiese una casa que se llamara «La Puntual» cayó como una bomba en aquel rincón de desorden. Miraban á Estebanillo como á un preso desgraciado que llegase de cumplir veinte años de condena comercial, como á un secuestrado de tienda, como á un esclavo de nueva especie, y al mismo tiempo que les hacía reír, les daba compasión.

— Vete, hijo mío, vete y no faltes, ya que eres de «La Puntual» — le dijo uno de los del diván.

— Vete — le dijo la modelo —; pero antes te quiero convidar. Ten, toma una copita por mí.

— Gracias.

— No hay de qué. No tengas miedo. La puedes beber, que no lleva ningún filtro.

— No, señora; muchas gracias.

— Anda, hija, que ya te llaman señora — dijo la que estaba sentada en las rodillas del otro.

— ¿Es decir que no quieres beber conmigo? — repuso la modelo.

— No, señora. Me haría daño.

— ¿No has bebido nunca licor?

— Nunca; le probé una vez y no me gusta.

— Entonces vete. Vete en nombre de Dios. Quien tiene veinte años y no ha bebido, ni ha querido, ni ha visto... escultura, que se vaya de esta casa. Vuélve á tu «Puntual», y memorias.

Y habiéndolo pronunciado la sentencia, volvieron á reír todos á una; volvieron á encender las pipas, y en cuanto á nuestro Estebanillo, no le dijeron nada más. Cuando se volvieron á mirarle, ya no estaba allí.

Llegó á la tienda corriendo, se metió detrás del mostrador, salió, volvió á entrar, sacó los libros del estante, los volvió á poner en su sitio, removié cajas y más cajas con admiración de su madre, que le miraba asombrada; subió, por fin, al entresuelo, y allí en la sala de detrás, encontrando á la Pepeta que limpiaba el polvo, sin decirle una sola palabra ni avisarla, le dió un beso en la boca.

Abajo pedían carretes de los que sólo él sabía dónde estaban, y tuvo que bajar.

Para ser el primer beso, no se había detenido mucho en él.

X

Las reflexiones del señor Esteban deciden á Estebanillo á ir «á vistas» para pasar al matrimonio.

Aquel beso no tuvo consecuencias. Se le había escapado. Había sido un «lapsus». Si no la hubiese encontrado á ella, se le hubiese dado á una puerta. Había sido una exaltación, una distracción, y una distracción todo el mundo puede tenerla. Los más sabios se distraen y en cosas de más transcendencia. Además, que si él había tomado á la Pepeta por la estatua del escultor, la Pepeta era mayor de edad, mucho más mayor de edad que él, y una muchacha á los veintisiete años que se encuentra con un beso en el camino, aunque sea de golpe y porrazo, no tiene por qué desesperarse, cuando el beso viene de unos labios jóvenes, por Estebanillos y prudentes que sean.

El caso es que ella no se quejó; él no dijo nada, y aquél fué un beso que pasaba, y que por un azar de la suerte le había caído en la boca, y como no hay beso que se pierda, por rápido que hubiese sido, aquél tuvo su influencia.

Ella pensó inconscientemente que la que ha despertado una pasión puede despertar otras, y le entraron pretensiones. Y así como hasta entonces siempre andaba desarrapada, con la falda arrastrando y el pelo atado á nudos, desde aquel momento se mudó, se peinó, se pulió, y hasta un domingo por la tarde se puso un lazo en el moño y se fué á pasear delante del cuartel. Y en cuanto á él, fué otro completamente: en vez de aquel aire tierno que había tenido hasta entonces, tomó un aspecto reposado, de experiencia, de previsión; el aire de desengaño del que ya ha pasado la juventud y conoce los afanes de la vida, del que habiendo tomado á peso el mundo, sabe que el mundo es una farsa para engañar á los que no le conocen.

Así pasó tres años más, haciendo prosperar la casa, eso siempre; llevando los libros mejor que nunca y ensanchando el negocio, pero siempre con un aire de hombre desengañado que no le sentaba bien y le ponía triste, hasta que un día el señor Esteban, que sabía por experiencia que quien hace de hombre es que quiere serlo, llamó á Estebanillo aparte, le hizo subir al entresuelo, cerró las puertas, se sentó bajo los retratos, hizo sentar á su ahijado, y con tono solemne, después de toser, le dijo:

— Escucha, Estebanillo; óyeme bien. Te voy á hablar en nombre de tus padres, en el mío, en nombre del nombre que llevas, y hasta del que representas.

Estebanillo bajó la cabeza.

— El día dos de septiembre — continuó diciendo

el señor Esteban —, el día dos de septiembre vas á cumplir veintitrés años. Has pasado la quinta. Hemos pagado. Pagamos al contado en billetes de Banco. Tienes salud. Sabes las cuatro reglas. Estás al frente de la tienda, que ya sabes que va en alza; y tanto te cuidas de todo, que tu padre no se tiene que cuidar de nada y tu madre hasta estorba, y estás en una edad en que el que quiere ser hombre ha de fundar una familia, si quiere ser persona de conducta. No te aconsejaré que te enamores, porque eso de enamorarse trae muchos gastos y poco pan. Te aconsejaré que te cases, eso es; que te cases á plazo corto, con una muchacha modosita, hija de padres comerciantes, trabajadora, económica y que no tenga la cabeza á pájaros; una muchacha de las prácticas, eso es; que lo mismo trabaje en la cocina que despache en la tienda; que te dé una taza de caldo mañana ú otro día que estés enfermo, y que te ayude á bien morir cuando el Señor disponga que te llegue la hora.

Estebanillo aprobaba, y el señor Esteban continuó:

— El soltero que está en una tienda de tanto trajín como la nuestra, está rodeado de peligros, expuesto á una caída, y en cayendo se pierde la salud, y lo que vale más que la salud, el crédito y la reputación. El hombre soltero es un terreno sin edificar. El hombre casado, si está bien casado, es un huerto de regadío que produce el diez por ciento, y va doblando los intereses con los hijos que da la finca. Resumiendo: ya sabes que te aprecio; que te he dado

nombre; que te he dado la casa; que no me voy haciendo viejo, porque ya lo soy, y que querría verte casado. Piensa un momento lo que te digo, y contesta como contesta un hombre.

—Contesto — respondió Estebanillo que ya venía rumiando la cuestión hacía tiempo —, contesto que lo que usted quiera.

— Muy bien, Estebanillo — respondió el señor Esteban con cara de satisfacción —. Veo que te pareces á los tuyos. Y ya que te pareces á los tuyos y eres práctico, y aquí todos somos prácticos, hablemos menos, y al grano; y eso del grano, no lo digo por decir, porque la que te tengo destinada es la hija de un comerciante en cereales. Tus primas me han hablado de ella; me he informado; tengo buenos informes comerciales; sé que le dan cinco mil duros el día que vaya al altar; y en cuanto á las prendas físicas, á ti te toca examinarlas y me parece que te gustará. Es un poco flaca, eso no lo niego; pero á las mujeres bien casadas, el matrimonio les engorda, y si tan bien casadas están llegan hasta á engordar demasiado.

— Yo la quisiera ver, padrino — se atrevió á decir Estebanillo.

— Estás en lo justo — dijo el padrino —. No sólo tienes que verla, sino que tienes que tratarla. Al fin y al cabo, con la mujer tiene uno que vivir toda la vida, y por buenos informes que se tengan, siempre está bien haberla conocido, para que no le den á uno gato por liebre. Hazte ropa nueva; la ves y le dices

lo que haga al caso. Háblale como debe hablar un joven que quiere hacerse querer; que vas por esto y por lo otro; que si tal que si cual, y cuatro palabras de cariño, y en cuanto á lo del contrato matrimonial, ya nos cuidaremos nosotros de ello.

Después de esta conferencia, Estebanillo se compró ropa: un traje de paño negro, un sombrero de fieltro negro, botas, ropa interior y corbata. En cuanto tuvo la ropa se mudó; los padres subieron á verle en cuanto estuvo vestido, y entre contento y pensativo se fué á casa de las Marías, que es donde tenía que ir á vistas.

Por el camino quiso reflexionar. ¿Le gustaría? ¿Sería fea? ¿Se parecería á la estatua? ¿Si no le gustaba, podría librarse de ella? ¿Se tendría de declarar? ¿No la encontraría ya declarada?... Pero le hacían tanto daño las botas, que se dejó de reflexiones, y cojeando y como pudo, llegó á casa de las Marías.

La muchacha aun no estaba allí, y con tres sonrisas de inteligencia que querían decir: «¡Ahl, buena pieza, ya nos puedes estar agradecido», le hicieron entrar en la sala de recibo.

La sala era una sala de virtud. En las paredes, cuatro cromos que representaban cuatro santos: San Roque, Santa Tecla, San Cipriano y Santa Margarita. En una capillita de caoba, la Divina Pastora con un rebaño de corderos de algodón; al lado otra capilla hecha de papel Bristol, que representaba trabajo de dos años; más allá un santo que había sido obispo, y que debía ser San Agustín, y en medio de la sala un

retrato que no era de ningún santo, pero que lo parecía: era el padre de las Marías (que Dios tenga en gloria), que debió retratarse estando ya sin esperanzas de vida, y que tenía una amarillez de glorioso bienaventurado que daba devoción verle.

Sentado Estebanillo en el sofá, las tres Marías, todas á un tiempo, le hablaron de la muchacha con fruición de casenteras. Se llamaba Tomasita, según le fueron explicando; tenía veintitrés años, sin quitarse ninguno; los mismos años que él, pero los llevaba mejor que él; era un ramo de flores, de buen genio, sería, despachada, poco habladora, tranquila. Sabía sacar dinero aunque estuviese en el Banco de España, y sobre todo tenía un don: unas manos que no eran manos, eran cucharas de plata, que lo mismo hacían la colada que un bordado á realce, de esos que se llevan los ojos detrás.

Estebanillo oía y hacía una mueca extraña, que ellas creían de aprobación, y era que le hacían daño las botas, cuando llamaron á la puerta.

Ya estaba allí; no podía ser más que ella, y lo era.

Estebanillo al oírla se levantó; ella entró con las manos cruzadas, y se quedaron frente á frente; él delante del sofá, con los brazos colgando, la cabeza torcida y los ojos medio entornados, y ella en el umbral de la puerta, con dos ojitos azules, de azul claro, puestos en una cara pálida como dos alfileres clavados en un acerico amarillo, y cambiaron una mirada que no podía confundirse con nada. La de Estebanillo decía: «Menos mal, peores las hay», y la de

ella: «Ya te he tomado la medida. No eres como te hubiera querido, pero puedes pasar.» Y una vez que se hubieron visto, se dieron la mano, y ya no volvieron á mirarse. El «hoy hace buen tiempo»; el «ya cambiará», el «calor», el «frío», el «vaya, vaya», el «de todos modos», el «sí, sí», el «como íbamos diciendo», sin haber dicho nada, fué toda la conversación que tuvieron en aquella entrevista.

Suerte que las tres Marías, con una vecina cariñosa que acompañó á Tomasita, hablaron sin decir nada más de dos horas seguidas, y suerte que ellos podían oír y callar ó ir diciendo que «bueno», ó que «sí» ó que «no».

Al marcharse, él le dijo:

— Nos volveremos á ver... antes, ¿verdad?

Este antes quería decir antes del día de la boda.

Y ella respondió:

— Cuando usted quiera, Esteban.

— Mañana que es fiesta, y salgo por la tarde — dijo él lanzándose.

— Pues mañana — dijo ella.

Y se volvieron á mirar, para darse un último repaso y no perder detalle.

Cuando salieron á despedirla, las primas le preguntaron:

— ¿Qué te ha parecido Estebanillo?

— Puede pasar — contestó ella.

— ¿Y á ti? — le preguntaron á él en cuanto volvieron á la sala.

— No tiene pero — dijo él.

Y con esta buena impresión ella se volvió al almacén de granos y él á la tienda.

El abuelo, los padres, el señor Forment, la señora del principal y Pepeta le estaban esperando en el entresuelo.

Llegó hecho una lástima.

Le hacían preguntas, y nada. Corría buscando una silla y se sentó gimiendo.

— ¿Pero qué tienes? ¿Te ha salido mal? — le preguntaban todos á un tiempo.

— ¡Las botas! Me hacen daño las botas.

— ¡Sí que hacen sufrir unas botas estrechas! — dijo el señor Ramón.

— Bien: ¿pero ella qué te parece? ¿Cómo es? ¿Te ha gustado? — dijo el señor Esteban.

— Ella — dijo él respirando, después de haberse descalzado — la encuentro delgada, pero graciosa.

¡Graciosa! Eso de graciosa, en boca de Estebanillo, era toda una declaración.

Nunca se había atrevido á tanto.

Indudablemente serían felices.

XI

El idilio de Estebanillo.

Estebanillo aquella noche, en cuanto se metió en la cama, pensó que el paso que había dado era muy serio, y que convenía no dormirse en seguida y reflexionarlo un poco. Además tenía que declararse. Siempre había oído decir que los que se tienen que casar se declaran, y él no quería ser menos, sino hacer las cosas como deben hacerse. Así es que pensó una declaración, y otra, y otra, y como no encontraba ninguna perfecta, lo dejó para el día siguiente, y se quedó dormido. Había tardado en dormirse un cuarto de hora más que todos los días.

Á la mañana siguiente hizo lo de siempre: abrió, despachó, comió, y cuando le pareció que ya era hora se volvió á poner aquel traje negro y se fué á casa de las Marías. Eso sí, se puso las botas viejas.

Para poderse declarar bien no quería estar cohibido.

Tomasita ya le estaba esperando, y al entrar y dar-

le las buenas tardes ya se las dió con más franqueza; la miró más de frente, no le pareció tan flaca y hasta se atrevió á decirle que era bonita, y ella se atrevió también á contestar que «muchas gracias», á lo cual replicó él «no hay de qué».

Las tres Marías en comandita habían pensado una cosa. Ya que hacía buena tarde y estaban todos juntos, y tenían que hablar de cosas alegres, en vez de pasar la tarde entre aquellas paredes, podían salir un rato é ir al «Jardín del General», que era un jardín que parecía hecho á propósito para decirse cosas al oído, los que tuviesen que decírselas; porque ellas ¡ay! con lo del hábito, ya no tenían nada que decir en este valle de lágrimas.

La idea pareció buena, y ellas tres en medio y uno á cada lado se fueron al jardín.

Al Jardín del General se entraba por una puerta de hierro, y ya antes de pasar la puerta, el verdor, el rumor del agua y un fuerte aroma de jazmines confortaban el espíritu y le daban un baño de dulzura. Dentro, pasaron por un caminito cubierto de grava y sembrado de conchitas blancas, con perfiles de boj recortado que encerraban macizos de flores. Á los lados crecían los troncos y por encima pendían las ramas, y así bajo una bóveda de verdor, íntima, misteriosa y florida, fué pasando la pareja seguida de las tres Marías.

Las Marías habían dejado ir delante á los dos enamorados para que se dijese lo suyo, y cuando Estebanillo se vió solo con ella creyó llegado el momento

de decir algo por sencillo y prudente que fuese; pero no encontró nada que decir. Si hubiese estado detrás del mostrador, allí sí que tenía toda una serie de conversaciones para elegir: el mostrador era como una tribuna que le desataba la lengua, pero hablar bajo frondas, como no había aprendido nunca, no sabía.

Al cabo de un ratito de andar por sobre la alfombra de oro que habían hecho las hojas muertas se le ocurrió una idea, y dijo:

— Parece que ya se caen las hojas.

— Se caen todos los años — contestó ella, y siguieron andando.

Realmente se habían caído muchas. Se habían caído á brazados, á enjambres, á lluvia. Todas las de aquel jardín y todas las del paseo de San Juan se habían reunido allí como buscando aquel cementerio que no estaba pisoteado por los carros, donde se hablaba á media voz, y donde los enamorados suspiraban. Las había amarillas, moradas, verdosas que no habían acabado de morir, color de ámbar, color de fuego, color de nubes á la puesta del sol; las había extendidas en tierra, como manos abiertas en la arena, acurrucadas bajo los bojés, encogidas, temblorosas, débiles en lo alto de las ramas que se desprendían despidiéndose y caían silenciosamente, y el camino estaba tan lleno de ellas, que crujían bajo los pies de las Marías y de los novios.

Estebanillo, volviendo á las hojas, que ya le habían sacado del apuro una vez, dijo, separando algunas con el pie:

— ¡Qué jardín tan mal cuidado!

— Se ve que lo cuidan hombres — dijo ella.

— ¿Le gustaría á usted tener un jardín? — insinuó él atreviéndose.

— Un jardín, no — respondió ella —. Me gustaría tener una torre con verduras y árboles frutales y estanque y fuente y muchas gallinas.

— Pues con el tiempo la tendrá usted — dijo él, y le pareció que había dicho tanto, que se puso encarnado como una peonía.

Ella le miró: siguieron y llegaron á una glorieta donde había una sombra encantada. Arriba, los cipreses recortados hacían una nave de capilla, de donde salían flores azules entre la negrura de las ramas. En torno, recostados sobre el ramaje, había unos bancos de mármol esmaltados de manchas verdosas y de claridades de sol, y en medio de una fuentecita redonda, como una taza de musgo, surtía un chorrito de agua delgado, irisado como un cristal, que cantaba al caer en la taza una canción de alegría que el agua, alejándose y haciendo ondas, iba á repetir á los lirios que había sobre el pretil.

— ¿Nos sentamos en este banco? — insinuó Estebanillo, conmovido acaso, á pesar de todo, por aquella canción del agua.

— Está muy fúnebre aquí — dijo ella, que no estaba para canciones —. Vamos más allá que hay patos y les podremos echar un pedazo de pan. Yo siempre que vengo aquí traigo un panecillo para ellos.

Siguieron su parecer y su camino, y cuando llega-

ron junto á un estanque encontraron además de los patos una fuente y un tenducho de madera donde vendían agua y anises. Estebanillo compró dos cucuruchos de los mejores, que le costaron dos cuartos, y obsequió á las señoras.

Al dárselos á Tomasita tuvo intención de ponerle un anís en los labios, pero le pareció demasiado atrevimiento para un novio interino que todavía no se había declarado, y, cambiando de intención, echó el anís á un pato.

El pato miró al grano de anís con un ojo, torció el pescuezo y no le quiso.

— No son golosos los patos — saltó Tomasita.

— ¿Y usted es golosa, Tomasita? — dijo él con tono cariñoso.

— No me han criado para serlo — dijo ella —. En casa, *escudella* y carne del puchero.

— Lo mismo que comemos nosotros — respondió Estebanillo.

— Y nosotras — dijeron las Marías.

— Y lo que comeremos cuando estemos casados — estuvo á punto de escapársele al prudente Estebanillo, pero le pareció que eso sería declararse fuera de regla y que la ocasión no era buena: primero, porque las tres Marías aprestaban tres pares de oídos y él quería hablar á solas, y después, porque amor con pato le pareció que no rimaba bien.

Pero el caso es que no podía esperar más. Empezaba á caer la tarde, pronto se tendría que despedir y no había más remedio que hablar. Si no hablaba,

además de haber perdido el tiempo, el abuelo le diría que era un bolo, y tendría razón para decírselo. Así es que ¡fuera escrúpulos! En llegando á aquel rincón de árboles que se veía en el fondo del jardín, le diría lo que hacía al caso, que para eso había venido, y si no se lo decía no cumplía con su deber. Tiraron el medio panecillo al agua; volvieron á seguir por el camino de los bojés, y llegaron bajo los árboles donde había de decirle lo que hacía al caso.

Y aquel lugar no podía ser más propio para decir «lo que hacía al caso». Sombra, frescura, rumor de agua que corre, pájaros que vienen á recogerse pando entre las ramas, aroma de flores y de hierba húmeda, luz misteriosa entrando por los árboles de las últimas centellas del sol que se ponía; hasta un Cupido arropado en hiedra; hasta un banco; hasta enredaderas que hacían toldo al banco, y hasta un sauce mojando el ramaje sobre un surtidor de perlas. Si allí no decía «lo que hacía al caso», es que no había nacido poeta.

Por lo que se ve, sí que había nacido poeta, porque apenas habían llegado al banco tomó la palabra y dijo:

— Oiga usted, Tomasita: usted y yo tenemos que hablar, y ya sabe usted de lo que tenemos que hablar.

— Diga usted — contestó ella bajando los ojos.

— Tenemos que hablar y hablaremos, pero no nos lo diremos todo en un día, porque tiempo tendremos de sobra más adelante para conversación — dijo él.

— Eso creo yo — respondió ella.

Aquel «eso creo yo» era tan claro, que casi no necesitaba decir más. Todo lo demás era retórica. Pero sea el influjo del sitio, ó el calorcillo de estar junto á ella, ó que estuviese enamorado, ello es que quiso fantasear y siguió diciendo con más ó menos poesía:

— Yo, ya sabe usted que soy comerciante. No creo que pueda decir nadie que he faltado nunca á mi obligación. Si alguien lo ha dicho no ha dicho la verdad.

ELLA. — No se lo he oído decir á nadie.

ÉL. — Ni yo tampoco; pero era un decir. Yo me he criado en el negocio y le tengo ley al negocio. Primero es el negocio que todo para el que quiere fundar una familia ¿No le parece á usted, Tomasita?

ELLA. — Soy del mismo parecer que usted.

ÉL. — Pues como íbamos diciendo, mañana ú otro día que yo me case, como no tendré más que el negocio, me portaré bien con el negocio y me portaré bien con la mujer, á la que querré tanto como al negocio... Yo no tengo experiencia, pero tampoco tengo mala cabeza.

ELLA. — No.

ÉL. — Y no se fíe usted, Tomasita, de los jóvenes demasiado prudentes y que no la hayan corrido. Yo la he corrido, pero con medida, como debe correr quien quiere correr bien. Seré un casado con medida, un padre de familia con medida, y todo lo mío será con medida.

ELLA. — ¿Quiere usted que le diga una cosa?

ÉL. — Diga usted.

ELLA. — Que el modo de pensar de usted es tan del mismo modo como yo pienso, que cuando habla usted hablo yo. Me habían dado buenos informes, y veo que no me habían engañado. La mujer que se case con usted vivirá en un baño maría.

ÉL. — Pues... cuando usted quiera nos podemos ir. Ya he dicho lo que no me atrevía á decirle, y no necesitamos hablar más.

— Vámonos — dijo ella levantándose y lanzándole una mirada que quería decir muchas cosas.

— Vámonos — dijo él, devolviéndole también en la mirada todo lo que no le había dicho.

— ¡Marchaos por el amor de Dios! — habría exclamado el pobre Cupido si no hubiese sido de mármol.

Y eso que aquel pobre Cupido ya estaba acostumbrado á escuchar conversaciones como aquélla en aquel rincón tan hermoso, frecuentado por gentes tan prácticas.

La noche entraba poco á poco, y con la entrada de la noche vibraban las ramas de los árboles para quitarse las hojas muertas y hacer sitio á los pájaros, que llegaban por todos lados, mientras uno á uno ó dos á dos iban saliendo del jardín los Estebanillos.

Cupido se quedaba con los pájaros, y no se podía quejar del cambio.

— ¿Qué tal? — dijeron las Marías cuando se quedaron con Estebanillo—. ¿Qué tal? ¿Te has declarado ya?

— He dicho lo que hacía al caso. Todo lo que falta por decir, ya se lo dirá mi abuelo al padre de ella.

— Dices muy bien — respondieron las Marías—. Los que estáis enamorados no podéis tratar de intereses; el amor es ciego.

XII

Donde el lector que siga leyendo verá cómo llevaron á casar á Estebanillo, cómo dió el sí, cómo le bendijeron, cómo comieron, y cómo entró en el santo matrimonio.

Realmente, el señor Esteban, en connivencia con el viudo comerciante en granos, acabó de decidir todos los detalles que faltaban para que los muchachos tomasen el estado que es estado natural del hombre.

Estebanillo tendría su capital libre en la Sociedad de «La Puntual»; la niña traería los cinco mil duros, que entrarían en la casa. Venderían mercería al por mayor; ensancharían la tienda, alquilando la tienda de al lado, donde viviría la pareja, abriendo una serie de puertás medianeras por las que se podría pasar de la tienda vieja á la sucursal, de la sucursal á casa de los recién casados, de casa de los jóvenes á casa de los padres, y de la de los padres á la tienda, dando las vueltas que cada uno tuviese ánimo de dar, ó quedándose cada uno en su casa si no tenían humor vagabundo.

La boda se celebraría dentro de un mes. Desde el

momento en que estaban de acuerdo, las cosas que hay que hacer, hacerlas. El comerciante en granos no quería entorpecimientos. También era hombre práctico. Se harían de prisa la ropa, y no se harían demasiada, porque si la novia estaba delgada, había decidido engordar, y el día en que estuviese gruesa como corresponde á una casada, habría necesidad de ensanchar las camisas y poner nesgas á las enaguas. El muchacho se haría un chaquet negro del mejor paño que hubiese, porque una prenda así, cuando es buena, no sólo sirve para tomar estado, sino que es prenda para toda la vida. Una vez casados irían á hacer una buena comida: no más que seis platos, pero substanciosos; después los meterían en el tren, y que fuesen á Monserrat á pasar dos ó tres días con sus noches correspondientes, y después... después que fuesen felices; que si congeniaban, y se tenían los miramientos y las consideraciones debidos, y si no tiraban de la cuerda, y el negocio iba adelante, y Dios les daba hijos con «algodón» y apetito natural, y avenencia en las ideas, seguramente lo serían por muchos años.

Así, ya todo arreglado, pusieron la tela en el telar. Vengan amonestaciones, y á casarse en cuanto estén bien amonestados.

El cura ya estaba avisado. Haría una boda sencilla, pero en la que no faltase requisito. Los convidados ya estaban elegidos. Los de siempre por parte del novio, y por parte de la novia, toda gente de posición y buenos informes, y de firma acreditada en

la plaza comercial. Los testigos ya estaban á punto: el señor Esteban y el comerciante en granos buscaron cuatro que no fuesen unos pelagatos; cuatro hombres de peso, cuatro personas escogidas, de esas que llenan una casa y da gusto verlas en la iglesia. Por parte de Estebanillo, el señor Forment y un concejal amigo del señor Esteban; y por parte de Tomasita, un gran comerciante de cereales, de los que hacen subir el trigo cuando compran, y un veterano de verdad, liberal en todo menos en hacer gasto, que llevaba un retrato de Riego dentro de un medallón, y como que tenía un uniforme con sable, morrión y charreteras que se le apolillaba si no se le ponía, le llevaba á los actos oficiales cuando los actos eran honrosos para las insignias que ostentaba.

En cuanto á Estebanillo, estaba tan fresco y sosegado, que parecía que no era él quien se tenía que casar. Atareado con las obras, no tenía tiempo de pensar en el paso que le esperaba. Cuando hay que hacer en una casa, el hombre que es como debe ser no tiene tiempo de entusiasmarse con matrimonios y tonterías, que el trabajo es una obligación y el casarse una devoción, y primero es una cosa que otra. El abuelo le había dicho, y tenía razón para decirlo: «Estebanillo, que la escritura matrimonial no te haga perder letras. Piensa en lo que vas á hacer, pero piensa también en lo que estás haciendo. La mujer la tienes segura y la clientela es caprichosa.» Y él, que ya por naturaleza no era dado á emocionarse, esperaba el día

señalado sin un estremecimiento en la sangre y con los nervios ni excitados ni decaídos.

Además, que no había motivo de calentarse la cabeza lo más mínimo por ir á dar ese paso que todos tenemos que dar. Se casaba á gusto, ¡qué demonio!; le casaban á gusto de todos juntos, ella estaba conforme; los padres, de derecha é izquierda, conformes también; á él más bien le gustaba la novia; de modo que ¿por qué preocuparse? Ya sería otra cosa si hubiese sido un matrimonio de pasión, de esos en que los sentidos se exaltan y se va uno á casar como quien va á un asalto; pero si un casamiento calculado, como se había calculado el suyo, con todas las medidas tomadas, con todas las sumas sacadas, con los libros claros y conformes, y el Haber y el Debe nivelados, salía mal, era para perder la fe en el santo nudo, en los padrinos, en los testigos y en la epístola.

No; podía estar sereno, y lo estaba, porque había motivos para estarlo. Podía dormir tranquilo, y dormía, porque no sabía dormir de otro modo. Podía tener fe en el porvenir, y la tenía, porque el porvenir la tenía en él. Todo estaba previsto, meditado, medido, vareado; podía irse á casar sin que le temblase el pulso, y con la sonrisa en los labios; y podía mirar á la gente con toda la tranquilidad de quien no hace mal y mal no piensa... y así iría llegando la hora.

Y no tardó en llegar. Había pasado un mes, más de prisa y más volando que cuando hay que pagar facturas. Se habían acabado las obras, y el sastre

había traído la ropa, cuando una noche, ¡oh noche solemnel, mientras estaba echando rayas en las hojas del *Inventario*, llegó el señor Esteban y le dijo:

— Muchacho, creo que te acordarás de que mañana es el día señalado en que se ha de cumplir la sentencia. Esta es la última noche que duermes solo, y como sabes que tengo la costumbre de guiarte y aconsejarte, te quiero hacer cuatro reflexiones. Mañana, cuando te hayan echado la bendición, ya te darán consejos; pero te los darán en latín, y los consejos en latín, consejos perdidos. Yo te los daré en catalán, y así nos entenderemos los dos. Mañana entrará una mujer, que será tu mujer, en las interioridades de la casa, y como esto de la mujer es cosa para toda la vida, te quiero dar consejos de duración. Escucha, pues, y ve apuntando. Á la que ha de ser tu esposa, trátala siempre con miramientos, pero haz en todo lo que á ti te parezca. Escucha también con miramientos la mitad de lo que te diga, escogiendo bien entre lo mucho que te irá diciendo, porque por muy mujeres que las mujeres sean, á veces aciertan en lo que dicen. Ten tú la llave de la caja y déjala tener á ella la de la despensa. Cuídate tú mismo de comprar y enséñale á ella á vender, que de comprar ya saben ellas bastante, y á vender siempre hay que enseñarles. Manda, manda siempre. Si tienes razón, manda con buenos modos, y si no la tienes, á veces, porque así parecerá que la tienes. Y para acabar este sermón, te daré el último consejo. Piensa siempre que eres más fuerte que ella, y lo que no haga por

buenas, con todos los miramientos que te he dicho al empezar..., la ayudas á hacerlo por malas; ahora ya lo sabes. Mañana á casarte.

Al día siguiente, como los demás días, Estebanillo abrió las puertas, despachó y se estuvo detrás del mostrador; y hasta que vinieron los convidados no se fué á poner el traje de paño.

La señora del principal, la señora Pepa, el señor Forment, el señor Ramón, la señora Rosita, su madre, los concejales y las tres Marías, comandita, llegaron todos tan atildados, tan pulidos y con tanta ropa buena, que cuando estuvieron en el entresuelo se notó un aroma de alcanfor que si no fuera porque no las usaban, cualquiera hubiese creído que habían espolvoreado con él las alfombras.

Llegó el faetón, y tenía un color tan deslucido, tan tenue y tan pasado, que á no ser porque ya debía no ser de este mundo, bien se hubiera podido creer que era el mismo faetón del bautizo, con los mismos caballos, el mismo cochero, la misma librea, y hasta el mismo clavel en la oreja; y subiendo en él toda la comitiva, y subiendo á otro coche Estebanillo y los testigos, arrancaron hacia San Cugat, pasando por aquel laberinto de carros que son gozo del barrio.

Al llegar á la iglesia, bajaron como pudieron á la pobre señora Pepa; entraron en la sacristía, y después de un cuarto de hora de espera, vieron llegar á los del bando contrario: el comerciante en granos, el de los cereales, el veterano, dos comerciantes más, dos amigas y un niño; llegaron tan atildados, tan ves-

tidos de negro, tan alcanforados, tan pulidos y tan rectos como los del ramo de mercería; pero traían á la novia delante, con un ramo de azahar en la frente, como una bandera blanca.

Estebanillo en cuanto la vió le fué á estrechar la mano, como se acostumbra en estos casos; pero como ella llevaba guantes y él llevaba las manos desnudas y le sudaban un poco, tuvo miedo de ensuciárselos y no le apretó más que la punta de los dedos.

Entró el cura... y á casarse.

Le puso el anillo, y ella le tomó.

Preguntaron á Estebanillo si la quería por mujer, todo lo que se dice para casar, y él respondió con un sí propio de él y propio del caso. Un sí ni muy bajo ni muy alto, un sí bemol, un medio sí; un sí que para tanto como tenía que durar, tenía poca resistencia.

Le preguntaron lo mismo á ella, y el sí de ella ya fué un poco más claro. Se veía claramente que tenía más gana de decirlo, porque después de haberlo dicho dió un suspiro que significaba: «Me ha costado echarlo fuera, pero ya está.»

¡Ya estaban casados! ¡Alabado sea Dios! ¡Alabado sea el señor Esteban!; Dios, por haberlo consentido, y el señor Esteban, por haberlo practicado. Nadie lloró, como se llora en estos casos, y es que no había por qué llorar. Si la pobre señora Pepa dejó escapar algún gemido, es que ya estaba acostumbrada á gemir, pero todo el mundo estaba contento, hasta Estebanillo, que era el recién casado. «No son éstos momentos de enternecerse — había dicho el señor Es-

teban—. Las lágrimas se deben guardar para cuando llega un revés de fortuna, y hoy no ha sucedido ningún revés. Aquí se han unido dos personas, se han unido dos casas de crédito; de modo que venga la misa, que nunca está demás oirla, y en acabando, á la fonda.»

La oyeron, subieron en el faetón los de una y otra banda sin reparar en diferencias, y en un coche farrado de blanco subieron los novios solos.

Por el camino, Estebanillo cogió la mano de la que ya era su mujer, y ella se la dejó coger; después le cogió las dos, y á ella le pareció que tal vez era demasiado, y no le dejó más que una; después le subió un beso á los labios, que le hubiese dado allí mismo si no hubiese tenido miedo de descomponerla, y entre si se le doy ó no se le doy, llegaron á la fonda.

La fonda estaba en la calle de Moncada, en una casa señorial. Una fonda amplia, grandiosa, decorativa y desmantelada, que había sido mansión de nobles, y que después de la caída se había prendido á ella el comercio como hiedra de nueva especie. En el patio, sobre el escudo, un escudo con dos leones y dos águilas, estaba la placa de los seguros y un anuncio de alpargatas; en la escalera, una amplia escalera medioeval, habían cubierto las piedras con carteles de revalentá, de vinos, de quesos y de pastillas; y el pórtico, de talla gótica, le habían tapado con un rótulo que decía: «FONDA DEL COMERCIO», con letras que no eran góticas; eran de muestrario.

La comitiva entró en el gran salón, un salón con artesonado, cuadros de época y muebles de Viena, y encontraron la mesa preparada, con un derroche de loza, de vasos y de cubiertos que bien se veía que la cosa iba en serio. Sentóse á presidir la mesa, como decano de todos, el señor Esteban en persona, rodeado de los hombres importantes; el suegro, el de los cereales, el concejal, el veterano, es decir, el comercio, la política y la milicia pasiva, y desdoblaron las servilletas. Más al centro, el ramo de mujeres y suegras que necesitaban mucho sitio, y que no sólo desdoblaron las servilletas, sino que se las ataron al cuello, y al último extremo de la mesa, en un rincón ignorado é íntimo, colocaron á los novios, lejos del mundo y lejos del bullicio, para que pudieran quererse á solas en los entreactos de plato á plato.

Llegó el arroz triunfalmente. Todos se sirvieron y todos callaron, y no se oyó más rumor mientras hubo arroz en la mesa que el ruido de los tenedores y el gemir de la señora Pepa, que comía y se quejaba.

Tomasita y Estebanillo, aunque estaban conmovidos, comían como los demás; pero Estebanillo de cuando en cuando decía una fineza á la novia para que se viese que le gustaba.

— Ten cuidado de no tragarte una espina — le decía cariñosamente —. El congrio tiene muchas espinas.

— Ya lo sé — contestaba ella, dejando la espina á un lado.

— Bebe un poco para que te vaya pasando el arroz.

— Gracias, Estebanillo.

— Si quieres este pedacito de alón, te le daré. No le he tocado.

Y por si le había tocado ó no, se repartieron el alón, y amorosamente se lo comieron, ella el pellejo y él los huesos, mientras entraba humeando una fuente de fricandó que daba gusto verla.

Aquel fricandó se discutió. Las tres Marías explicaban cómo ha de ser el fricandó para que sea fricandó; ha de tener muy pocas setas y un poco de laurel. La señora Pepa aseguraba que no hay que echar setas cuando la ternera es ternera de verdad; la señora Rosita sostenía que todos los extremos son malos, y que abusar de las setas es echar á perder la salsa; la señora del principal daba la razón á unas y á otras, y los hombres no decían nada, porque no valía la pena discutir cuestiones tan nimias; pero lo que todos combatieron, hombres, mujeres y hasta el chiquillo, fué la cuestión del laurel; allí no querían laurel ni en el fricandó ni en nada del mundo; el laurel es un engaño, es una planta que exaltaba, es una hoja sin vergüenza, con mucho aroma y poco alimento. Sólo se debiera vender en la botica para los que padezcan de histérico.

Bebieron, y llegó la liebre, y como ninguno era cazador, no hicieron comentarios, pero se la comieron toda.

Volvió á beber todo el mundo, menos Estebanillo, que era aficionado al agua, y Tomasita que no lo era, pero que se había acostumbrado á beberla, y traje-

ron un plato de verdura, que todos miraron con desprecio. De eso ya comían en casa.

Un poco más de bebida y compareció el asado, y de aquello sí que comieron. Comieron tanto como de la liebre.

Después otro asado, y más bebida, y postres, y vuelta á beber, y entonces empezó el momento de la expansión, el momento ese del entusiasmo en que los corazones se exaltan, y las palabras mentudean como lluvia, y cada uno abraza á su vecina, y el alma del vino se sube á la cabeza, y todo se desborda: elocuencia, amor, poesía y desenfreno.

Menos Estebanillo y Tomasita, que como no habían bebido no podían desbordar de elocuencia, aquello fué un derroche de discusión y de palabras escogidas.

— Díganme ustedes, hombres exaltados, si dejamos subir el maíz, ¿á cuánto subirán las gallinas? — decía el suegro de Estebanillo.

— Y si suben los consumos y se encarecen las aves, ¿cómo vamos á comer gallina? — decía el concejal con gran aplomo.

— Y el ramo de algodón, ¿no hay que tenerlo en cuenta? ¿No paga una madeja lo mismo que un conejo ó que un cajón de pasas? — argüía el señor Ramón.

— Madeja ó carrete — contestaba el concejal —, todo ha de sujetarse á los aranceles, y los aranceles, señores, son la balanza económica que gradúa las industrias, y crea y hace prosperar otras nuevas. Sin

aranceles, muere la mercería, sus adherentes, sus adheridos y todo el comercio de Ribera.

Estebanillo y Tomasita, que estaban embobados ante aquel derroche de elocuencia, de allí en adelante fueron partidarios de los aranceles.

— Yo estoy por la libertad — exclamó entonces el veterano.

— ¿Por la libertad de aranceles? — saltó el concejal.

— ¡Por todas! Yo soy liberal y llevo las insignias de la libertad y estoy por la libertad — respondió el veterano cívico, haciendo temblar las charreteras.

— ¡Alto!, ¡alto! — dijo el señor Esteban, que estaba esperando á hablar el último para hacer un discurso de resumen —, ¡Alto!, digo; ¡alto!, y seamos prácticos. La única libertad y los únicos derechos arancelarios que nos convienen á todos nosotros, es que el pan no se encarezca y que suba la «mercería», y aprovecho este momento tan serio, tan hondo, tan conforme y tan oportuno para pedir al Todopoderoso esto: que la mercería vaya en alza, que si ella prospera, prosperarán los novios, y aunque yo no lo he de ver, tendré satisfacción cumplida en que la «Puntual» perdure.

Todos lloraban.

Las lágrimas le dieron aliento, y continuó sentimental:

— Sí; yo ya soy viejo, y aquí estamos muchos que lo somos...

Los hombres indicaron con la cabeza que estaban

conformes; pero las mujeres, como si no le oyesen.

— ¡Soy viejo! Me acerco al vencimiento, y siempre he pensado una cosa: que de viejo no puedo pasar; pero que, economizando la vida, se tiene vida más años, y que el todo es la economía. Estebanillo y Tomasita: economía en el gastar, en la salud, en el fiar, en el hacer favores y hasta en el recibirlos por no tenerlos que agradecer, y seréis lo que debéis ser: un matrimonio económico. Y ahora que ya he dicho lo mío, economía en el hablar, y vámonos despacio, que los muchachos tienen que ir á Monserrat á pedir á nuestra Virgen que les dé lo que les convenga; y lo que les conviene ya lo sabemos todos: prosperidad, buenas compras, buenas ventas y buena clientela.

Las mujeres ya no lloraban, porque estaban discutiendo el precio de una mantilla.

Los hombres aprobaron.

— Vámonos — volvió á decir el señor Esteban.

— En marcha — dijo el veterano.

— Cuando quieras, á Monserrat — dijo Estebanillo á su costilla.

Pero su costilla, Tomasita, que ya hacía rato que estaba callada y no podía gozar el fuego de la controversia, se quedó amarilla y la tuvieron que dar á oler vinagre.

Figúrense ustedes el trastorno de la comitiva.

— ¡Corred! — decía uno.

— ¡Desabrochadla! — decía otro.

— Que la desabroche Estebanillo, que es á quien le corresponde.

— Eso debe haber sido la emoción.

— Ó la liebre. La liebre sienta mal en días como éstos.

Cada uno decía lo suyo; y es el caso que fuese la liebre, fuese el sí ó fuese lo que quisiera, estando de aquel modo hubiera sido una imprudencia ir á Monserrat.

Estaba escrito en el «Inventario» que el pobre Estebanillo no había de tener fiesta completa en la vida. Desde allí se fueron á casa, unos á pie y otros en coche.

Toda la tarde y el anochecer la novia tuvo mareos, y le dieron tantas tomas de manzanilla y flor de malva y flores cordiales y cortezas de árbol, que había para hacer reventar á dos regimientos de novias.

Por fin, á la noche se sintió bien, y se fueron á la habitación nupcial.

En la sala, ella se disculpó de haberle dado tan mal rato en día tan señalado y de que no pudiesen hacer el viaje.

— Otra vez será — dijo él —; bien mirado, era un gasto inútil.

Y para atenuar el mal efecto de la crudeza de la frase, le dijo la única flor que había echado en su vida:

— Estando contigo, todo es Monserrat.

— Pues oye — dijo ella —; ya que economizamos

el viaje, podíamos hacer una cosa: todo lo que hemos ahorrado echarlo en una hucha.

— ¡Eres la mujer que buscaba! — le dijo él con entusiasmo.

Y mientras contaban los cuartos para echarlos en la hucha (¡oh Cupido, aprieta la venda y tápate mejor los ojos!), él le dió el primer beso.

La cama de matrimonio les esperaba. Metieron el dinero en el armario, y apagaron la vela.

A la mañana siguiente las compradoras ya no le llamaron Estebanillo: le llamaron Esteban.

ESTEBAN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO GONZÁLEZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESTEBAN

I

Cuatro años de matrimonio. — Donde se ve que unos buenos informes dan muy buen resultado para casarse. — Donde se ve el amor y otras tonterías de gente joven.

Habían pasado cuatro años desde el casamiento de Estebanillo, y con todo y haber ocurrido hechos de transcendencia que en otras casas sin raíces hubieran conmovido á la familia, como los tales hechos de transcendencia habían sido morales y no afectaban al negocio, allí no se había parado mientes en ellos.

Había muerto el señor Ramón; pero como había muerto de un accidente (un hombre tan reposado), y como que si hubiese vivido enfermo tal vez se hubiese quedado inútil, estorbando la marcha normal que ha de tener todo establecimiento, acordaron los que quedaban que para padecer él y hacer padecer á los que no tenían la culpa, mejor había hecho Dios en llevársele á su santa gloria. Había muerto el

señor Forment; pero como no había dado molestias, y allí quedaba el sillón para recordar su molde en aquella casa, y como no había hecho nada en el mundo más que estar sentado y hablar del tiempo, tampoco se habían enterado. Había habido que poner una fuente á la señora Rosita por mor de la sofocación que le daban las carnes; pero como era una fuente que no molestaba á nadie más que á ella que la llevaba, se la dejaba en paz. Se había casado Pepeta, de resultas de aquel beso, con uno de los artilleros de enfrente; pero como habían tomado otra Pepeta más joven, más despachada y más económica que ella, que no se comía las tajadas de la olla ni pedía que la dejaran salir los domingos por la tarde, aun habían salido ganando.

Sí; allí no había pasado nada que valiese el gasto de preocuparse. El señor Esteban tan sereno, tan equitativo, tan pésalotodo y tan aconsejador como siempre; la señora Feliciano haciéndose vieja, pero con toda resignación; las Marías haciendo un mes que habían acabado una colcha; el comerciante en granos habiéndose vuelto á casar, y entre el grano y dos hijas más que habían granado del matrimonio, no haciendo nunca estorbo al yerno; la señora del principal continuando en el principal, y el negocio, que es lo principal, marchando como una trencilla; aquel hogar comercial no podía ir mejor de lo que iba. Género, parroquia, capital, consideración é intereses iban subiendo de hora en hora, y si bien es verdad que poco á poco, subían con tanta constancia, que,

según decía el señor Esteban, «era la gota aquella de la piedra que va horadando á los clientes y trayendo provecho á la casa».

Tanto prosperaba la casa, que habían tenido que poner dos dependientes, mayores de edad y de pago, porque ni Esteban ni su mujer podían dar abasto al trajín.

El uno era el tenedor de libros, que se llamaba señor Pablo y nada más: que era soltero, gris, medio calvo, medio flaco y de media edad; que era uno de esos pobres hombres que cuando pasan no se sabe lo que son ni qué hacen; que nadie los ve, que nunca estorban para nada, á quienes nadie da los buenos días cuando llegan ni dice adiós cuando se marchan; que era un Esteban fracasado, y que además era tan sordo, que si no gritaban mucho no oía una palabra; y como no gritaba nadie, porque nadie reparaba en que estaba él delante, se pasaba la vida en ayunas; silencio que le servía para los libros, eso sí, porque no pudiéndose distraer, como no podía con nada de lo que decían los demás, vivía sólo para aquellas páginas como único paisaje de su vivir; y el otro era un viajante, que se llamaba Tonet, que era joven, despierto, charlatán é inquieto. Tan pronto estaba en Galicia, como en Murcia, como en Extremadura. Se pasaba la vida en el tren consultando itinerarios; en las fondas hablando de todo, de todos y de lo de más allá; en los cafés y en los casinos ponderando su tierra, que la encontraba tan hermosa porque no vivía nunca en ella; en las tiendas haciendo notas y

contando cuentos; llegaba apresurado, y hacía muestrarios á toda prisa, y volvía á saltar á otro tren, y volvía á llegar y á marcharse, paseando maletas y canciones, mercería, y voces, y risas de punta á punta de España.

En medio de estos dos temperamentos, el de paz del señor Pablo y el de acción de aquel viajante, Esteban y Tomasita sostenían el equilibrio con tanta nivelación y tanto aplomo, que nunca «La Puntual» había sido tan puntual ni el carro comercial había ido por tan buen camino. Desde que llevaba las riendas aquel matrimonio ejemplar, que era la unión de dos escuelas, la de la importación y la de la exportación, la de vender y la de recoger, la de despachar cintas é hilos y la de importar lo más importante, los dineros entraban en el cajón con prisa metódica. Aquello no era una mercería: aquello era extracto de tienda.

Estebanillo, desde que era Esteban, había andado tanto camino que era más que comerciante: era un manual del comerciante, el perfecto comerciante, la flor del comerciante. Tenía todas las virtudes del hombre que quiere hacer fortuna: calma, constancia, seriedad, ojo, desafecto, falta de conciencia, testarudez, perseverancia, y á mí qué me importa el prójimo; y no tenía estorbo que le detuviese las intenciones, ni escrúpulo, ni genio, ni talento, ni letras, ni preocupaciones. El tiempo que, para tantos, es la cadena que va con rumbo á lo infinito, para él no era más que un plazo para esperar el cobro ó el pago de las letras

y las facturas; el mundo que, para tantos otros, es un misterio lleno de «quien sabes» y de enigmas, para él era un gran mercado con deudores y acreedores, con hombres malos que no pagaban, con hombres sospechosos que debían, y con gente de bien que cumplía como es debido; la vida, esta vida que tanto ha dado que rumiar, para él era como un dietario con entradas y salidas, y la muerte era un vencimiento. Y todo esto no lo pensaba (si hubiera tenido cabeza para pensarlo no hubiera sido lo que era), lo sentía. Tenía el don, el golpe de vista, el sexto sentido que tiene el tendero, cuando lo es por naturaleza, que le hace ver todas las cosas, no por el lado por el cual deslumbran, sino por el lado del cual dan luz. Con sólo oler una trencilla, ya conocía por el olfato si había de subir, y de la nariz iba á la compra, y de la compra á la ganancia, y de la ganancia á otra compra; él, con el gusto vulgar que tenía, ya podía asegurar que lo que á él le gustase gustaría á las mayorías, que eran tan Esteban como él; con la calma natural que el Señor le había dado y el señor Esteban fortalecido, tenía una guía tan segura para asegurarse las ganancias, que si, teniendo una hora tonta en lugar de valerse de su instinto, hubiera podido pensar y hubiese pensado, habría perdido en una hora la ganancia de toda la vida. No; no había nacido para pensar. Esteban había nacido para esperar á la puerta de la tienda, y con constancia, con recogimiento y con la santa paciencia de un buen pescador de caña, coger á las mujeres que picasen,

y, engañadas por el deseo, hacerlas entrar en la tienda.

En cambio ella, Tomasa, aquella muchacha tan silenciosa, tan modosita, tan con los ojos bajos; aquel terroncito de modestia, aquel piñón de virtud, aquel grano de trigo, de candor, había sacado las uñitas que llevaba escondidas bajo la piel blanca, y dominada por la ambición se había convertido en mujer, y de mujer en tendera, y de tendera en símbolo, y de símbolo en hucha. Los dineros que de la tienda subían al entresuelo ya no volvían á ver la luz. Sabía encontrar rincones de armario y agujeros de cómoda, en los cuales aunque hubiesen entrado ladrones no los hubieran sabido hallar. Tenía maneras de ahorrar, de escatimar, de guardar, de recoger y aprovechar las sobras y de llevarlas á la sombra, y allí, en la sombra, tenerlas presas en escondite perpetuo, que era cosa maravillosa. Del comer sabía sacar lo más justo para que, sin padecer hambre, quedasen satisfechos, pero no hartos; hacía durar la ropa con zurcidos inverosímiles que eran obras de arte de disimulo, dejando las prendas de vestir en tal estado de modestia que nunca eran ni nuevas ni viejas; los muebles, que nunca habían sido jóvenes, á fuerza de miramientos, de cuidados, de unturas y cataplasmas, los sabía conservar en una media edad pasadera, en la que, aunque no daba gana de tenerlos, no estaban bastante pasados para tirarlos. Allí nadie podía enflaquecer, pero nadie podía engordar. Si la señora Rosita tenía las carnes que tenía, es que aun le quedaba grasa

del tiempo del señor Ramón, que Dios tenga en gloria; pero ni Esteban echaba carnes, ni ella tuvo que ensanchar las camisas y las enaguas como temió al hacerse la ropa.

Los informes habían sido buenos, ¡vive Dios!, pero ella había salido mejor que los informes. No lo decimos por alabarla, pero aquella comerciante en granos, desmedrada, que no pesaba lo que un grano de mijo, era un tratado de Economía puesto al servicio del comercio, y nunca mercero conocido pudo encontrar mujer más de su casa, más trabajadora, más ahorradora, más zurcidora, más aguda, más vigilante, más hormiga, más práctica y más tendera que la que había encontrado Esteban con ayuda de las personas razonables; una mujer que era una finca; una mujer que producía más del catorce por ciento; una mujer que si hubiese premios para premiar á las tenderas, le habrían dado medalla de oro, oro que hubiese ido á caer en su famosa hucha.

Él, Esteban, no tenía que hacer más que comprar; comprar bien, como había dicho el señor Esteban, y ella ya se cuidaba de todo: de vender, de despachar, de poner el puchero á la lumbre, de quitarle, de mandar á la criada, al tenedor, á la suegra y hasta á él mismo. Él no tenía que hacer más que de hombre, que para eso llevaba pantalones; él á hacer acto de presencia en la casa: de estampa, de majestad, de respeto, y ella á tejer la tela de araña: un tejido tan fino, pero tan espeso, que no se escapaba ni una mosca.

Y todo esto sin voces, sin ruido, sin prisa. Se deslizaba silenciosamente por todos los rincones de la casa: iba donde tenía que ir con paso de monja; hablaba bajito y despacio como si hubiese habido enfermos; andaba como descalza para no despertar á la parroquia, y poco á poco hacía su voluntad como un ángel del negocio que hubiese bajado á hacer el milagro de dirigir la casa.

Vamos, que aquella «Puntual» era más que puntual. Era un nido de reglamentación y de virtud bien entendida.

Si llegasen á tener sucesión no se podría pedir más.

Pero, ¿tendrían sucesión? Nuestro Señor lo había de disponer, y en eso, como en todo lo demás, Esteban no tenía prisa.

II

Las alerías van siguiendo su curso.

Al llegar al punto de esta alería, si Esteban hubiera pensado ó hubiese tenido tiempo de pensar, se le hubiese ocurrido esta pregunta: ¿Eres feliz, Esteban? Y en cuanto se la hubiera hecho, no hubiera sabido qué contestar.

Si se entiende por ser feliz tener emociones, alegrías, tener tristezas de crepúsculo que acaban con la luz del alba, tener ilusiones que se escalonen hasta la cuesta abajo de la vida, y amores, y celos, y pasiones..., no; no era feliz Esteban. Si el gozo de la vida es vivirla y gastarla con salud é inventar fuerzas cuando flaquean y correr tras un ideal hasta morir de desengaño..., no; no era hombre para correr Esteban. Si la felicidad es una fruta para cuyo logro es preciso padecer, ó empeñar la juventud, ó vender el alma al diablo, Esteban, que no quería ni vender ni empeñar diez céntimos de vida, no podía ser feliz; pero si la felicidad es pasar días sin noches, sin fie-

bre; sin angustias, sin lágrimas y sin risas, y «vamos tirando», y «alabado sea Dios», que ya llegaremos al fin de la carretera llana, Esteban era feliz por completo; tanto lo era, que sólo le faltaba para serlo definitivamente enterarse de que lo era, si es que con el sólo hecho de enterarse no lo hubiese dejado de ser.

No; ese lujo de tener angustias y gozos y preocupaciones, y deseos y fantasías, no se le permitían Esteban y su fiel esposa. Aquella casa era una plaza fuerte, en la que fuera de lo que hay que pasar porque no hay más remedio que pasarlo, no entraba ninguna emoción. Con treinta años que él iba á cumplir pronto, y con otros treinta que tenía ella, no habían estado nunca enfermos; no habían estado nunca buenos del todo; no habían tenido trastornos grandes ni alegrías pequeñas. Estaban condenados á que no les pasase nunca nada. Ni mal de amor, ni noches de esperar al día siguiente, ni mañanas de esperar la noche, ni celos, ni sospechas, ni dudas; días lisos, años lisos, siempre lisos, como aquella explanada de la ciudadela, de hierba cortada á máquina. Allí las horas de comer marcaban el tiempo que pasaba, las horas de dormir, el tiempo que había pasado; las puertas cerradas el día de fiesta, y al fin de todo estaba el balance, siempre el balance, que era esperado como la venida de un profeta. Allí el rosario era el vender, y el dios la media vara, que iba midiendo cuartas y cuartas hasta un infinito de trencilla; la música era el tintinear de la calderilla

cayendo en el cajón, y toda la naturaleza era la plaza enfangada, con aquella vista de cuartel largo y simétrico, con las ventanas cerradas que parecía un hospital de enfermos disciplinados, de enfermos de administración y reglamentación forzosa.

Si eso era ser feliz, lo eran los dueños de «La Puntual». Lo habían sido durante más de treinta años y lo serían unos treinta más, si no tenían otra suerte, que para ellos sería desgracia, y cambiaban el modo de vivir.

El caso es que, felices ó no, aquella especie de limbo inspiraba tanta confianza en el vecindario, á los compradores y á todo el mundo, que la casa era tenida como cosa de respeto. La casa de la cual nadie dice nada, á fuerza de no decir nada de ella, se va volviendo venerable, y cuanto más vieja es la tienda, más fresco y más bueno parece el género. La tenían por tan venerable aquellos menestrales de la vecindad, que compraban en ella con silencio, con religiosidad de creyentes, con la seguridad de que el género era de buena ley y se podía comprar con confianza, y, ¡oh poder de la tradición!, tenían tanta fe en los ovillos y en las madejas de «La Puntual», que si se hubiese cerrado por casualidad, y hubiesen tenido que ir á otra tienda, desde la calle del Rec á la calle de Tantarantana, no se hubiesen hecho más colchas, ni más canarios de lana amarilla, ni más respaldos de ganchillo, ni más vírgenes de Monserrat bordadas en cañamazo.

Pero no había temor, no cerrarían. Abrían, abrían

siempre con una puntualidad, de la que se admiraba hasta el mismo rótulo.

Abrían y seguían vendiendo, y comiendo y durmiendo, y vuelta á empezar; y así meses y meses, años y años, lo mismo que si les diesen cuerda.

III

Esteban y Tomasa van al campo.—Lo que ven y lo que dicen.—
Exaltación de Esteban, que acaba con toda la prudencia que corresponde á su genio.

Un día, sin embargo, viendo que todo el mundo les predicaba que el estar tanto tiempo en la tienda no era bueno para la salud, que si no se movían de casa enfermarían de gota, que había que salir al campo, y que todo el mundo sale al campo, y que campo por aquí y campo por allá, también quisieron hacer una salida é ir á comer sobre la hierba, y saber lo que era aquel campo que tenía tanta parroquia.

Naturalmente que para ir hay que preparar la ida y saber el día que se va. Las cosas hay que prevenirlas y hacerlas á tiempo; y ya que se había pensado en perder un día para ir de juerga, era preciso escoger uno que no fuese como otro eualquiera; y escogieron el más señalado para esta clase de esparcimientos.

Si habían tardado medio año en pensarlo, para prepararlo tardaron un momento. Ellos eran tardos en pensar, pero activos en resolver.

La señora Rosita, por su peso, que le impedía el traslado, se quedaría perenne á guardar el establecimiento. Llevarían á la criada, el arroz, la cazuela, el pollo, el congrio, las almejas y la ensalada. Saldrían por la mañana temprano, subirían en el coche de Gracia, irían al sitio más campo que hay en los alrededores de la ciudad, á la Montaña Pelada; comerían patriarcalmente, y sabrían para siempre jamás lo que es un día de juerga, que el que ha pasado treinta años en el deber, si no tiene derecho á un momento de broma, vengan jueces y lo fallen.

Dicho y hecho. El día señalado, á las ocho en punto de la mañana, después de haber recomendado á la señora Rosa que por el amor de Dios y de los santos no abriese la puerta á nadie; que no se dejase engañar por tantos hombres seductores que dicen finuras á las mujeres para sacar los cuartos del cajón; de hacerle responsable de todo lo que pudiese suceder, y de encargarle que si había fuego enviase un propio, cargaron los cestos á la criada y las almejas y los calamares, y aquel pollo y aquella ensalada, y se fueron al soportal del Ángel, de donde salía el coche de Gracia.

El coche no era un solo coche, eran muchos, y todos de la misma clase; una clase de coches largos medio tartana y medio diligencia, tan llenos de capas de pintura y de polvo sobre la pintura, y de pintura sobre el polvo, y de polvo y color sobre las capas, que se necesitaban buenos caballos para llevar el peso de tanto remiendo, y los caballos, que también

eran muchos y también eran todos iguales, no estaban montados para llevar peso; no tenían más que la salud justa para llevarse á sí mismos, y llevaban á los pasajeros y á los paquetes por convencimiento de la tralla.

El coche en un momento estuvo lleno, pero no de viajeros, sino de cestos y meriendas. Por cada sitio que iba ocupado de personas propiamente dichas, había seis cestas, dos paquetes inútiles y tres guitarras. Las gentes que habían subido parecían emigrantes de broma que se llevaban provisiones para lo que pudiese suceder; gentes que huyesen de una peste de tristeza y de obligación y se llevasen la alegría y la despensa; muchachos que iban á hacer novillos de la fábrica, del taller, de la tienda ó del hospicio, con tanto afán de divertirse, que una cesta que se caía ó un señor que estornudaba les daba motivo para reír, para chillar, para escandalizar y para darse cada trastazo que hacían temblar el coche.

En cuanto arrancó aquel coche, arrancó el cantar de todos juntos, y ya no paró en todo el día. De «Tú eres la flor», y «Ay, sí», y «Abril», y «Baja al jardín», y «Adiós, mulata», y más «sies» y más «abrilés», aquello era una jaula con pájaros desbocados y tres pájaros adormecidos, que eran los de «La Puntual». El alboroto por aquel paseo de Gracia no cesó un solo momento: cuando no gritaban hacían coro, y cuando no hacían coro silbaban, y era tanto el afán de divertirse y de demostrárselo á los oyentes por medio de la garganta, que contagiaron al cochero; y

el cochero, para desahogarse, hacía marchar á aquellos cuatro caballos, hechos de huesos y de piel lacia, como si fuesen una cuadriga y él un carrero de juegos olímpicos. Y «¡jarre aquí!», y «¡Coronel!», y «¡Potro!», y «¡Reira de Dios!», y «¡Galán!», y reniego y garfotazo, el polvo salía del coche como de una alfombra vieja que sacudiesen al sol y levantase una nube de miseria.

Esteban, Tomasa y la criada ya hubieran querido llegar.

— Esto es demasiado — decía Tomasa á Esteban.

— Y tan demasiado — respondía él —. Ya sabes que á mí me gusta la broma, cuando llega la hora y la ocasión; pero una cosa es broma que sea expansión natural, y otra escándalo. Apártate, no te manchen el vestido, que estas gentes en cuanto se exaltan no respetan ni la ropa.

Llegando á la Travessera, el cochero preguntó si bajaba alguien, pero nadie bajaba de aquel coche: ¡iban todos á la montaña!, ¡en busca de árboles!, ¡al bosque!, ¡al diablo!, ¡donde fuesen!, ¡con tal de salir de la ciudad!; y hasta la plaza de Rovira, que no iba el coche más allá, ninguno paró de hacer ruido, de co-rear y de mover alboroto.

Bajaron mujeres y cestas en llegando á la plaza de Rovira, y vengan las guitarras, y arriba. Otros coches que llegaban fueron arrojando nuevas comitivas, y de Horta, y de San Andrés, y de Gracia, y por todos lados no se veían más que grandes grupos que iban subiendo á la montaña. Allí obreros con el chaleco

azul, gorra negra y alpargatas, con la bota en alto, la mujer al lado y los chiquillos saltando detrás; allí parejas y más parejas andando de la mano, con los ojos encendidos de gozo y los labios rojos de deseo; allí menestrales con la ropa de los días de fiesta, deteniéndose de cuando en cuando para ir viendo el panorama; allí aprendices ligeros como cabras, triscando por las sendas y saltando cercas para gastar el ansia de correr; allí comitivas uniformadas, un casino de obreros que habían ahorrado cinco céntimos cada semana para ir á pasar un día de juerga; y tocar de guitarras y gritos, y cantos, y panderetas, y acordeones, y un sol que emborrachaba hombres y ponía coloradas á las mujeres, y todos arriba, arriba siempre, y ¡viva!, como enjambre de pájaros de jaula á quienes hubiesen dado la libertad y que corriesen hacia los árboles.

¡Y los árboles eran algarrobos! ¡Pobres algarrobos, medio encaracolados con las ramas colgando! Y la tierra un montón de ortigas, llena de huesos de chuleta, de hierba seca, de pedruscos, de grava y de cáscara de caracoles. Y aquella ilusión de campo era uno de esos paisajes que parecen hechos de los despojos que escupen las ciudades; pero como no hay mejor paisaje que llevar la alegría dentro, á aquellos prisioneros del trabajo cada algarrobo les parecía un portentoso «manzanillo», debajo del cual no les importaba dormir, con tal de dormir al lado de «ella»; cada árbol, el árbol del bien y del mal, que todos lo son cuando la fiebre de la seducción vela detrás del espí-

ritu, y tan así les parecía, que cuando Esteban (y familia) quisieron encontrar un poco de sombra, les costó los clavos de Cristo. Cada algarrobo era un casino con tres ó cuatro cazuelas humeando bajo el toldo; cada toldo era un nido de risas, y cada risa dulce enfermedad que se contagiaba á los demás.

Como Esteban no era pretencioso ni su mujer tampoco, se contentaron con un árbol que, si bien no daba mucha sombra, al menos no estaba habitado; y venga leña y lumbre, y la cazuela, y comencemos la batalla.

Esteban quiso sentarse mientras la muchacha hacía el arroz y Tomasa vigilaba; pero como hacía muchos años que no se había sentado en el suelo, en todas partes se encontraba mal; se levantó y fué á ver el arroz para dar también su parecer, pero le dijeron que estorbaba; quiso mirar «la vista», y justamente había allí una cerca que tapaba «la vista», y, por fin, no sabiendo qué hacer, sacó un cuaderno y un lápiz y empezó á sacar sumas: tanto da tanto, y dará tanto, y el día treinta de este mes el arqueólogo arrojará dos mil duros, y puedo pagar tanto y cuanto, y... tampoco pudo acabar; en el algarrobo de al lado se oían tantas risas, y silbidos y besos y corridas, que espantaban á los mismos pájaros, y si espantaban á los pájaros, que están prácticos en lo del querer, figúrense ustedes, señores, si habrían de espantar á Esteban.

— No sé cómo las autoridades consienten que se venga á cortejar en la vía pública — dijo Esteban á

Tomasa; pero como ella no lo había oído y como el arroz estaba á punto, se sentaron en una piedra y se pusieron tres platos, no demasiado llenos ni demasiado vacíos; tres platos ni de rico ni de pobre.

El arroz estaba bueno.

Á Esteban le pareció así y cumplimentó á la criada.

— ¡Ya lo creo que tiene que estar bueno! — exclamó en seguida la señora—. No le faltan buenos ayíos, pollo, congrio, calamares... Por fuerza tiene que estar bueno; pero que le hiciésemos así todos los días, y ya verías tú dónde iba á parar la casa.

— Ya que hablas de la casa — dijo él —, ¿se enviaron aquellas tiras bordadas á la casa Jiménez Rubio, Ramírez y Compañía, que pidió el viajante?

— ¡Claro que se enviaron! — dijo ella medio ofendida—. Ya sabes que no me olvido nunca de las cosas que me interesan. ¿Quieres un poco más de arroz?

— Estaba pensando una cosa, Tomasa. Si pusiésemos una sección de tela de colchones, ¿te parece que nos daría resultado?

— No — dijo ella —; vale más lo cierto que lo dudoso. Hay que ir poco á poco. Comer despacio y digerir bien.

Y después de estas tres sentencias, continuó como diciéndoselo á sí misma:

— Todavía, si tuviésemos hijos...

— ¿Es que te parece que no los tendremos? — se atrevió á insinuar Esteban.

— Calla, que ya te me alborotas — dijo ella me-

dio riendo —. Eso es lo que tienen los malos ejemplos. ¡Muchacha, trae las chuletas!

Las chuletas también estaban buenas; tampoco les faltaban avíos y tampoco eran chuletas de las que se pudiesen comer todos los días; pero á la ensalada sí que le faltaba: parecía que comiesen hierba, y suerte que con el queso y las almendras y un poco de vino rancio que llevaban como extraordinario la hicieron pasar.

Bueno; ya habían acabado; y ahora ¿qué iban á hacer? ¿Volverse á casa? Para volverse en seguida no valía la pena de haber venido. ¿Dormir? ¿Quién dormía en aquel pedregal y con tantos gritos alrededor? ¿Jugar á las cartas? ¿Y quién tenía cartas y quién sabía jugar á las cartas? ¿Hablar? ¿Qué no se habían dicho ya en el mundo, y de qué se podía hablar estando fuera de la tienda? ¿Hacer media? Si Tomasa hubiese pensado en ello, hubiera traído la media; pero ¿le iba á dejar á él en Babia bajo el algarrobo? ¿Contar cuentos? Eso es cosa de chiquillos. ¿Contar historias? Ellos no sabían más que una historia: la de las cuatro reglas. No había nada que hacer, ¡vive Dios! Y ellos no sabían no hacer nada. No quedaba sino esperar á que el sol se pusiese por buenas é ir á dar la vuelta por Vallcarca, y anda que andarás, volverse á la tienda.

¡Y lo que tardó en bajar aquel sol! ¡Y qué sol más poco trabajador, Dios del cielo! ¡Y qué poco tiempo le hubieran tenido empleado en «La Puntual»! ¡Y qué empujón le hubiera dado Esteban para hacerle rodar

más de prisa si los soles estuviesen á mano de los Esteban! Bostezó, se sentó, se levantó, se tumbó, se volvió á sentar; pero como no había bostezado nunca, porque la obligación no le dejaba, sea el bostezar ó sea lo que sea, vió cosas imprevistas que le extrañaron un poco. Vió que el cielo era de un azul de que él no se había enterado nunca; reparó en que había nubes pintadas de color de rosa como las cintas de á real el metro; notó que se criaban flores en las grietas de la grava; observó que cuando uno está demás ve lo que no ve trabajando, y, ¡oh pasmo de la contemplación!, vió lo que no había visto nunca, porque no se había fijado en ello: que su mujer era delgada (en eso sí se había fijado), pero que entre la delgadez había plenitudes de vida que él no había sospechado; que los ojos tenían reflejos verdes que no habían tenido nunca, y que los labios delgados y ondulantes tenían un cierto temblor que él no sabía que tuviesen, y... «Vámonos», le dijo; y, cosa nueva para él, la cogió del brazo y se la llevó montañas de Vallcarca arriba, con la criada, que seguía como impedimenta del idilio.

Subieron montaña arriba, arriba, hasta la cumbre, hasta que no encontraron más montaña, y estaba tan fuera de medida lo que le pasaba á Esteban, que aquel tendero sosegado, al ver la ciudad extendida allí abajo, en el azul, con la blancura de las casas acurrucadas bajo el Montjuich, con los brazos de las calles estirándose sobre los campos, tuvo un grito de admiración, y dijo: «¡Esto es espacioso!» Y espacioso

para él era tanto decir como hubieran dicho dos en dos odas los que pertenecían al ramo de hacer odas.

Realmente era «espacioso». Lo era la vista, lo era la tarde, lo era el sol poniente, lo eran los coros de los que bajaban embriagados de juventud y deslizándose sierra abajo del brazo de la enamorada. Aquellos gritos y aquellas guitarras, aquellos silbidos y aquel cantar, que no habían cesado en todo el día, ahora, con el fresco del atardecer, se habían ido apagando; pero si se apagaban las palabras, se habían encendido los corazones. La puñalada de la luz les había entrado en el alma, y el sol que llevaban dentro se les venía á los labios, que se acercaban en la sombra; en las manos, que se juntaban, y en los brazos, que se estrechaban, y antes de entrar en la ciudad bebían el último rayo de sol para guardar la impresión de él al volverse á uncir á la faena.

Esteban, sin decir nada, cogió á Tomasa y la abrazó.

— ¿Te has vuelto loco? — le dijo ella —. ¿No ves que ya estamos en la ciudad?

Y tenía razón Tomasa: volvían á estar en la ciudad, con el fango, con las tiendas, con los carros y con los empujones.

Anda que andarás, llegaron á «La Puntual».

Entraron, preguntaron á la guardiana si había venido algún ladrón, y Esteban, no pudiendo ya más, cansado, maltrecho y rendido, dejándose caer en una silla que había junto al mostrador, dijo suspirando:

— ¡Ay, Tomasa, qué bien se está en la tienda!

IV

De la influencia del paisaje en el porvenir de «La Puntual».

Eso de que Esteban y Tomasa, personas tan case-ras, matrimonio tan reposado, negociantes tan fijos, hubiesen salido un día de su casa, y con cazuela y todo, y con la criada, promovió tanta alarma entre los parientes, los conocidos y hasta los vecinos, que primas, señora Pepa, señora Felicia y todos juntos fueron á verlos al día siguiente, como si les hubiese pasado una desgracia ó les hubiese tocado una rifa; hasta el comerciante en granos dejó el cereal para ir á saber si su yerno se había trastornado y hacía desgraciada á su hija.

— Una locura — decía el matrimonio á los que iban llegando —. Una locura, un repente.

— ¿Pero qué hicisteis? ¿Qué comisteis? ¿Es tan hermosa la vista como dicen?

— ¡Espaciosa! — dijo Esteban.

— Dicen que se ven tantos y cuántos pueblos.

— ¡Espaciosos!

Le había gustado la palabra á Esteban, y todo le

parecía espacioso: la vista, el cielo, el arroz, la cazuela y las chuletas.

— Si estas montañas de los alrededores las tuviesen en el extranjero, serían las mil y una noches — dijo el comerciante en granos entusiasmándose.

— Nosotras hemos oído decir que es una cosa muy poética esa Montaña Pelada — dijeron en terceto las tres Marías.

— ¡Espaciosa! — respondía Esteban.

— Si yo tuviese medios para viajar, no me movería de fuera — decía la señora Felicia —. Me gustaría ir al bosque, pero á un bosque que fuese mío y en el que pudiese tener un estanque, una cascada con piedra rústica, una parra y peces colorados. No hay nada que me haga tanta ilusión como los peces de colores.

— No son buenos de comer — dijeron todos.

Y á propósito de las cascadas, de los peces y del estanque, todos poetizaron, cantando las bellezas del campo.

El comerciante en granos, de joven había subido á San Geroni, y decía entusiasmado:

— La vista de la Montaña Pelada es una vista de segunda comparada con San Geroni. Figúrense ustedes que se va subiendo, subiendo, subiendo, y cuanto más se sube, más se ve. Conté once pueblós y perdí la paciencia. Pinos hay allí para todos los hornos del llano. Allí sí que es «giénico» el aire que se toma. No lleva las «mánaciones» del «supsuelo» ni los «miasmas» que respiramos en las ciudades habita-

das, porque allí no hay «supsuelo». Nada, que si los que vivimos en la ciudad en cuanto vienen dos fiestas juntas fuésemos todos á San Geroni, tendríamos las carnes más fuertes y no padeceríamos de «estérico».

— Yo no he estado más que en la Moncada — dijo la señora Rosita —, y me gustó tanto, pero tanto, que si alguna vez adelgazase volvería á ir. Todo es campo de regadío en la Moncada.

— Como que el campo para que sea campo tiene que ser de regadío — dijeron las tres Marías.

— Según — saltó el señor Esteban —; el ramo de la Naturaleza tiene que ser como una tienda: debe estar surtido de todo. Tiene que haber campo de regadío y de secano, frutas, verduras y aguas frescas.

— Aguas frescas para los que están buenos, y aguas calientes para los que estamos enfermos — dijo la pobre señora Pepa —. Cuando yo fui á la Garriga con esperanza de curarme, bien lo pude comprobar. Allí el agua está caliente, sin que la mano del hombre la haya calentado para nada.

— Eso no son más que fenómenos — dijo el comerciante en granos con toda seriedad.

— No son fenómenos; son baños hechos por la Naturaleza. Yo tomé nueve seguidos, porque los baños han de ser impares. Si se toman cinco, siete ó nueve, se cura uno; si se toman ocho ó diez ó doce, va uno de mal en peor. Si yo hubiese podido tomar veintinueve, puede que me hubiese arreglado del todo; pero el negocio me reclamaba, y ya ven ustedes

ahora cómo estoy: viviendo años y años, pero siempre enferma.

— Sea como quiera — dijo el comerciante en granos —, la madre Naturaleza podrá tener sus taras, como todas las cosas del mundo; pero yo tengo confianza en ella. Y eso que soy de esos hombres que no creen más que en lo que tocan. Y con esto no canso más, y que por muchos años podáis ir al campo en un día como éste, y con salud, que es lo principal, y que todos lo veamos.

Y dicho esto se marcharon, dando la enhorabuena á Esteban por aquella «corazonada» que les había salido tan bien.

¡Ya lo creo que les había salido bien!

Les había salido tan bien, que aun no lo sabían todo.

Se supo al cabo de tres meses.

Un día, la propia Tomasa llamó á Esteban aparte, y con los ojos bajos y en tono prudente, le dijo al oído:

— Esteban, prepara un plato más en la mesa.

— ¿Convidados?

— Un convidado que viene para rato, si Nuestro Señor lo permite.

Y le habló más al oído, y Esteban se quedó parado.

— ¿Qué te parece la noticia?

Y él parado.

— ¿Qué dices?

Y él más parado.

— ¿Lo sientes? — dijo ella por último.

— No, no lo siento, al revés; casi te diré que me alegro — acabó por decir Esteban —. Lo que ha de venir y viene... porque viene, no lo siento nunca; pero... me sorprende. Te aseguro que me sorprende.

— ¡Vamos! ¿Y por qué ha de sorprenderte una cosa tan natural?

— ¡Qué te diré yo, pobre de mí!... Todo lo que hace uno sin querer, por natural que sea, sorprende y deja parado. Porque, si te he de ser franco, aun no lo esperaba.

— Eso viene cuando no se espera, tonto.

— Es que yo creí que el ser padre era una cosa más solemne. ¿Cómo diré yo? Que lo sentía uno llegar, y al ver que es tan sencillo, parece que no puede ser.

— Déjate de si puede ó no puede. ¿Estás contento ó no lo estás?

— Claro que lo estoy. ¡Mucho! Pero la cosa viene tan de golpe, que no tiene uno tiempo de alegrarse. Ya ves, ahora lo estoy más que cuando me lo has dicho. Y mañana lo estaré más que hoy, porque habré reflexionado. Abrázame, Tomasa — le dijo para quitarle el mal efecto de la frialdad de antes.

— Déjate de abrazos, y tomemos medidas.

— Eso es — dijo él —, tomemos medidas y hagamos las cosas con orden. Por de pronto, ya tengo pensado que aquello que dijimos de poner nuevas secciones, lo hemos de hacer en seguida. Tendremos más gasto. Vendrá el niño...

— ¿Y quién te ha dicho que va á ser niño?

— Sea lo que sea, tendremos gasto.

— Pensemos en las cosas urgentes; eso ya vendrá cuando llegue la hora.

— Agrandaremos la tienda.

— No hay sitio.

— La agrandaremos aunque no lo haya. Cuando yo nací, se agrandó; cuando nazca el niño ó la niña, nos toca agrandarla á nosotros, y después les tocará á ellos.

— Eso no es urgente, te digo. Tenemos que pensar en á quién hay que decirselo. En qué hemos de hacer y á quién tenemos que avisar.

— Yo no tengo práctica de ser padre de familia. Por mí avisaríamos al padrino, que ése sí que la tiene. Ha visto nacer á tres secciones de niños en nuestra familia, y sabe cómo se arregla este tinglado.

Aunque el abuelo chocheaba é iba muy poco á «La Puntual», fueron á darle la noticia, pensando darle una gran sorpresa; pero la sorpresa fué para ellos cuando les dijo que ya lo esperaba.

— Sí, ya lo esperaba — les dijo —. Sabía que tardaríais en dar fruto de bendición; pero sabía que lo daríais. Mi abuelo, mi padre, yo, mi hijo, tú y todos, hemos tardado y todos lo hemos dado; que aquí el tener descendientes no se hace así sin más ni más. Se tienen con calma y como es debido, como se deben tener todas las cosas.

— Ha venido impensadamente — dijo Esteban.

— No tan impensadamente como tú te figuras — respondió el padrino —. Yo ya estaba seguro de que cumplirías, y ahora te podría dar unos consejos; pero

ya se los di á tu padre, y él te los habrá dado á ti, y no me gusta gastar tiempo en cosas que ya están hechas. Tú no eres un exaltado.

— No lo es — dijo Tomasa.

— No lo soy — dijo Esteban.

— No lo eres — reafirmó el señor Esteban —, y como tienes juicio y conocimientos y se te dió buena instrucción, así como has sabido ser esposo, sabrás ser padre, y abuelo, y bisabuelo, y me detengo. Si es un niño, que lo será, porque ya es tradición de la casa, así comercial como particular, el no tener más que hijos, sólo te tengo que decir una cosa. Apenas abra los ojos, enséñale á mirar ese letrado. Enséñale ese 1830. Y ahora, á esperar y á no descuidarse, que los niños vienen al mundo con toda puntualidad y sin reparar en rótulos.

Realmente, durante los meses que faltaban no se descuidaron; pero, si se ha de decir la verdad, no había motivos de descuido. Si no fuese porque ya sabían que habían de tener un hijo, no se hubiesen enterado de ello. Hubiera llegado al paso y se lo hubieran encontrado en los brazos como si les trajesen un regalo.

Ni mareos, ni náuseas, ni angustias, ni antojos de comer cal, ni tierra, ni albaricoques, ni camuesas; no más deseo que el de hacer dinero, y más dinero, y llenar el cajón; que si es cierto, como aseguran todas las comadronas que lo entienden, que lo que la madre desea le sale al hijo en el cuerpo, aquel niño hubiera tenido que nacer con un duro en cada meji-

lla, con cintas é hilos por cabellos, y por vientre una hucha llena de oro y calderilla.

Eso sí, como el padre es padre, todo se volvía mirar chiquillos que habían nacido hacía poco, y enterarse de cuánto tiempo tenían, y de á cuántos años echaban los dientes, y hacer comparaciones siempre odiosas, y ver escaparates de ropa, y regatearla, y no comprarla... porque de eso ya se cuidaba la madre. Más de dos meses pasó respondiendo á las compradoras que le preguntaban cuándo iba á ser padre: «De hoy á mañana.» Preparó el bautizo con calma, por creer que teniéndolo previsto de antemano se bautizaría mejor; hacía mimos á Tomasa, que casi le salían bien hechos; era amable, era complaciente, era cariñoso..., en fin, era padre..., que por muy 1830 que un hombre sea, los padres siempre son padres.

Aquel hombre tan gris, tan mate, tan apagado y tan «sufrido»; aquel borroso tendero que había pasado los treinta años sin un estremecimiento en la vida; que nunca había llorado ni reído; que nunca había gozado ni sufrido, iba á tener una emoción.

La iba á tener tan fuerte, que en cuanto le dijeron que era un niño, hubiera saltado de alegría, á no ser porque el pobre hombre no podía tener emoción que no llevase contraemoción consigo.

Con el hijo le llegó una noticia: la casa Jiménez, Rubio, Ramírez y Compañía había quebrado, llevándosele mil doscientos duros.

Y quedó tan compensada la alegría con el trastorno, que no sintió trastorno ni alegría; tan barajadas

las dos cosas, y se le hizo tal nudo de impresiones, que si le preguntaban por la quiebra, decía que había sido un niño, y si le preguntaban por el niño, decía: «Son mil doscientos duros.»

V

De cómo crecía Ramoncito y del trastorno que produjo en aquel hogar de mercería.

¡Qué rayo de sol entró en aquella casa al venir aquel niño al mundo! ¡Qué claridad en aquel entre-suelo! ¡Qué estallido de animación y de vida en aquella cueva del orden! Está visto que lo de los antojos no debe ser cosa muy segura, porque les juro á ustedes que no nació con un duro engastado en las mejillas. Si nació con algún antojo fué con un cascabel en la cabeza, porque nunca se ha visto chiquillo como aquél, que al llegar al valle de lágrimas viniese tan fresco, abriese los ojos tan de par en par, y armase tanto estrépito para venir, ni llegase con tanta prisa. Parecía uno de esos cabritillos que al nacer se sacuden el aletargamiento y dan un salto, que quiere decir: «Ya hemos nacido, pues ¡viva la vida!»

La comadrona, los padres y el abuelo se quedaron atontados en cuanto vieron un niño que lloraba, que gritaba, que movía los brazos y las piernas con aquel empeño de querer ser algo. No estaban acostumbra-

dos á aquello en «La Puntual». La tradición de la casa era que llegasen mortecinos, callados, tristes, prudentes, y aquél no llegaba con prudencia ninguna. El escándalo que armaba en la alcoba se oía hasta en el cuartel; los gritos que daba cuando lo envolvían eran feroces. No quería pañales. Quería libertad, pañales libres, desahogo y los derechos del hombre.

Las primas, cuando vieron aquello, dijeron que no era natural, y que debía tener dolor de vientre; la señora del principal dijo que eran lombrices; la madre, como el hijo era suyo, decía que así debía de ser; el padre, como también era padre, decía que sí debía ser así, pero que hubiera preferido que no fuese; y el señor Esteban los calmaba diciendo que aquello era el primer ímpetu, pero que después del bautizo los niños se calman mucho, y que si el bautizo no le calmaba, le calmaría el ejemplo que había de tener á la vista en aquella casa.

El bautizo fué como siempre: en San Cugat, y el padrino también el mismo: el señor Esteban. Quedaron en que se llamase Ramón por tres ó cuatro motivos: porque el padre, que esté en gloria, se llamaba así; porque no había ninguno en la familia, y un Ramón siempre está bien dentro de una familia, y porque si le ponían Esteban, entre Estébanes, Estebanillos y señores Esteban habría una confusión que desbarataría el orden, y se podrían confundir las firmas.

Vino el faetón, el cochero, los caballos y el clavel. Vinieron los mismos convidados, además del señor

Pablo y el viajante, que había llegado de Cartagena y se marchaba al día siguiente á Orense; le bautizaron en la misma pila, y el señor Esteban habló como hablaba en estos casos, y hasta se permitió una broma.

— Con tantas veces como hemos venido — dijo medio en serio al cura —, ya podían ustedes hacernos una rebaja.

Al volver á casa y entregar el hijo á la madre, que, naturalmente, le criaba, porque en aquellos tiempos á las madres aun les sentaba bien criar, se vió que el bautizo no le había calmado, como decían, y que continuaba el escándalo.

Aquel chiquillo era un trueno: ó mamar ó chillar, ó llorar ó moverse, ó dormir ó armar jaleo. Aun no tenía cuatro meses, y ya miraba á la gente cara á cara, y no sólo la miraba, sino que parecía conocerla. Á los cinco meses ya se empezó á reír, á ¡reír, señores!, allí donde la risa parecía una blasfemia. Á los nueve meses ya sabía decir «papá» y «mamá»; al año y meses ya hacía preguntas, y al año y medio las contestaba; y en cuanto le dejaron andar, del primer empuje corrió más de dos varas sin tropezar en las sillas.

Otra cosa extraordinaria que se notó en aquel niño, que también era portentosa en aquel nido de buenas costumbres, es que tenía el cabello rizado; pero no cuatro sortijillas de las que se encaracolan con prudencia, sino rizos verdaderos, de lujo, de señor, de noble; de esos rizos que sirven, ó para hala-

gar la vanidad, ó para cortarlos, según la familia en que se crían.

Allí no se gastaban rizos; pero era una cosa tan extraña tener un hijo con «dibujos» y con adornos que no son útiles, que todos estaban admirados.

La madre, sin saberlo, sentía como cierto orgullo; cuando los cabellos se ensortijan es que son distintos de los demás, y sean lo que quieran las mujeres, la distinción siempre les admira. La señora del principal decía con tono de profecía: «¡Ay, cuando crezcan estos cabellos, cuántos guardapelos llenarán!» El señor Esteban no veía inconveniente en ellos. El pelo rizado ó no rizado es «tara» de la persona; pero tara y todo, los miraba y no creía que fuesen perjudiciales para el progreso de la mercería, y á Esteban le eran indiferentes; la cuestión es que el hijo se criase bien, que las prendas naturales son buenas para algún capricho, pero no traen el pan á la mesa.

Rizado ó no, el chiquillo crecía. Crecía en todo: en peso, en viveza, en conocimientos y en alegría. Todo le ponía contento á aquel chiquillo venturoso. Si le decían alguna cosa, por triste que fuese, le hacía reír. Si le reñían, le hacía reír con una risa que acababa en lágrimas y un vuelta á reirse de haber llorado. Si tenía con qué entretenerse, estaba contento por tener entretenimiento, y si no, se divertía solo; y como los gatos cuando son jóvenes, que todo les sirve de algazara, hacía correr los ovillos por la casa y él corría detrás, y enmarañaba madejas y se divertía revolviéndolas, y convertía aquel hogar tan serio y

tan respetable en un frontón ó en un juego de bolos.

Á los tres años ya quería salir, escaparse, volar, huir de aquel nido de trencillas. En cuanto abrían la puerta ya se le encontraban en la calle, y allí amasaba barro, y se mojaba, y se sentaba en los charcos, y se subía en los montones de piedra, y llegaba tan sucio á casa, pero tan contento de estar sucio, que no sabían si reñirle ó volverle á dejar que saliese. Á los cuatro años ya llegaba hasta el cuartel y tenían que correr para cazarle; y á los cinco, aprendió á cantar; cuando no tenía que llorar cantaba, y como no tenía que llorar casi nunca por falta de motivos, se pasaba cantando desde la mañana á la noche, y «la, la», y «tararí, tararí», y «la, la», parecía que tenían un pájaro enjaulado en la tienda.

Claro que eso molestaba un poco á aquella gente tan pacífica. Ya sabían que es natural que un niño cante y que salte, que tenga las expansiones á que llevan la falta de edad y la de experiencia; pero los niños de hoy día, según aseguraba Esteban, no son como los niños de su tiempo, que á los cinco años ya reflexionaban, y si bien aun no eran «aptos», ya empezaban á mirar cómo se llenaban los estantes y el rumbo que llevaba el barco en el ramo comercial y muchos detallitos que hay en las tiendas, en los cuales conviene que los niños se fijen.

Claro es que á los cinco años todavía no se piensa y es natural la exaltación; pero... ¿y si el chiquillo fuese de natural exaltado? ¿Y si llegase á ser de esos que, en vez de mirar la estantería, miran el modo de

dejar vacío el cajón? ¿Y si saliese un chiquillo de mala índole (mala índole quería decir gastador), de los que gastan en cuatro días lo que ha costado tantos sudores, y años y años de no ver el sol, y de estarse detrás del mostrador, y de pensar día y noche en las ventas del día siguiente, y de tener la media vara como única religión, y la hucha por capilla, y la cinta y los hilos por rosario, y la calderilla por Dios, y no haber pasado juventud, ni amores, ni gozo, ni alegría, ni haber tenido pena ni gloria para ir acumulando la fortuna que les sirviese para una vejez que tampoco sería vejez? ¿Y si fuese el chiquillo un pródigo? ¡Jesús Todopoderoso nos libre! Si había de ser un pródigo, mucho querían á su hijo, tanto Tomasa como Esteban; pero valdría más para él, para ellos y para todo el mundo, que Nuestro Señor se lo llevase antes de ver semejante cosa, que los hijos es un ¡ay! el tenerlos, y una fortunita de nada cuesta años y años el reunirlos.

Un día, Esteban, para salir de dudas, llamó á Ramoncito y le dijo:

— Óyeme bien, Ramoncito. Cuando seas mayor, ¿qué te gustará ser?

Ramoncito no lo entendía.

— ¿Qué es lo que más te gusta?

— Ir en coche.

— ¿Es decir, que te gustará ser cochero?

— Quiero ser soldado é ir en coche.

— ¿Quieres decir artillero?

— ¡Ir en coche!

— Pero si tienes ganas de ir en coche, tienes que

saber tener dinero, y para tener dinero hay que ganarle, y los que ganan dinero se llaman comerciantes. ¿Quieres ser comerciante ó ir en coche?

— ¡Quiero ser comerciante y andar en coche!

Y como no le podía sacar del coche, el padre se fué á pie á dormir, pensando que... ya había pensado bastante.

Si aquella manía de ir en coche no le había acabado de gustar, lo de comerciante le gustaba, y se durmió como se dormía siempre : sin pena ni alegría.

VI

A lo que llevan cuatro rizos cuando se llevan con vanidad, y de los atropellos que le costaron á Ramoncito, al señor Pablo y á un infeliz borrego que no tenía culpa ninguna.

Aquellos rizos de Ramoncito tuvieron consecuencias.

La procesión del Corpus se acercaba, y pensando en la procesión, á la señora del principal se le había ocurrido una idea.

Ya que el niño era tan rizado, tan rubio y tenía aquella cara de figurita de nacimiento, de angelito de altar, de «niño», ¿por qué no llevarle á la procesión de la parroquia vestido de San Juan, con su cordero correspondiente y con todos los requisitos de estos casos? Si ella tuviese un niño tan «niño», ¡ya lo creo que le llevaría! No esperaría á que creciese, que cuando estas criaturas pasan de los cinco años, hay que cortarles el pelo, y un niño sin pelo ya no es ni niño ni hombre.

La idea entusiasmó á la madre. Realmente, ver á su hijo vestido de San Juan entusiasma á cualquier

madre, por poca devoción que tenga, y ella podía ser ahorradora, pero para el hijo no le dolía gastar; pero Esteban ya era distinto: había sufrido aquella quiebra (siempre que había que gastar la sacaba á colación) y el vestido de San Juan trae mucho gasto; hay que comprar pieles, cayada, corona, banderita, sandalias y medias de color de carne, y sobre todo, hay que comprar un cordero, porque un San Juan sin cordero es como un establecimiento sin género, y él no estaba para desembolsos con el déficit de aquella quiebra.

La madre insistió, diciéndole que lo que más cuesta del vestido son las cintas y las trencillas, y que de eso tenían ellos saldos; y que en lo tocante al cordero, en cuanto hubiese servido para el «acto», le podían matar y comérsele, y que la satisfacción de un padre al ver á su hijo andando entre lo mejor de Barcelona no se paga con dinero ni con comida. Esteban contestó que un paso de tanta transcendencia vale la pena de meditarlo, y, por fin, como en todos los casos, fué el padrino quien lo resolvió con cuatro líneas de sentencia.

— Que vaya — dijo el padrino —. Bueno es conservar las tradiciones que no perjudiquen al crédito; y el ir vestido de San Juan no perjudica á nadie: ni al buen nombre, ni á vosotros, ni á la seriedad de la casa.

¡Ya estaba hecho! Venga prepararse y hacer las cosas como se debe; el señor Pablo, el tenedor de libros, acompañaría al niño, porque Esteban era de-

masiado serio para ir acompañando criaturas. Pondrían bancos á la puerta para ver pasar la procesión, y sobre todo á Ramoncito; convidarían á las familias que cupiesen en los bancos, y después darían refresco: el chocolate de siempre, bizcochos, dulce y toda el agua que quisiesen.

Para dar á entender al tenedor el cargo que le encomendaban tardaron más de media hora; las voces se oían en la azotea; pero cuando lo hubo entendido, lo aceptó, y hasta lo aceptó con alegría. El traje que había de llevar el San Juan no costó tantos gritos, pero costó más discusiones: que si había de llevar la corona sostenida por un alambre, que si las sandalias son encarnadas, que si San Juan llevaba barba... Todo el mundo dió su opinión; y en cuanto á la compra del cordero, fué una cuestión tan seria, que por poco lo echa todo á perder: la madre le quería blanco, porque el tal animalito debe de ser blanco; Esteban le quería gordo, porque de tanto andar el pobre animalejo se queda flaco, y cuando se le va á matar no queda más que el pellejo, y éste lo mismo da blanco que negro; y, por fin, partiendo diferencias, llegaron á comprar uno que no podía ser más apto para el paso y para la alimentación: era un cordero limpio, blanco y gordito, con unos ojos de resignación en los que se veía que ya sospechaba lo que le había de pasar; con un aire tan modesto, que si le hubiese visto San Juan le hubiese adoptado como cordero honorario, y con un aire de tristeza, que sólo con verle una vez ya se le tomaba cariño.

Ramoncito, en cuanto le vió, le tomó tanto cariño y se alegró tanto de tenerlo, que le hizo subir al entresuelo y bajar al establecimiento; y aquí caigo y allá me levanto, las cajas rodaban por el suelo y los ovillos iban por el aire, convirtiendo «La Puntual» en corral del animalejo y del pastor que le guiaba.

Suerte que no duró más que cuatro días aquella vida bucólica, porque si no á Esteban le da un ataque.

Llegó el día de la procesión, y, después de haber comido, esperaron á los convidados, arreglaron los bancos fuera y vistieron á Ramoncito.

Las Marías, la señora del principal, la señora Pepa, la señora Felicia y la señora Rosita ayudaron á vestirle; pero el que más ayudó fué el cordero, porque si él no hubiese estado allí entreteniendo al chiquillo, no le hubiesen podido vestir con aquel genio que tenía. Primero le peinaron los rizos, que para ellos se hacía la fiesta; después le pusieron las mallas, unas mallas de color de rosa, que talmente parecían de carne si la carne fuese de ese color; y como le venían anchas, se las sujetaron con cintas y con todo un papel de alfileres; después las sandalias, también de color de rosa, pero con dos «chous» como dos granadas, que le caían sobre los dedos de los pies; después las mangas de seda de color de prado, á dos pesetas la cuarta, y encima de todo la pellica, que era de otro cordero, y la corona y los lacitos; y ya no más faltaba adornar al cordero, que era tan delicado como lo demás, porque hubieron de ponerle

tantas flores en el rabo, y rosas de papel en el lomo y en la cabeza, y laros en las cuatro patas y cintitas en todas partes donde le cabían, que parecía que «La Puntual» anunciaba con el animalejo la mercería.

Cuando estuvieron los dos adornados hubo un clamor de admiración. Nunca, pero nunca se había paseado por el barrio un San Juan tan San Juan como aquél. Aquello no era un niño: era una figurita de azúcar; ni el borrego un borrego de carne, sino de mazapán. Ni en los altares ni en las estampas se había visto nunca pareja tan bien proporcionada y tan piadosa.

Esteban subió á verla, y no sintió alegría porque estaba pensando en el gasto, pero tampoco tuvo tristeza, porque después de todo era padre. Dieron de merendar á San Juan y un poco de alfalfa al compañero; llegó el señor Pablo de levita, y salieron hacia San Cugat, con toda la vecindad á las puertas, armando un escándalo y dando unas voces, que hasta el centinela se volvió para ver qué pasaba.

Cerca de San Cugat, San Juan quiso hacer lo que no hay ley ni santidad que prohiban. Y para el pobre tenedor de libros aquí empezó el primer trabajo. La criatura lo pedía de sobra, pero él no la oía, y cuando la oyó ya era tarde. Como le habían atado las mallas por debajo de la pellica, y como para quitar la pellica había que desabrochar el traje, y como el niño tenía prisa, y como también era práctico, cansado de llorar... se decidió, y el color de rosa de las

mallas quedó de un tono un poco más subido de arriba abajo de las piernas.

Así y todo, siguieron. El señor Pablo pensó que aunque fuese un poco mojado, no todos los San Juanes están secos, y con la convicción de que el tiempo lo seca todo, llegaron á la parroquia.

Ya era hora; los gigantes se impacientaban, y, dando saltos y vueltas, ya habían emprendido la marcha, con los enanos y los cabezudos, que les seguían.

Después de los cabezudos venían los niños; todas las escuelas de la vecindad, todos los chiquillos del barrio, todos los aprendices de todos los gremios fueron pasando, con los cirios en la mano y con el pelo recién cortado, rapado hasta la raíz, con polainas, viéndoseles en las frentes estrechas, en el cráneo alto y en los ojos hundidos, que eran hijos de una raza tozuda, que les habían dado pomada, pero que no estaban hechos para pomadas, sino para el sudor del trabajo. Pasaba el porvenir de la Ribera: los que habían de levantar los pisos sobre los cimientos de aquellas casas hechas con capiteles rotos y grava de columnas góticas; pasaban los Estebanillos, reconcentrados, serios y arringlerados, de mirar resignado, pero firme; y era tal el aire fornido que tenían aquellos niños, que cuando pasaba el hijo de algún noble con el criado viejo al lado, la blancura de aquella cara y los bucles y las manos pálidas parecían por contraste flores enfermizas de alcoba que habían de derretirse como los cirios; flores de grieta de pan-tón al lado de ollas de alfarero.

Después de los niños, los Esteban, los curtidores, los tenderos, los comerciantes en grano, los albañiles, los tejedores, los carreteros, los basteros, toda la gente de fuerza y de trabajo, que dentro los chalecos apretados tenían músculos rebosantes, mal sujetos y encogidos por la ropa; después los señores Esteban, los comerciantes retirados, concejales y alcaldes de barrio, los puntales de la barriada, los que habían hecho fortuna y llevaban arrugas en la frente y lacras bajo la levita; después los curas y los soldados, y después la manada, la angelical manada de vírgenes, santitos y angelotes: finales de ramillete, como nuestro Ramoncito, que eran la ilusión de otras tantas madres. Al San Juan y al cordero y al señor Pablo les pusieron en medio de las filas, y fueron andando.

Hacia la capilla de Macús caminaba la procesión entre una nube de papelillos y una alfombra de retama. Desde los balcones á la calle y desde la calle á las azoteas era una lluvia de colores, una vibración coloreada, una nevada de vida que llenaba la calle de alegría. Aquellas casas negras y enmohecidas habían echado el alma fuera, y los damascos verdes y rojos, y las colchas antiguas, y las cortinas de la alcoba, las alfombras de la sala, todo el poco de gozo y todos los trapitos de los días de fiesta que regocijaban el interior, los habían puesto en los balcones. Aquellas mujeres menstruales habían sacado todos los trajes de la cómoda de caoba, donde dormían todo el año doblados y con aroma de camuesa, y los

habían puesto á la luz. Aquellas muchachas de Ribera, de ojos soñadores y manos duras, también se habían engalanado con las mantillas blancas y pañuelos de colores y mejillas encendidas, y habían arrancado todos los claveles y las rosas y los jazmines de todos los tiestos de las ventanas, y los llevaban sobre el pecho, en el cuello, en la cintura, en la dorada polvareda del cabello rubio, y de punta á punta de Ribera las calles temblaban verdaderamente de vibración y de movimiento, como si cayese un polvo hecho de chispas de gloria.

La procesión caminaba solemnemente, majestuosa, poco á poco, tan majestuosa y tan poco á poco, que de una calle á otra tardaba más de media hora, y la gente hacía comentarios sobre todos los que iban pasando.

— Aquél es el alcalde del Born.

— Aquél es aquel tendero que hizo fortuna con los azúcares.

— Ése es el gran comerciante en aves de la calle de Flassaders.

— Ése es el señor Mateo.

— Éste es el señor Pedro.

Cada uno decía lo suyo. Que si eran esto, que si eran aquello, que cómo habían hecho la fortuna, que si habían tardado tantos años en hacerla; pero cuando pasaba Ramoncito con su cordero tan adornado, y el señor Pablo tan vestido de limpio, aquello ya no eran comentarios: era exclamación deshecha, enternecimiento y controversia.

— Miradle, miradle. ¡Qué gracioso es!

— ¡Si parece de pasta!

— ¡Si lo es!

— ¡Eso debe haber sido un voto!

— ¡Jesús!

— ¡Lo han sacado de un escaparate!

— Parece el santito que tenemos en las Hijas de María.

También había gentes hoscas que decían con mal humor:

— Yo daría garrote á los padres.

— No sé por qué no hay un asilo para los chiquillos disfrazados.

— Esto lo debían prohibir los Gobiernos.

— Estas son supersticiones. Por eso andamos en España tan bien que pronto será un caos.

Un hombre hasta llegó á insultarlos.

Una mujer corrió á abrazarle y se volvió llorando.

Pero la procesión continuaba con más papelillos y más retama, y fuese el mareo propio del acto, fuese el deslumbramiento de los cirios, ó fuese que el andar despacio cansaba á la pobre criatura, el caso es que Ramoncito se echó al suelo y no quiso seguir.

Llora que llora y grita que gritarás, se quedó en medio de las hachas, y no había medio de hacerle andar.

El señor Pablo, apurado, le ofrecía caramelos y dulces y caballos de cartón; pero no, señor, no quería moverse.

Le amenazó con que en llegando á casa le encerra-

UNIVERSIDAD DE PUEYO, LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALELUYAS DEL SEÑOR ESTEBAN"
Año. 2004

rían en el cuarto oscuro; tanto le importaba la obscuridad como la luz de las hachas.

Se enterneció; no le sirvió de nada.

— ¿Qué hacer? — se preguntó á sí mismo el pobre tenedor. ¿Dejarle allí con el borrego é ir á avisar á la familia? ¿Tomar un coche? Si en las procesiones hubiese ambulancias para cargar con la impedimenta de ángeles y santos y Verónicas que no pueden seguir la carrera, le habría cargado en el carro; pero como no había ni carro, ni carretón, ni suerte, ni misericordia de los hombres, le cogió en brazos... y adelante, que cuando se le hubiese pasado la tema le volvería á poner en el suelo, y llegarían como pudiesen.

Eso sí, al cogerlo en brazos pensó: «Pesado es llevar libros, pero mucho más pesado es llevar criaturas.»

Y para consolarse un poco hizo este comentario: «Bien he hecho yo en no casarme.»

Había hecho bien en no casarse; pero como cuando viene una desgracia suele venir otra detrás, y como el señor Pablo era hombre que no había nacido con suerte, mientras se hacía reflexiones con Ramoncito en brazos, ya fuese por los mismos motivos que habían detenido al San Juan, ya fuese el mal ejemplo, ya por dar guerra al pobre tenedor, el cordero también se paró y tampoco quiso seguir adelante.

— Á ver si también tengo que cargar con el borrego — dijo el pobre hombre medio llorando —. Á ver si también tengo yo que tirarme al suelo y dejar que

me pase la procesión por encima, y que me pisotee y que me aplaste.

Y mientras hacía estas exclamaciones, con cada gota de sudor como las de cera que caían de las hachas, la gente que veía aquel grupo, que estaba empantanado, también iba diciendo lo que se le ocurría.

— Lleve usted al matadero á ese animalito.

— Dale agua de azahar, ¡pobrecillo!

— ¡Que lo disequen!

Y uno de los chiquillos que pasaban le chamuscó con un cirio, y daba un olor de lana quemada que no se podía aguantar.

Por santos que sean los tenedores de libros y por santos que lleven en brazos, sucede que la paciencia da todo lo que puede dar de sí, y no pueden más y revientan.

El señor Pablo era bastante santo, pero santo «bien entendido», y tomó una resolución: dejar el borrego en medio de la calle y llevarse á Ramoncito, y sálvese el que pueda...

Y vean ustedes lo que es el destino; aquello fué lo que le salvó.

Cuando la criatura vió que dejaban el borrego cesó de llorar y quiso seguir andando.

Echó á andar y el borrego le imitó, y el señor Pablo respiró; pero el susto había sido tan grande y le tenía tan clavado pecho adentro, que, respondiendo á los curas que rezaban detrás, iba diciendo á media voz, á modo de letanía:

— ¡Nunca más!
 ¡Nunca más niños!
 ¡Nunca más procesiones!
 ¡Nunca más borregos!
 ¡Nunca más San Juanes ni ningún otro santo!
 ¡Los libros, los libros, y nada más que los libros!

Mientras pasaba todo aquel trastorno ya se había ido haciendo de noche. La procesión había llegado á la calle de la Princesa, y en vez de aquellas voces de antes, de aquel color y aquella luz, no se veían más que las hachas caminando como dos sierpes encendidas á lo largo de la calle. El silencio era majestuoso. Las caras, antes tan alegres, á la luz amarilla de los cirios parecían caras de entierro, caras de fotografía, caras de luz de bengala. La música tocaba; pero la marcha alegre de antes se había convertido en marcha fúnebre, y la impresión era tan solemne, que el borrego iba diciendo «¡Bel... ¡Bel...», un *be* de añoranza y de angustia, y Ramoncito iba andando, pero llorando al son de la música, y el resignado tenedor también tenía ganas de decir *be* para echar fuera la tristeza.

De pronto estalló un gran trueno. ¡No faltaba más! Ya tenemos lluvia. Las dos filas de hachas hicieron un zizás de azoramiento; después otro más fuerte, y se fueron apagando; después empezaron á caer unas gotas que parecía que llevaban cada una un rayo dentro, y la gente empezó á correr; y después, al llegar el chaparrón, gremios, niños, gigantes, clero y devotas, aquí caigo y allí me levanto, no quedaron

ni clases ni respeto; á golpes, á empujones, arrastras y como podían se metieron en los portales, y cuando ya los portales estuvieron llenos todavía entraron más, y cuando todo estuvo atestado, los que se quedaron en la calle corrían de un lado para otro como ratas envenenadas.

El borrego, el señor Pablo y Ramoncito fueron de los de la calle. Un San Juan, cuando es pequeño, en cualquier parte se mete; pero hacer entrar un borrego dentro de un portal cuando las personas están apretadas es más difícil que hacerlo pasar por el fiolato. Así es que tuvieron que aguantar todo el chubasco debajo de los canalones con «bees» y llantos y exclamaciones.

Y si ellos sufrían el chaparrón, figuraos el desencanto y el susto de los dueños de «La Puntual» y de la ristra de convidados que esperaban verlos pasar y no los vieron. Que si se habrán caído; que si habrán tropezado; que con los empujones de un barullo así se puede aplastar á una persona; que como el señor Pablo es tan sordo, no habrá oído llegar la tormenta y la habrán recibido á rayo hecho; que si el traje de San Juan no es traje para mojaduras..., ¡vayan ustedes echando comentarios! La señora del principal decía que enviasen un municipal por la carrera de la procesión para preguntar por un borrego perdido; la madre quería ir ella misma. El señor Esteban la calmaba diciendo que más valía que Ramoncito recibiese algún empujón, que así se hacen fuertes los muchachos. Esteban no decía nada, porque no sabía qué

decir; pero por fin se aclaró el tiempo, y la madre, que estaba en la puerta mirando con ojos de madre, dió un grito de alegría porque vió que llegaban.

Llegaban, sí; pero ¡cómo! ¡Qué mojados! De aquel San Juan tan «niño» no quedaba más que la piel. Ni corona, ni banderita, ni sandalias, ni casi rizos; todo se había ido río abajo. El atribulado señor Pablo no había salvado más que el sombrero porque llevaba un pañuelo, pero había echado á perder el pañuelo, que valía más que el sombrero; el cordero casi no era cordero: sucio, lleno de barro, sin lazos y con las flores hechas una masa que le había desteñido por el lomo, en vez de un borrego de San Juan era un borrego de matadero que se había escapado y al que volvían á traer atado de una cuerda.

El chocolate fué triste, espeso, agrio, y el dulce... dulce de acíbar.

La tontería de abandonar el negocio por una cosa de lujo había resultado un escarmiento. No lo volverían á hacer más.

Y aun faltaba el epílogo, que fué el día de matar al cordero.

Ramoncito lloró tanto al ver que se llevaban á su amigo, aquel amigo tan buen amigo que había tenido ocho días sin abandonarle ni un momento, que había ido con él á la gloria y no le había abandonado al venir el desastre, al ver que se le quitaban y que se iba mirándole con aquellos ojos tan tristes y llenos de dulzura, como queriendo decir «¡Me ha llegado la hora!», que creyeron que enfermaba.

— No he visto criatura de tanto sentimiento como ésta — dijo la madre conmovida.

— No sé á quién se parece — dijeron las tres Marías á un tiempo.

— Déjate de parecidos y de corderos y de cosas fútiles — dijo Esteban á su mujer —. Con una vez basta de procesiones y novelas. Baja á la tienda, que hay muchos pedidos atrasados, y los pedidos son los pedidos.

VII

Siguen las aleluyas.—Cambio de estudios y de pensamientos.
Los padres proponen y los hijos disponen.

Aquel día del Corpus señaló la hora de cortar los rizos.

Con cinco años de llevar en la cabeza aquella especie de adorno inútil, ya había bastante, y acaso demasiado. Ya era hora de dejarse de andróminas y de suplementos decorativos, para empezar á hacer comprender al niño que al mundo no venimos á lucirnos, sino á trabajar, y que el que lleva demasiado tiempo tirabuzones y otras tonterías, corre el peligro de acostumbrarse á ellas y andar adornado toda la vida.

Esteban quería que su hijo fuese todo un hombre, y cuanto antes, mejor. Así es que al día siguiente, no sólo le hizo cortar el pelo, sino que le vistió de hombre: pantalón largo y americana hechos del mismo paño de que se había hecho él un traje; botas de elásticos como las suyas, sombrero de la misma forma que el suyo, y todo tan parejo y tan exacto, que

cuando iban juntos padre é hijo parecía que al nacer el hombre habían dado la criatura de añadidura.

Lo único que logró con aquel cambio fué que todos los chiquillos de la vecindad, cuando vieron salir de «La Puntual» á aquel niño tan «severo», le tuviesen mucho más respeto del que le habían tenido hasta entonces. Eso de jugar al chito y á las cajas con un niño que iba de pantalón largo, que llevaba «Leontina» de níquel y un reloj que, aunque no andaba, hacía el mismo efecto que si anduviese, les daba importancia, y si bien los chiquillos de todas clases no se fijan mucho en la ropa, el habérselas con un individuo que desde tan joven gasta capa, era para inspirar cierto temor.

Y á fe que no debieran tenérselo, porque nuéstro ex rizado Ramoncito era un chiquillo muy bueno. Comparado con la patulea que se criaba por aquellos alrededores, que hasta cuando jugaban á jugar enseñaban las uñas, Ramoncito era un cordero. Si acaso notaba que le estafaban, se dejaba estafar pacíficamente, y sólo en lo muy hondo tenía un nido de rebeldía, que es de donde le nacían las lágrimas; si pegaban á uno que fuese más débil, siempre se ponía de parte del más débil, aunque le tocase perder, y á generoso ninguno le ganaba. Lo era tanto y tan naturalmente, que si los chiquillos supiesen pensar, se hubiesen dado cuenta en seguida de que era diferente de los demás, y no por la capa y el sombrero, sino por los sentimientos que llevaba dentro.

Creció de este modo, y con él fueron creciendo los

instintos, y una sensibilidad exquisita y una comprensión extraña, y un ansia por saber de todo, menos de lo que le convenía.

— Esta criatura no se fija — decía muy á menudo su padre.

— Ya se fijará—decía la madre—. Yo he conocido comerciantes que hasta que han sido mayores de edad no han empezado á fijarse en nada. Hay que dejarle crecer.

— Aquí me tienes á mí, que á los cuatro años...

— Es que otro Esteban como tú no le hay en Barcelona. Estáte tranquilo y no te preocupes, que no tienes motivó para quejarte.

No tenía motivo para quejarse, pero no tenía motivo para estar contento. El niño vivía en la tienda, pero su espíritu no. Aquella estantería era estrecha para él, como la capa y la americana, porque él crecía y las cosas no, y no podían avenirse. Sentía como un estremecimiento que le obligaba á mirar fuera; un poco de hormigueo allí donde nacerían las alas, si los niños tuviesen alas; el desasosiego que sienten los leones jóvenes que están enjaulados; y ni el mostrador, ni el mismo mostrador, con todo el atractivo que tiene un mostrador, le podía calmar los nervios; así es que cuando, á los diez años, un día Esteban le dijo que le acompañaría á la escuela para que le enseñasen á vivir, pensó que eso quería él: que le enseñasen á vivir, y en vez de sentirlo, como tantos niños de la vecindad, fué más contento que unas Pascuas.

La escuela adonde le llevó Esteban (el abuelo tenía una bronquitis y no le pudo acompañar) ya no era aquella misma escuela de la calle de los Flaçaders. Aquella se había ido al cielo con el encerado y el maestro, y ya no había ni Ceca, ni Meca, ni Valle de Andorra. Aquellas dos salas de enseñanza eran almacén de conservas. La escuela de ahora ya no era una escuela, era «un colegio»; un colegio en toda forma, con escalera de mármol, con higiene y con miras hacia el porvenir. Aquel encerado espacioso se había ido achicando y ya no presidía la casa; aquella sala tan pintoresca ya era una sala simétrica, con ventilación, con «aseo» y con aire (dos metros cúbicos por discípulo), y aquella enseñanza tan sencilla se había complicado: además de las cuatro reglas que pedía Esteban, enseñaban unas cosas que Esteban no podía entender y muchos de los discípulos tampoco: enseñaban piano, solfeo, hasta latín y hasta dibujo, y si no enseñaban más, no es porque los maestros no supiesen, sino porque nadie lo pedía.

Por más que el padre recomendó que de todos aquellos adornos hiciesen poco caso, y que cuantos menos, mejor, y por más que dijo el maestro que podía irse tranquilo á casa, que se suprimirían, mientras ustedes lo que es el destino: el diantre de Ramoncito, en vez de dedicarse á las famosas reglas, que eran lo que le correspondía, le tomó el gusto á las cosas inútiles, y ésas fueron las que estudió con más afán. Claro que aprendió de cuentas (á fuerza de emborronar pizarras se aprende), pero como quien toma una

purga. Claro que aprendió á resolver una multiplicación por tres cifras, pero en llegando á la cuarta se encallaba, y en vez de multiplicar se perdía; y en cambio, lo que no le convenía, las historias de hechos duros, que para vender mercería no le hacían ninguna falta; la lectura y la elocuencia, que para despachar á las parroquianas se necesita poca y concisa; y sobre todo el dibujo, que nunca le había de servir, le atraían de tal modo que no podía dar abasto para aprenderlo. Ya le podían dar á leer cosas, que todas las devoraba; ya le podían dar láminas con ojos y orejas y narices, y figuras geométricas para copiar; en dos rayas de lápiz las sacaba, y calcaditas como la estampa; ya le podían dar solfas, que él se daba más prisa á aprenderlas que el maestro á tocarlas. Menos las cifras que le convenían, todo le entraba en la cabeza. Iba saltando carteles como quien salta á la garrocha, y de los carteles pasaba á los libros, y de los libros pequeños á los más grandes, y el maestro estaba apurado, porque con el empuje que llevaba, si no se le quitaban de delante, pronto sabría más que él. Y todo esto sin preocuparse, alegre, templado, gracioso, pasando lecciones como quien come un caramelo; aprendiendo lo más complicado sin fijarse (como decía su padre), recordando lo que leía con un aire de á mí qué me importa, y quedándole tiempo de sobra para ir á correr y armar jaleo.

Eso sí; hasta en esto se apartaba de las tradiciones de «La Puntual»: él no hubiera ido nunca á la explanada si la explanada hubiese seguido existiendo. No

le gustaban los sitios tristes. Iba siempre á la orilla del mar, donde hubiese luz, donde hubiese azul, donde encontraba espacio para los ojos y aire para llenarse los pulmones; iba allí donde veía árboles, allí donde veía flores, donde veía gente que se moviese, donde oyera reír; iba como los pájaros, donde pudiese cantar en libertad y no hubiese paredes de tienda que le obscureciesen la vista y le estrechasen el corazón; iba donde va la juventud, cuando no la encierran, á olfatear la vida y el mundo en que luego tendría que vivir.

¡Figuraos, figuraos, hijitos míos, qué trastorno en aquella casa, si Esteban hubiese sabido ó hubiese podido sospechar el empuje que llevaba Ramoncito! ¡Acaso á aquel pobre padre le hubiera llegado el momento de tener alguna emoción! Pero ¡ca! ¡Ni veía nada, ni podía ver nada, ni tenía vista para verlo! ¡El hombre que siempre ha vivido detrás de unos escaparates tiene el «panorama» empañado y no sabe lo que pasa fuera! ¡El que ha estado siempre encerrado en una caja de corchetes no sabe lo que es la libertad! ¡Esa santa libertad que tantos cantan y tan pocos aman! ¡El que ha envejecido bajo la estantería no puede ni sospechar siquiera que haya niños «desesantizados» á quienes les guste más un rayo de sol que todas las cintas y los hilos que pudieran rodear al planeta! Los deseos de aquel niño, que con sólo catorce años ya encontraba el mundo estrecho, no los podía comprender un hombre que medía sueños y ambiciones valiéndose de la media vara. Todo

aquello era demasiado ancho para él, y más le valía que lo fuese, porque, á no serlo, el pobre Esteban no hubiera dormido por las noches, y ahora dormía y hasta roncaba.

Un día encontró un libro encima del mismo mostrador. Un libro que no era de comercio; una historia ó una novela, que no pudo saberlo de fijo, y tampoco le dió importancia, y también valió más que no se la diese.

Aquel libro tan sencillo que entraba en la casa era, sencillamente, el gusano que había de matarla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALEJANDRO ALVAREZ"
Apto. 2625 MONTAÑANA, MEXICO

VIII

Últimos momentos y últimos consejos del fundador de «La Puntual». — Día de luto para Ribera. — El entierro. — Esteban pasa á ser el señor Esteban.

Aquel libro trajo otros. En el despacho de Ramoncito fueron apareciendo tantos libros, que parecía que los llamaban con reclamo. Todos los que tenía el señor Pablo en un rincón de la librería y que nunca había leído nadie; todos los que le prestaban los compañeros; todos los que traía de la feria comprados con sus ahorros, fueron pasando por la tienda, y se fueron leyendo á escondidas, y de noche, y á media luz, con aquel hambre de devorar letras que tienen los que las aman.

El gusano iba royendo.

En un muchacho de padres tenderos, de abuelos tenderos y de bisabuelos comerciantes, hubiera sido curioso saber por qué atavismos lejanos y por qué vericuetos intrincados había nacido aquel hambre de leer todo lo que encontraba. Eso que lo pongan en claro los sabios que tienen tienda abierta de sabio,

que yo no hago más que anotarlos; pero mientras decidan lo que sea, lo que yo tengo que hacer constar es que en cuanto Ramoncito veía un trozo de papel impreso se echaba sobre las letras como un halcón sobre la presa. Así como hay perros que tienen que morder trapos porque están echando los dientes, así Ramoncito tenía que morder libros porque estaba echando inteligencia, y en cuanto cintas é hilos le dejaban una hora libre, tragaba á qué quieres boca cada capítulo de novela, ó cada poesía (aunque fuese clásica), ó cada divagación histórica, que había para pervertir con ellas al tendero de Ribera que tuviese la cabeza más firme.

Los libros generalmente ponen tristes á los desgraciados que los leen. Se cuentan en ellos tantas tristezas que no son más que penas retóricas, tantos desengaños menores de edad, tantos gemidos traídos por el consonante y tantos desengaños de alquiler para dar gusto á la parroquia, que el pobre joven que los lee y no sabe por experiencia propia que todo aquello es para vender más y para explotar la lágrima, cae como las mariposas á la luz triste de un quinqué; pero Ramoncito no era así; las penas, los lamentos y hasta los versos, le servían para alimentarle y para fortalecerle el alma, le daban ambición y valor, y le hacían ver un más allá en el que, ¡ay!, ó se había de salvar él, ó se había de perder la casa.

Esteban entretanto estaba con la boca abierta, porque era cosa natural en él, y la madre, porque no hay madre que no lo esté en tratándose de sus hijos.

Del destrozo que aquellos libros iban haciendo en las ideas del heredero no veían nada, no podían ver nada, porque así como el muchacho padecía el delirio de la letra, á ellos la ambición del negocio se les había entrado tan adentro, que ya no pensaban en nada más; él en ir recogiendo cuartos y ella en ir ahorrando y haciendo hucha. Habían puesto más secciones; habían tomado dos dependientes más; el viajante iba y venía por todo el mapa haciendo pedidos y más pedidos; el señor Pablo tenía que velar para dar abasto á los asientos, que le tenían sentado catorce ó quince horas diarias, y mientras Ramoncito se llenaba el entendimiento de todas las fantasías y todos los idealismos que se le ponían delante de los ojos, y Esteban y su mujer iban llenando la caja con todos los dineros que pasaban, el hecho más transcendental que les había sucedido desde que «La Puntual» era puntual, les vino á llamar á la puerta.

El señor Esteban, con gran trabajo, tosiendo, ahogándose y sostenido por la voluntad, había ido á la casa y les había dicho á modo de aviso:

— Me «liquido», hijos míos; me liquido. Pronto me tendréis que borrar del libro de cuentas corrientes.

Y como quien dice con tristeza «cuando caigan las hojas», él decía con cierta amargura: «En cuanto esté hecho el balance, me retiraré de la vida.»

Llegó el balance de fin de año; lo firmó serenamente en la última hoja del libro, y como no había firmado ninguno de tanto provecho como aquél, se fué contento á «liquidar», y no volvió á salir de casa.

Á los dos días de estar en la cama pidió confesarse, y se confesó para cumplir como Dios manda. Por lo mismo recibió á Nuestro Señor, y al tercer día de estar en la cama, llamó á los de la familia para ir bien despedido y hacerles los últimos encargos.

Todos fueron inmediatamente, y le encontraron medio sentado, apoyándose en cuatro almohadas, en un lecho colosal de aparato, trono solemne de la muerte, dentro de una sala desnuda, donde no había más que un sillón, la caja de caudales, un candelero y dos mapas (el de este mundo y el del otro), y donde hacía un frío que si en el cuarto hubiese habido hojas, se hubiesen caído todas.

El señor Esteban, viejo como era, á punto de liquidar como estaba, y tosiendo, y ahogándose y muriéndose, aun conservaba fuerzas, aun guardaba energías. En aquellos ojos que se hundían aun había un mirar firme que denotaba voluntad; en aquella boca, dibujada no más con un trazo de lápiz, aun quedaban dientes; en el cráneo, tallado á hachazos, aun quedaban cabellos negros, señales de aquella raza fuerte que echa raíces de familias.

Fué llamando á la descendencia, y por orden riguroso se fueron colocando en torno al lecho. Esteban y el muchacho á la derecha, la señora Felicia á la izquierda, más hacia los pies la señora Pepa, Tomasa y la señora Rosita, y á los pies por completo, las tres Marías; y cuando los tuvo á todos reunidos, el señor Esteban hizo un esfuerzo, y sacándose del pecho el poco aire que todavía le quedaba, dijo, con el

tono sentencioso de quien se sentencia á sí mismo :

— Hijos míos, me voy. No digáis que no con la cabeza, porque me voy. Cada uno se muere á tantos años fecha, y á mí me ha llegado el vencimiento. Me voy, pero no os alarméis, porque lo dejo todo arreglado. Tengo hecho testamento, que no os enseñó porque es lo primero que miraréis en cuanto cierre los ojos, y ya sé que os agradará, porque he hecho más economías de las que podéis figuraros.

Tosió y continuó :

— Me voy tranquilo de este mundo porque os dejo tranquilos á todos y sé que lo estaréis más cuando yo falte, porque ya iba abusando de vivir. Ya he hecho bastantes cosas para irme. Fundé «La Puntual», como quien dice, la crié, la hice hacer crecer, os la di como madre, os he dado consejos á todas horas, y tantos años de dar consejos cansan; cansan á quien los da y á quienes los reciben, y ya empezábamos todos á cansarnos.

Respiró un poco y siguió :

— Hoy os daré los últimos. Tened paciencia, que ya se acaban. Os dejo una viña plantada; cuidadla, que una vez plantada, ella sola da uvas y no es nunca cosa muerta. No subáis nunca de repente; id subiendo poco á poco, y hoy una piedra y mañana otra, iréis haciendo de «La Puntual» como una especie de iglesia, que será el orgullo de la familia. Yo he puesto los cimientos; Esteban y su padre los pisos, y ahora te toca á ti, Ramoncito; tú tienes que hacer el tejado.

Aun le quedaba aire, y siguió :

— No os daré más consejos, porque ya no me queda tiempo y no puedo entretenerme. Iré al grano y resumiendo. No os fiéis nunca de las palabras, que las palabras deslumbran y tergiversan las cosas; no os fiéis tampoco de las firmas, porque son palabras escritas; no os fiéis de las mujeres, porque son máquinas de hablar, y no os fiéis ni de vosotros mismos, porque podéis equivocaros. ¡Hechos, siempre hechos!, que todo lo demás son nubes y el comercio no vive en las nubes.

Y no pudiendo ya más, fué al grano :

— Y ahora, adiós, y nada de lágrimas ni de tontearías. ¡Hechos! Conservad un recuerdo mío, pero sobre todo, conservad el crédito. ¡Hechos! Un entierro sencillo, y... ¡hecho!

No pudo decir nada más. Estuvo una hora agonizando, diciendo : «¡Hecho...!», entre dientes, y cuando se calló se murió.

La familia lloró un rato por orden de sentimiento y por calidad de parentesco; pero siguiendo las órdenes del difunto, de no verter demasiadas lágrimas, dijeron todo lo que se dice cuando se muere alguien á quien ya le llegó la hora de sobra: que «se ha hecho todo lo que se ha podido», que «ha muerto con todo su conocimiento», que era un gran hombre y un gran bisabuelo, pero que ya tenía edad de morir, y como la cuestión eran ¡hechos!, con la excusa meritoria de saber qué disponía para el acto de su entierro, abrieron el testamento, que no decía nada del entierro.

Lo que decía es que dejaba por heredero de todo

lo que tenía y tuviese, de «La Puntual» y de lo demás á su sucesor Esteban; un usufructo á su mujer, alguna manda á los parientes, trescientas misas baratas..., y lo demás retóricas de las que añaden los notarios para dar solemnidad al papel y para que entren más pliegos.

Los que quedaron más contentos siguieron diciendo que era un grande hombre; los que esperaban más se callaron, pero se pusieron amarillos; á los que no les tocó gran cosa se marcharon para hablar mal del muerto en cuanto acabaron de bajar la escalera; pero todos fueron al entierro con igualdad de tristeza y parecido de ropa negra.

El entierro, según la voluntad demostrada por el difunto, fué una cosa sencilla, pero al mismo tiempo «decorosa» (cinco coches y el famoso faetón); pero si el aparato era modesto, la concurrencia era escogida. Todos los comerciantes de aquel barrio quisieron animar el acto y manifestar la alta estimación que les merecía un hombre «entero» que había vivido noventa años, siempre consecuente en lo mismo : en una idea eficaz, seguida y perseverante que nunca se había doblegado y que hacía honor á la clase. Detrás del duelo, que iban presidiendo Esteban, el concejal, el veterano, Ramoncito y el comerciante en granos, marchaba lo mejor del barrio, con la mejor ropa del barrio, haciendo acto de presencia, de consideración y de respeto. Allí todo el ramo de comerciantes en granos de toda la calle del Rec abajo; allí todo lo mejor del comercio de drogas de toda la calle de

Moncada; allí los gallineros y conejeros de Born y de todos los alrededores; allí lo más escogido del comercio de manteros, pañeros y comerciantes del ramo del vidrio, del ramo de la sal, el estado mayor de la mercería, los fabricantes de tejidos, los tintoreros y curtidores; allí dos tenientes de alcalde, el vicario de San Cugat, un beneficiado de Santa María, un comerciante en bacalao, riquísimo, que hasta había estado en Escocia; allí el pobre señor Pablo, y allí el viajante de la casa, que había llegado de Pamplona para volverse á marchar al día siguiente, y allí toda la gente seria, los de la procesión, los que cumplen, los que firman, los prudentes, los morigerados, los que cierran la tienda en cuanto pasa un perro con cara de tener hambre, los que no se comprometen nunca, los que miran más por la «Casa» que por los que tienen que vivir dentro de ella, los menestrales de todas clases, sostén de la barriada y preciado joyel de Ribera.

Cuando llegaron al llano de Palacio se despidieron casi todos, y los más amigos ó más parientes, los que estaban desocupados ó los que ya habían perdido la tarde, llegaron hasta el cementerio.

Allí buscaron el nicho, en aquellas filas de pisos que también parecían estanterías, y antes de colocar al difunto en el número que le correspondía, que era el mil doscientos cuarenta, los enterradores preguntaron si alguno le quería ver.

Dijeron que sí; abrieron la caja; le miraron cosa de dos minutos; llamaron á Ramoncito, que se había

quedado mirando las estatuas de los panteones, para que también le mirase, y, no sabiendo lo que hay que hacer cuando se tiene delante á un difunto, quisieron decir algo.

— Se ha quedado completamente natural — dijo para empezar Esteban.

— ¡Qué hombre! — dijo el concejal.

— Ya se va perdiendo la clase de esta especie de héroes — dijo el veterano.

— Ya pueden cerrar — dijo Esteban.

Y cerrado con paño y llave en su estante y en el cajón correspondiente, todos fueron pasando por delante del duelo, y fueron diciendo lo mismo:

— Señor Esteban, le acompaño á usted en el sentimiento.

— Le acompaño á usted en el sentimiento, señor Esteban.

Esteban había subido de grado: de Esteban se había convertido en señor Esteban.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
Apto. 1625 MONTEKIN, BURGOS

EL SEÑOR ESTEBAN

UNIVERSIDAD DE MONTEREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apo. 1671 MONTEREY, N. L.

EL SEÑOR ESTEBAN

I

Donde se ve lo que cambia una ciudad cuando se apodera de ella el comercio, y cómo los pequeños se hacen grandes y otras experiencias provechosas.

Muchas cosas habían pasado desde la muerte del señor Esteban, y sobre todo muchas muertes. Había muerto la señora Felicia para cumplir su deber sagrado de viuda; había muerto la señora Rosita (la grasa pudo más que ella), y hasta se había llegado á morir la señora del piso principal, que la muerte no repara en pisos. Y si la pobre señora Pepa continuaba viviendo todavía, es que la enfermedad la hacía vivir. El día en que se hubiese puesto buena, ¡adiós señora Pepa!

En la casa también había habido cambios. Con la herencia del señor Esteban, abuelo, el señor Esteban, nieto, fué mucho más rico, y agrandó más el negocio, y compró papel de la Deuda, y se hizo una

levita, y continuó trabajando como si no tuviese levita.

Pero lo que había cambiado más en los años de Estebanillo á Esteban y de Esteban á señor Esteban había sido Barcelona.

En aquel barrio de Ribera había habido tal trastorno de reformas, que ya no quedaba nada de lo que antes había.

El paseo de San Juan también se había muerto, como los abuelos. Habían arrancado los plátanos, habían espaciado los bancos, y el Hércules del surtidor y las tortugas y hasta la cascada los habían trasladado más lejos para que fuesen á criar musgo al destierro de los barrios nuevos. Los bojes y las estatuas del Jardín del General los habían tirado á la basura, y de aquellos paseos llenos de sombra habían hecho casas con pórticos, iguales como una epidemia y padeciendo de una simetría que no tenía consuelo ni perdón. Del Born, con una ordenanza municipal habían cogido los colores, la vida, la luz, los vendedores y la algazara, y los habían encerrado en un tñglado; y en cuanto á la Ciudadela, la habían derribado, y habían hecho muy bien en derribarla. Primero derribaron las murallas, después fueron allanando la explanada, más tarde trazaron líneas, y, por fin, plantaron flores; y á medida que las flores nacían, los soldados se iban marchando; y cuanto más sombra daban los árboles, más iban disminuyendo los cuarteles, hasta que no quedaron más que dos y medio disfrazados de palacios allí bajo las arboledas.

Aquel parque se hizo tan de prisa y fué creciendo tan de prisa, que parecía que las plantas encontrasen en él tierra de cementerio y se nutriesen ufanas del dolor de dós siglos; los olmos parecían desquitarse de haber estado tanto tiempo sin tener derecho á crecer; las flores, después de tantos años de explanada, cuajaban en un solo día, y un aroma de vida nueva salía del campo de la muerte. En su prisa de transformar, aquellas gentes enriquecidas, que no habían tenido tiempo de ser artistas, habían hecho cosas extrañas: dos escaleras inmensas que no subían á ninguna parte, unas montañas de nacimiento, un estanque cercado de piedra sin labrar; pero en cambio habían congregado á la gente de todo el mundo y á todo el comercio de la tierra, y lo que antes eran cuarteles con olor de pólvora y de rancho, ahora era un gran jardín; lo que eran murallas, alfombras de hierba; lo que eran baluartes, parterres, y lo que era tierra maldita que había escuchado tantas agonías, una planicie llena de sol y de niños que jugaban con la arena.

La vida de urbanización había transformado el barrio, pero aun había hecho más estrago en las costumbres y en el comercio. Aquellas tiendas oscuras, negras, llenas de escarabajos y de telarañas, donde entraba el género como si entrase en un presidio, se habían abierto á la luz, y tenían anchos escaparates y desahogo y ventilación; aquellos escritorios estrechos como nichos comerciales donde tenían metido al tenedor de libros como á pájaro despluma-

do, sin más pluma que la de escribir, ya eran salas espaciosas, con armarios, con claraboyas, y hasta con estera, y hasta con sillas; aquellos almacenes amontonados, en que los sacos echaban fuera al dueño, se habían agrandado, y el olor á moho se había convertido en olor á campo, y la luz entraba en las cuevas, y la blancura en las tinieblas, y la limpieza en aquellos antros, y la vida moderna florecía. En vez de quinqués de gas, que daban más frío que luz, habían puesto luz eléctrica; en lugar de los tristes braseros llenos de ceniza y de suciedad, que parecían puestos en el suelo más que para dar calor para tirar á ellos cáscaras de naranja, habían puesto estufas; y en lugar de los bancos de la puerta, que parecían banquillos de acusado, podía uno sentarse en divanes, que si todavía no eran muy blandos, era para que los parroquianos no perdiesen el tiempo sentados en ellos. Ya no extendían el género á la parte fuera de la tienda, como si le sacasen á ventilar, sino que le guardaban en cajas; ya no llamaban á los que pasaban como en la feria de Bellecaire, sino que les esperaban dentro; ya los dependientes no eran esclavos sujetos al mostrador con una cuerda y atados á la media vara, sino hombres como los demás, con toda la autonomía que puede tener el ramo de hombres que venden.

El comercio se engrandecía, se ensanchaba, se convertía en gran comercio. Los negociantes al por mayor casi todos vivían en pisos, en pisos amueblados, tapizados y alfombrados como si fuesen ministerios; los que eran comerciantes medio al por mayor,

en entresuelos como oficinas, y el tendero tendero, el clásico, el puro, el «Esteban», podía explotar al parroquiano, que para eso es el parroquiano, pero le explotaba con buenos modos; podía dar la medida escasa, pero ya no por cuartas, sino por metros; podía engañar en el peso, pero con el sistema decimal: todo es cuestión de ceros; podía seguir la tradición, pero al menos doraba la píldora; y la presentaba tan bien, que daban ganas de tomarla. Cada escaparate era un reclamo, una tentación; y los había de tantas clases, que el corazón desfallecía viéndolos: de mármol, como panteones, para banca y cambio de monedas; chinescos, con abanicos entrelazados y lacas de todos colores, para anunciar bacalao; de bronce, con caracoles de níquel y volutas de hierro virgen, para vender jabón y bujías; de loza de Valencia para vender longanizas de Vich, y de esos que se llaman modernistas, con los cristales escarchados, para despachar casullas.

Desde el Pla de Palacio hasta la calle de las Cortes, lo mismo que por los otros barrios, todo se estaba transformando. Había callejones testarudos que, ó ya porque eran demasiado viejos y tenían demasiadas arrugas para que no se les viese la trampa, ó ya porque eran casas de nobles que querían conservar la pátina por conservar algo, no querían quitarse las lacras de la antigüedad ni emperijolarse; pero la mayor parte de las demás levantaban pisos, ponían cornisas, cargaban de molduras los balcones, blanqueaban la fachada y se iban poniendo en fila

para no hacerse estorbo. Los albañiles no paraban de engastar adornos y flores de piedra y caligrafías de bulto dondequiera que hubiese un paño de pared; los herreros forjaban sin descanso hierros con dragones, con águilas, con tarascas, con flores simbolistas y hojas estéticas, y dondequiera que veían un barandal, ¡échele usted adornos!; las maderas parecían piedras, las piedras cristales, los cristales telas; y carpinteros, arquitectos y albañiles, ó cargaban de adornos las casas que ya estaban héchas, ó las hacían ya cargadas; y cuantos más perfiles hacían y más las atormentaban, más contentos estaban los dueños y más alquiler hacían pagar, porque aquellos castillos tan feudales eran castillos de alquiler, y alquilaban el puente levadizo á algún tachuelero, la torre del homenaje á un fotógrafo, y hasta la capilla hubiesen alquilado si hubiesen podido, que una cosa es el señorío y otra cosa es la renta.

«La Puntual» estaba en medio; estaba en la meta de aquel asalto de reformas que hacía temblar el barrio. Las casas nuevas la atacaban, la empujaban, la acorralaban, como queriendo quitarse de encima un estorbo. Otras simétricas y poderosas se levantaban frente á ella con toda la vanidad que tienen las cosas nuevas. Casi enfrente se habían levantado dos palacios: uno clásico, con grandes columnas y techo de estación, que daba respeto mirarle, y otro del gótico más gótico; á un lado una fila de balcones daba de punta á punta una sombra recortada y recta; enfrente habían pintado el cuartel de un color azul de cuar-

tel, y cuartel, casas y palacios, vanguardia del Ensanche, clamaban á todo clamar el engrandecimiento de la ciudad, el trastorno del comercio viejo y la reforma vertiginosa que pisoteaba los huesos de los padres.

Y «La Puntual», que estaba en medio como una lápida romana sobre una pared nueva, daba pena é infundía respeto. El rótulo, aquel hermoso rótulo, obra maestra y recuerdo glorioso del nacimiento de Estebanillo, se había ido poniendo gris, descolorido, color de fango, color de diligencia que va por las carreteras, color de cama de pobre; las puertas, ¡aquellas puertas!, se habían ido destiñendo, y ya no eran puertas: eran maderas, eran maderas de fiolato, de cobertizo, de barraca, de caseta de baños de mar; y el mismo escaparate, aquel altar comercial, aquel sagrario de mercería que había hecho quedarse á tantas mujeres con la boca abierta y engendrado tantas ilusiones, ya no parecía escaparate: era un antro de brujas con carretes y cintas encantados.

Pero así y todo, seguían vendiendo. Seguían vendiendo más que nunca, y si hubiesen transformado el local, hubiesen perdido la venta. La sombra del crédito les salvaba. El acostumbrarse cuesta mucho, pero el des acostumbrarse cuesta todavía más, y el ir á comprar á «La Puntual» ya no era costumbre, era vicio. El dinero de la parroquia había aprendido de tal modo el camino de aquel cajón, que ya iba solo, y tan decidido, que si le hubiesen querido sacar de allí, no hubiese querido salir.

El señor Esteban era un condenado á fortuna perpetua.

Y como era un condenado, estaba cumpliendo la condena.

II

La navegación y «La Puntual», dos cosas que no tienen nada que ver una con otra, pero que al autor le ha parecido bien compararlas.

Sí, el abuelo había tenido razón. La viña marchaba sola. «Con sólo cuidarla un poco no sería nunca cosa muerta», y eso es lo que hacía el señor Esteban: cuidarla, vigilarla, considerarla cariñosamente, y sólo con mirarla iba andando sola.

Así como los capitanes de barco cuando el tiempo indica bonanza se están sentados sobre cubierta contemplando las olas que pasan y sólo van á la maniobra cuando sienten llegar el mal tiempo, asimismo el señor Esteban, quieto en la cubierta de «La Puntual», viendo pasar las olas en las hojas del calendario y las páginas del Mayor cumplía con su deber, y como aquello era un mar de aceite en el que nunca había tempestades, se podía estar siempre sobre cubierta.

Sí, allí no había vendavales, ni trombas de agua, ni nieblas, ni escollos para poner el bajel en peligro. Si los había estaban bajo el agua. El bajel iba nave-

gando sobre un mar sin tropiezos, bajo un cielo sin nubes, con una calma que ni siquiera era de muerte; era de media vida, de limbo y de reloj de arena. Allí no se veía nunca costa por ninguna parte; días y días de navegar en aquellos camarotes de tercera sin ver pasar más que madejas y ovillos y varas de agremán y de trencilla y sintiendo el ruido de la máquina en el caer de la calderilla. Allí no había noches de luna, ni lumbres de sol, ni resplandores de estrellas, ni apagamientos de anochecer; siempre una luz de agua de jabón, de claraboya, de clínica comercial, de cuarto de convaleciente, esa luz de las tiendas que parecen prisiones de gente de bien; y allí no se veía vista ninguna: el cuartel, siempre aquel cuartel, con las ventanas de siempre, rectas, iguales, en filas, como enfermedad de unos ojos que viesan las cosas cuadradas.

El señor Esteban habían logrado lo que quería: ser medio rico. Y el serlo mucho le hubiese venido ancho. Grano á grano y espiga á espiga había logrado llenar el granero; un granero que no se desbordase, pero en el que tampoco hubiese goteras; había logrado tener crédito (la santa aspiración del abuelo) y había logrado no tenerlo que emplear; y todo sin sacudidas, sin trastornos, sin angustias; remando poco á poco, como quien pasa cuentas de rosario. Estaba á mitad del camino del vivir, y si le hubiesen preguntado qué había hecho de la vida, hubiera tenido que decir esto: remar, siempre remar sobre un estanque de aguas quietas. Nunca ninguno enfermo en aquel

triunvirato de padre, madre y Ramoncito; nunca ninguno rebosando salud; nunca una hora de tristeza para ver después la alegría como un sol que sale; nunca un desbordamiento de risas para ver la puerta del reír. Llano, todo llano, siempre todo llano, sin un montecillo para consuelo. Él sembrando, la mujer recogiendo; venía el día de la siega sin siquiera la alegría de ver el trigo cayendo como desbordamiento de oro sobre la era llena de sol. El balance no tenía era. Números, nada más que números que no querían decir: «Haremos esto ó compraremos aquello», ó «los cambiaremos por ilusiones»; querían decir: capital, dinero de caja, dinero encerrado, dinero en prisiones, dinero muerto dentro de una tumba de hierro.

Eso sí, fuera de la fortuna, fuera de aquella media fortuna ganada con medio sudor, no había logrado nada más. Y no es que no pudiese lograr otra cosa (que el dinero levanta las montañas); es que no tenía deseos, y si los tenía no se los encontraba. Con la consideración y el respeto que le daban tantos años de Casa, si le hubiese dado por la política, hubiera podido ser hasta concejal; pero no sabía nada de política. La política era para él una cosa que trae trastornos, que hace correr á la gente por las calles, que pone en estado de sitio á las ciudades, que obliga á cerrar las tiendas, y que todo lo más para que sirve es para entrar en el ramo de Consumos y tener un pasar. La política era una farsa en que los tenderos que tienen parroquia no deben comprometerse, porque cada comprador tiene una idea, y hay que respe-

tar las ideas de los que hacen gasto en una casa; la política era una ceguera que el hombre neutral no debe permitirse, y él era hombre neutral por completo: neutral de historia, neutral de hechos, neutral hasta el punto de no saber que lo fuese. No había votado más que una vez, porque le llevaron á votar, y perdió una mañana sin saber á quién votaba, y aquel paso le dió con tanto reparo, que al día siguiente tenía miedo de que le llevasen á presidio.

Si le hubiese dado por figurar, hubiera podido tener buena ropa, buena casa y buenos muebles; pero la buena casa y los muebles le parecían tan inútiles como votar por los demás. La ropa, para él, no era vestirse, era librar al cuerpo de la intemperie y no llevar nada exagerado, nada que llamase la atención: todo negro, todo sufrido, todo del color de «La Puntual»; todo del color de todo el mundo. La casa no era más que para dormir, para comer y para guardar los caudales: mesa, cama, caja, y nada más. La mesa, ni chica para los de casa, ni grande para que cupiesen en ella convidados; la cama, ni demasiado dura para estar mal en ella, ni demasiado blanda para estarse demasiado tiempo, y la caja, ni tan estrecha que hiciese padecer á la moneda, ni demasiado amplia y aparatosa para que no diese dentera á los ladrones; y todo lo demás de muebles, cortinas, alfombras y damascos no eran más que vanidades propias de gente malgastadora.

Si le hubiese dado por comer bien, hubiera podido comer primores; pero tanto él como Tomasa tenían

un estómago hecho á propósito para recibir lo que le diesen: estómago de ganso, cueva de munición, abismo en que caían las viandas ó estanque en que las echaban para cebar peces de pecera.

Si le hubiese dado por..., pero no le daba por nada. El señor Esteban era el hombre neutro, el símbolo de la clase neutra, de la Clase, así, con mayúscula. Conservador por instinto, por educación y por hechos, era el hombre de orden en todo y para todo: orden en el reir, orden en el comer, orden en querer al hijo y á la mujer, orden en el vivir, en el morir, y hasta orden en la otra vida. Era el hombre de lo «bien entendido»: bien entendida la libertad, la familia, la guerra, la paz, y hasta todo lo que no entendía lo quería «bien entendido»; era el hombre de la medida: gozo con medida, llanto con medida, amistad con medida, fe con medida, caridad con medida, todo con medida y con media vara, con la maldita media vara que ha dignificado el egoísmo desde que el egoísmo toma medidas. Si le gustaban los soldados no era por la idea de la patria (no gastaba mapa «La Puntual»), sino porque ponían orden cuando alguien se atrevía á alborotar, tanto con razón como sin ella; si le gustaban los gobiernos «rectos» (rectos quería decir absolutos), no era porque fuese malo (ni eso era), sino porque quería tranquilidad, sobre todo tranquilidad y silencio, que los gritos estorban la venta. No le gustaba que pasase nada nunca, ni bueno ni malo. ¡Nunca nada! Que no pasasen más que compradores, uno á uno, sin empujones y con un regateo

prudente, sosegado y metódico, pero corto, y que fuesen comprando con orden.

Y esto le daba al señor Esteban tanta fama como la misma «Puntual». Tenía un aire tan serio, tan recto, tan sosegado, y sabía escuchar tan bien, y parecía que pensaba tanto, que todo el mundo venía á consultarle; sabía tan bien contestar con un «¡Quién sabe!» que no quería decir nada, que dejaba á todo el mundo contento. Llevaba una levita tan usada, tan lisa y tan larga, y el que lleva levita larga inspira tanta confianza, que le tenían como confesor para asuntos comerciales; aconsejaba tan poca cosa, por no equivocarse nunca, que con no equivocarse ya iban ganando el doble los que seguían su consejo; hablaba tan poco á poco, y cualquier cosa que decía tomaba tal aire de sentencia, y el hombre que dice sentencias, por tontas que las diga, encuentra tanta gente que hace caso de ellas por no tener que tomarse el trabajo de pensarlas, que nunca le faltaba ocasión de sentenciar; así como hay curanderos que con cuatro signos curan los males porque tienen aire de curarlos, así también hay hombres que no diciendo nada, todos los consejos que dan parecen buenos, porque ellos tienen aire de aconsejador; y á nuestro pobre señor Esteban (que ya todos le vamos conociendo), porque no sabía qué decir, le habían tomado por hombre reservado; porque no sabía reír, por sabio; porque no sabía hablar, por pensador, y porque tenía la cabeza grande, por cabeza llena de substancia; y entre «La Puntual», y la cabeza, y el no decir

nada, y la levita, era un hombre á quien todos respetaban.

Y á fe que era un hombre bien sencillo, bien modesto y bien sin pretensiones el jefe de «La Puntual». Medio rico como era, y con un establecimiento tan bien surtido, y con cinco ó seis dependientes, y señor Pablo, y viajante, y mujer, é hijo como tenía bajo su poder y mando, se hubiera podido dar mucho tono, y era la persona más modosa, más afable, más «portátil» de toda Ribera. Con la misma franqueza y con las mismas pocas palabras se entendía con un comerciante por muy al por mayor que fuese, que con el carretero más humilde; lo mismo daba la mano al propio alcalde de barrio que al tachuelero más infeliz. Mientras no le pidiesen dinero, trataba á quien no se lo pedía lo mismo si vivía de sus rentas que si las rentas vivían de él. Y no porque fuese avaro (que tampoco lo era el señor Esteban), sino por pereza de soltar los cuartos. La mercería, gracias á Dios, no se le había subido á la cabeza, no le había hinchado como á tantos jefes de negocio, que porque tienen subalternos y negros blanqueados dentro del establecimiento ya hay que hacerles besamanos. Él lo mismo despachaba, que cobraba, que daba órdenes; tanto le daba hacer facturas como facturar lo de las facturas; hacer bultos como desembalar, y si no hubiese sido por el traje, que haciendo ciertas faenas se destroza, y si no hubiese tenido esclavos, lo mismo hubiera quitado el polvo á las cajas que barrido la puerta de la calle.

Y á fe que no sería tampoco por el aparato de su vida por lo que le tenían respeto. Aquello no era vivir, era pasar. Se levantaba, miraba el día (mirar el día quería decir mirar el barro) y se volvía á la tienda. Tomaba chocolate, salía á estirar las piernas hasta el cuartel..., y á la tienda; comía, iba un momento al «Fomento Comercial» á oír hablar de millones, de aranceles, del presupuesto y de otras cosas provechosas..., y otra vez á la tienda; el domingo por la mañana llevaba á Tomasa á misa con un vestido de seda de ir á misa, y un libro de ir á misa, que no había leído nunca, pero que le hacía mucho servicio para saber qué hacer de las manos, y en saliendo, entre saludos de «Siga usted tan bueno, señor Esteban», y «Que siga usted tan buena, señora Tomasa», vuelta á la tienda; á la tarde la sacaba á ventilar (á la mujer se entiende, no á la tienda), y una vez ventilada, ¿adónde hemos de ir? Á la tienda.

La tienda era su todo. El Yo, la ley de esencia, el Dios, la Materia, el Templo, el Teatro, el Altar, el Trono, la Patria, la Francmasonería y la Vida. La tienda era el primer amor, y era el único y sería el último; la tienda eran las ilusiones, las esperanzas, la fe, el «Creo en un solo Dios», la Doctrina, la Biblia, el Viejo Testamento, el Nuevo y el testamento de su abuelo; la tienda era el buen tiempo, la primavera, el estío, la Pascua, los árboles floridos, el alba y la aurora boreal; la tienda lo era todo para él. Allí donde le alcanzaba la vista, veía la tienda; allí donde alcanzaba su corto entendimiento no veía más que la

tienda. Toda su juventud, todo lo que hubiese podido soñar, todo lo que tienen los demás hombres, vida con amor, con afán, con gloria y con pasiones, lo había tenido él en la tienda. Si las tiendas tuviesen sangre, aquélla la hubiese tenido de sus venas.

III

Las ideas de los señores Esteban. — La torre.

Un día, es decir, una noche, cuando el señor Esteban y Tomasa tuvieron las cabezas sobre la almohada, en vez de dormirse en seguida como tenían por costumbre, ella estaba tan desvelada, se movía tanto, iba tanto de un lado para otro y tenía tanto desasosiego, que él se dió cuenta y le dijo :

— ¿Qué tienes? ¿No te encuentras bien, Tomasa?
— Quisiera hablarte de una cosa, Esteban.
— ¿Y sólo por eso te mueves tanto?
— Es que hace tiempo que lo estoy pensando.
— Bueno, mujer; ¿tan urgente es lo que tienes que decirme?

— Te digo que te tengo que hablar.

— Habla.

— Escúchame bien, y no te enfades, Esteban. Tú tienes ya cerca de cincuenta años. Yo..., dejémoslo estar. Tanto tú como yo hemos trabajado mucho en este mundo. Pronto seremos viejos. El muchacho ya

es mayor. No todo ha de ser el negocio. Yo, ya sabes que no soy gastadora.

— Vamos al grano. Di.

— ¿Te acuerdas de cuando empezamos á tener relaciones en el Jardín del General? ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

— Te dije lo que hacía al caso; pero ¿por qué me recuerdas aquel «acto»?

— ¿Te acuerdas de lo que entonces me dijiste?

— No te dije más que lo que hacía al caso.

— Pues te lo recordaré yo. Me preguntaste, hablando, hablando, si me gustaban los jardines, y yo te respondí que no, que no me gustaban los jardines; pero que me gustaban las aves de corral, los árboles frutales y todo lo demás. ¿Y no sabes lo que me contestaste?

— Ya te lo he dicho; lo que hacía al caso.

— Y lo que hacía al caso fué que me prometiste que todo eso lo tendría.

— Bueno; ¿qué quieres decir?

— Quiero decir..., pero no te enfades, sobre todo...; que debías comprar una torre.

— ¿Una torre dices!

Y se volvió de espaldas.

— Ya decía yo que te enfadarías.

— No me enfado, pero no la compro.

— ¿Y qué motivos tienes para no comprarla?

— Nada más que uno, pero fuerte: el del gasto.

Y aquí empezó á hacer números: que si la renta de una torre es tanto, y que si se capitaliza es cuanto,

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
MEXICO, D.F. 1953
167-10000-10000-10000

que si sumado con lo otro es más..., salieron á relucir todos los inconvenientes. Hasta volvió á salir aquella quiebra de los Jiménez, Rubio, etc.

Ella, por el pronto, le dejó decir; pero como las mujeres, poco ó mucho, tienen siempre alguna escama que les hace ser más ó menos sirenas, fué diciéndole al oído un cántico dedicado á las torres tan lleno de poesía bucólica y tan escogido de palabra, que Horacio le hubiese dicho: «Espera, que lo voy á apuntar en el cuaderno.»

—Un estanque—le iba diciendo—. ¿Hay nada más bonito que un estanque? El agua sirve para regar, para fregar, para criar peces de colores, ó para no criarlos, si no te gustan, que también nos los podemos ahorrar. ¿Y las gallinas? ¿Hay nada mejor que las gallinas? Oyes car, car, car, car..., un huevo; car, car, car..., otro, ¡y del día! Allí todos los huevos son del día, y si los comes, sabes lo que comes. ¿Y los árboles frutales? ¿No te gustan los árboles frutales? Tendremos un manzano, un albaricoquero, un naranjo...

—Crían pulgones — dijo él.

—No los tendremos; tendremos de todo menos pulgones. Árboles, sombra, comedor al sol, terraza y parra. ¿No te gustará cuando seas viejo sentarte debajo de la parra?

¡Claro que le gustaba todo aquello! Le gustaba tanto como á ella...; pero...

—¿Y la tienda? — dijo.

—¿Es que tenemos que abandonar la tienda? ¿No

ves que ya marcha sola, que tenemos dependientes, que tenemos el hijo, que tenemos al señor Pablo, que no es un hombre, es un aparato, que todo marcha bien, gracias á Dios? Vamos, di que sí, testarudo.

—¿Y el gasto?

—Por tres mil duros, la tenemos.

—Te figurarás que no nos van á llevar más.

—Todavía las hay más baratas. Pero para que sea cosa de primera, con estanque y todo lo que te he dicho, hay que gastar tres mil duros. ¿Verdad que no me dices que no?

—No digo nada.

—¿Que sí?

—Durmámonos.

Se durmieron; pero antes de dormirse, ella se quedó tan contenta que, á no ser porque no quería ponerle de mal humor, antes de volverse de espalda le hubiera dado un abrazo.

Al día siguiente volvió á empezar; al otro día, vuelta á lo mismo; y todos los días lo mismo, hasta que tanto le fastidió, y tanto le gustaba también á él tener torre, que una tarde cogió á la mujer, tomó el tranvía, y se cogió á sí mismo, y á Gracia, ¡á buscar terreno!

Lo difícil era escoger. Hay tantos solares y tantas torres para vender, que son ilusiones caídas de otros tantos señores Esteban, que es un mareo el decidirse. Aquí estaba lejos, allí era caro; aquí no tenía vista, allí tenía demasiada; aquí el sol venía de Poniente, allí de Levante, más allá de ningún lado. Querían

una cosa tan perfecta, con tantos requisitos de torre y de todo lo que han de tener las torres, que tuvieron que ir á Gracia más de ocho domingos seguidos para encontrar cosa á su gusto: poética, pero barata; idílica, pero equitativa; y bucólica, pero de poco gasto.

¡Pero al fin la encontraron! ¡Ya lo creo que la encontraron, y que tenía de todo aquel terreno! Veinte mil pies de árboles plantados, y á real el pie, que son mil duros. Mil duros, que por lo menos producen quinientos de esparcimiento y poesía, sin contar la fruta. La pared de cerca, hecha, y con pedazos de vidrio engastados y todo, para que si los chíquillos de la vecindad querían ir á robar manzanas, se cortasen los dedos al subir; un cuarto de pluma de agua viva, pero viva y con ganas de vivir; y lo que es estar de suerte en este mundo: hasta la ilusión de Tomasa pasaba á ser una realidad. ¡El estanque ya estaba hecho! ¡El estanque! ¡El lago sagrado de las torres! ¡El sueño de todas las hadas que tienen ó han tenido mercería! ¡El agua encantada de las señoras Tomasas!

En seguida lo compraron. Vengan papeles y vengán notarios, y firmemos, y la llave, y tomemos posesión, y venga el maestro de obras, y á echar planos, y ¡paredes arriba, señores!

—Yo quiero—dijo el señor Esteban al maestro de obras—, quiero... primeramente gastar poco, y después una cosa que esté bien, pero baratita. Usted arréglole como pueda; recorte adornos, suprima caprichos y haga una cosa «conciisa». Cuídese de levan-

tar paredes, nada más que paredes, y ¡arriba!, que de eso de las fantasías, yo, aunque no lo parezca, tengo gusto, y las pondré á mi gusto. En el bajo, un comedor, dos alcobas, y basta, que si ponemos demasiadas salas siempre se llenan de forasteros, y nosotros somos muy de casa. Arriba, eso sí, ponga usted una azotea para poder tender la ropa, que aunque no tenemos mucha que tender, las mujeres siempre quieren azotea por lo que pueda ocurrir. Haga usted un gallinero, lo que se dice un gallinero, que para las gallinas se hace el gasto, y arriba póngame usted una torrecita, porque no necesito decirle á usted que una torre sin torrecilla es una torre descabezada... Y por lo demás... haga usted y deshaga, y venga usted á cobrar los sábados, que se le pagará á usted al contado y sin pedirle descuento.

El maestro de obras lo entendió, porque todos los que hacían torres venían á decir lo mismo: lo del poco precio, lo de la torrecilla y el estanque y lo de las fantasías, y en dos meses de trabajo hizo una de esas torres que ya conocemos de vista: sencilla, metódica, con cornisas de jarrón, con aquel estucado, que ya de nuevo huele á mohoso, con esas puertas que dejan pasar el aire y esas ventanas que se despintan; casas que tienen tristezas de ruinas de nacimiento, de nido abandonado, de interior olvidado antes de haber vivido en él, que se agrietan en seguida para que entren en ellas las lagartijas; y una vez hecha, le dió la llave y empezaron el jardín.

El jardín (llamémosle jardín) dió más que hacer que

la casa. Aquellos pobres frutales que había, con el trajín de la obra quedaron tan llenos de mortero, que tuvieron que rasparlos rama por rama y hoja por hoja; y les sentó tan mal que los raspasen de aquel modo, que aunque no dijeron nada por prudencia, no volvieron nunca á tener salud. Sólo en hacer la cascada é ir engastando en ella conchitas y caracoles y cáscaras de alméja ya usadas entraron más jornales de los que hubieran gastado las Marías para una colcha de ganchillo. El agua dió tanto que hacer, que si en vez de un cuarto de pluma llega á ser una pluma entera, aun estaríamos en las mismas. Quisieron que hubiese un lago: un lago de una cuarta de fondo, un poco más grande que el estanque, y también rodeado de conchitas; y como un cuarto de pluma de agua no es una cosa exagerada, de ir del depósito al estanque, del estanque á la cascada, de la cascada al lago y del lago á los regatos, cuando tenía que regar llegaba tan cansada, que decía: «¡Que riegue quien quiera!», y hacía «clo, clo» y se enteraba. Y en cuanto á las «fantasías» que tenía que poner el señor Esteban, en eso sí que se lució, gastando lo que hacía al caso. En la rama de un manzano colgó una bola de vidrio de esas en que se veía dentro su torre y la de los vecinos, que era cosa preciosa; en el lago dos patos de tierra cocida, sentados sobre la roca, que no les faltaba más que hablar; en medio un pescador de caña, también de tierra, que tenía tanta expresión y una mirada tan natural, que si hubiese habido peces en el lago y no se hubieran

muerto de sed, acaso se hubiesen dejado pescar; al lado, para mirar el agua, un banco rústico (que le había hecho un aficionado á hacer bancos para matar las veladas de invierno), que estaba todo hecho de pedacitos de madera recortados como pedazos de longaniza; pero tan bien puestos uno encima de otro, que era preciso explicar la trampa para que la gente se enterase del mérito; y después... encerraron las gallinas (cinco), les pusieron un gallo para que se distrajesen, y quedó lista la torre.

Dos días á la semana la señora Tomasa subía para dar de comer á las gallinas y para llevarse los huevos que ponían, y de cuando en cuando alguna ciruela que habían dado los ciruelos, y hasta algún albaricoque que habían respetado los gorriones; y los domingos iban los dos.

Llegaban, vaciaban el lago, hacían correr la cascada, y mientras corrían los juegos del cuarto de pluma de agua viva, se sentaban en el banco rústico y veían la maniobra, como hubieran hecho Pablo y Virginia si hubiesen llegado á viejos y hubiesen comerciado en mercería; después él cavaba un rato; pero como no estaba acostumbrado, el pobre hombre sudaba (que para eso es el hombre); y cuando había sudado bien, se volvía á sentar en el banco rústico; iba á mirar si las hormigas habían hecho muchos estragos..., y vuelta al banco rústico; iba á ver si la oruga se había comido las ciruelas., y en el banco rústico estaban faltando Estébanes. Aquella torre era muy buena; pero si no hubiese tenido el banco

rústico no hubiera sido torre ni nada. Tanto habría valido no tenerla, que eso de ver árboles y más árboles sí que es bonito y tiene «panorama»; pero para quien está acostumbrado á la actividad no hay nada como un banco para sentarse.

Como se ve, la señora Tomasa había tenido la gran idea al comprar aquel «recreo». ¿De qué sirve el dinero si no se ha de disfrutar como le disfrutaban ellos en la torre? ¿Qué alegría se puede sacar del vivir si no se aprovecha lo bueno cuando pasa? ¿Para qué se ha de aperrear uno, y dale que dale en el trabajo, si no se puede emplear un desahogo en tener cuatro gallinas, que al fin y al cabo también ponen y también se ganan el grano que comen con el sudor de su frente? ¿Qué sacarían después de muertos de haber economizado lo que cuesta un lago, ó un juego de agua, ó una fantasía, si todo se había de convertir en ceniza, ellos, el lago, el colmenar y las gallinas? ¿Qué venimos á hacer en este mundo más que á ganar dinero y á gastarle con moderación y cordura? Nada, que cuando pasa la vida, á vivir, sin regatear un banco, ni dos, ni lo que sea, con tal de que lo que sea no sea demasiado.

La torre iba bien, no cabía duda. El señor Esteban hubiera sido feliz con ella (ya que no podía ser desgraciado); pero como estaba escrito que aquel hombre estaría siempre empantanado entre el dolor y la alegría, y siempre se quedaría en medio, en la plenitud de la satisfacción, y cuando se iba acostumbrando á pasar el domingo en la torre, le sucedió un tropiezo.

Delante de la torre abrieron una calle. Una calle ancha, una gran calle.

— ¿Y le estropearon la torre?

— Al contrario, se la mejoraron.

— Entonces no veo la desgracia.

— La desgracia vino de la suerte. De resultas de aquella calle que abrieron cuando nadie contaba con ella, aquel terreno que no costó más que á real el pie cuando lo compraron, subió á peseta, á dos, á tres, y llegó hasta valer á duro.

— ¡Pero eso es una ganga!

Una ganga que le trajo un desasosiego que no le dejaba «medrar». Tener mil duros empleados en torre le parecía bien al señor Esteban; pero tener veinte mil duros (veinte mil duros, que no son veinte ochavos), y que se los hubieran dado en seguida, tenerlos, digo, empleados en lago, y en gallinas, y en colmenar, y en parra, le parecía una herejía.

Le pareció tan herejía y tenía un resquemor tan grande y tanto remordimiento de conciencia, que un día, es decir, una noche, cuando él y su Tomasa tuvieron la cabeza en la almohada, en vez de dormirse en seguida, como tenía por costumbre, estaba tan desvelado, daba tantas vueltas en la cama y tenía tal desasosiego, que ella se enteró, y le dijo:

— ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien, Esteban?

— Quisiera decirte una cosa, Tomasa.

— ¿Y sólo por eso te mueves tanto?

— Es que hace tiempo que la vengo pensando.

— Bueno, hombre; ¿tan urgente es lo que me tienes que decir?

— Ya te digo que quisiera que hablásemos.

— Habla.

— Óyeme bien y no te enfades, Tomasa. ¿Recuerdas lo que te dije el día que me hablaste de la torre?

— Me dijiste... lo que hacía al caso.

— Pues haz memoria, Tomasa. Yo no la quería comprar, pero dormimos, y después la compramos. Entonces valía mil duros, pero hoy vale más de veinte mil. ¿Podemos tener nosotros un capital de veinte mil duros empleado en «fantasías»? ¿Has echado la cuenta de á qué precio nos sale cada ciruela que comemos? ¿Y los huevos de las gallinas? ¿Has pensado lo que nos cuestan las gallinas?

— Bueno, ¿qué quieres decir?

— Que debiéramos vender la torre.

— ¡La torre, dices!

Y se volvió de espalda.

— Ya decía yo que te enfadarías.

— No me enfado, pero no la vendas. ¿Qué motivos tienes para venderla?

— Todos los que te he dicho y más.

Y aquí empezó á hacer números: que si la renta de una torre es tanto, que si capitalizada es cuanto, que si tal y que si cual (y volvió á sacar á relucir la quiebra de los Jiménez, Rubio y etc.), hasta que la tuvo medio convencida, no sé si por razón ó por sueño.

Cuando creyó ganado el pleito, dijo:

— ¿Verdad que no me dices que no?

— No digo nada.

— ¿Que sí?

— Durmamos.

Y cuando hubieron dormido, la pusieron á la venta.

Estaba visto que el señor Esteban no podía levantar torres en el aire. Por muy rico que fuese y mucho que viviese, estaba condenado á tienda perpetua.

IV

La primera grieta de «La Puntual». — El 1830 vacila.

¿Y el muchacho? ¿Y Ramoncito?

Ramoncito iba á Llotja.

¿Á la Bolsa?

Á Llotja, á dibujar.

Pero...

Iba sólo de noche, pero iba. Y que no faltaba nunca.

Pero ¿cómo es posible que en aquella casa tan seria..., tan...?

Acaso porque no sabían lo que era Llotja, como tampoco sabían lo que querían decir aquellos libros que encontraban y que él leía á escondidas, como no sabían tantas otras cosas de las que no son vender hilos y cintas.

Además que el muchacho ya tenía veinte años, y por más que era obediente, buen trabajador, despierto y laborioso, no se podía mandar así como así á un muchacho que es casi un hombre y á quien le da por ir á Llotja.

Primero, cuando quiso ir, se lo dijo á su madre, y ella dijo que sí en seguida; en primer lugar, porque era madre, y después, porque le pareció que no era ofensa de Dios ni de los hombres el irse á entretener por las noches emborronando papeles que no hacían daño. Luego se lo dijo al padre. Aunque comprendió que los jóvenes después de todo en algo se han de entretener, tuvo alguna sospecha de que aquello pudiese tener malicia y distraerle de cosas más serias; pero Ramoncito se empeñó tanto, que acabó por decirle que con tal de que á las diez estuviese en casa y se levantase á la hora de siempre, fuese enhorabuena á pintar monos, que eso sería una manía pasajera y que ya entraría en razón cuando tuviese más conocimiento.

Pero á aquel diablo de muchacho le sucedió una cosa extraña: cuanto más conocimiento tenía más le aumentaba la afición. No sé qué les daban en aquella casa de Llotja, que, después de estar cansados de todo el día, en vez de hacer reposar al cuerpo de las fatigas del comercio, ó de buscar esparcimientos provechosos, propios de la juventud, quisieran irse á pasar la noche tirando rayas y haciendo adornos, que luego no servían para nada. Si hubiese ido á un casino, aunque al señor Esteban no le gustaban tampoco los casinos, le hubiese parecido pasadero. Si hubiese sabido que Ramoncito tenía expansiones ilícitas de enamoramientos «interinos», también se hubiese «hecho cargo»; pero ir á estropearse la vista sólo para emborronar papeles, ¡vamos!, era un miste-

rio, que si no hubiese ocultado nada, parecería cosa de locos.

¿Qué podía ir á hacer allí todas las noches? Una vez le dijeron que cómo no les enseñaba lo que hacía, y él respondió: «No lo entenderían ustedes», y se quedaron mudos de asombro. Otra vez le preguntaron si todavía tendría que ir mucho tiempo á aprender, y él les contestó: «Ahora estoy empezando», y replicándole ellos que cuándo se acabaría aquella clase de trabajo, él respondió sin más ni más que con aquella clase de trabajo había para toda la vida, y que cuando era uno muy viejo es precisamente cuando empezaba á saber.

El caso es que él cenaba á toda prisa, que ni sabía lo que comía, que miraba al reloj con angustia y que se marchaba desatinado; el caso es que se distraía de la venta (y esto era más serio que el no comer), que daba trencilla azul en vez de amarilla, ó que daba cuartas de más (¡cuartas de más, Dios del cielo!), que se le veía preocupado, que muchas veces le hacían preguntas y él no sabía qué le preguntaban, y contestaba con la boca abierta como si se hubiese caído de la luna, que decía palabras tan extrañas que no las entendía nadie, que hablaba de «ideales, de gloria, de arte, de belleza», de nombres que debía inventar él, porque ni el mismo señor Esteban, con los años de comercio que llevaba, los había oído decir nunca; el caso es que hasta un día..., ¡válgame las santas Cuatro Reglas!, en el margen del Inventario, de ese sagrado Inventario, Principio y Fin de la Casa, Fun-

dador de todas las Cosas y sostén de Cielo y Tierra, encontraron un monigote dibujado!

¡Eso ya era demasiado, señores! Eso ya era perder el respeto á la Biblia de la Casa. Eso ya era insultar á la Madre Laboriosidad, á la Noble Misión del Trabajo y á los Intereses creados, y el señor Esteban se alteró todo lo que podía alterarse.

Ramoncito aseguró que había sido una distracción y que cualquiera puede tenerla; pero su padre no se convenció, porque detrás de la distracción vinieron otras cosas que no eran de buen agüero. Á veces iban á «La Puntual» jóvenes medio despeinados, que bien se veía que no eran compradores ni tenían aire de comerciantes, y entraban alborotando en aquel sagrario, y si Ramoncito no estaba se marchaban haciendo ruido, sin respetar la casa, ni el comercio, ni el 1830; á veces, si le encontraban, se subían con él al entresuelo, y allí abrían carteras y discutían como locos, y si subía el señor Esteban, con aquello de que no lo entendía volvían á guardar los papelotes; á veces tenían que salir para un asunto muy serio, según decía Ramoncito, y en cuanto estaban en la calle, saltaban, se reían, alborotaban y se iban cantando con tan poca seriedad que no había manera de entenderlos; y hasta alguna vez Ramoncito salía diciendo que iba á cuidar á un amigo que se había puesto enfermo, y para ir á cuidarlo se llevaba carteras y lápices y otros instrumentos que no servían para cuidar ninguna clase de enfermedad.

Todo aquello era sospechoso. El señor Esteban

no lo entendía, pero lo encontraba muy sospechoso. Tomasa le decía que la gente joven tiene que divertirse; él, en el fondo, comprendía que aquello no era divertirse y que escondía algo que no era diversión, ó que si lo era, lo era de un modo que le parecía muy extraño. Ella le daba una razón que era para convencer á un hombre como el señor Esteban, á saber: que el muchacho no gastaba dinero, y que sin gastos no hay vicios; él ya veía que no eran vicios; pero, aunque no fuese vicio, el distraerse de la obligación para ir no se sabe dónde, á una cosa que tenía unos nombres que él no había oído decir nunca, le tenía tan preocupado como lo está quien siente venir el mal tiempo sin ver nieblas en el cielo ni señales de viento en la tierra.

Un día, después de cenar, no pudiendo ya sufrir más, en el momento en que Ramoncito quería marcharse como siempre, le detuvo y le dijo:

— Oye, Ramoncito, dime la verdad. ¿Adónde vas?

— Ya lo sabe usted; á Llotja.

— La verdad, ¿qué hacéis en Llotja?

— Dibujar.

— ¿Y qué más?

— Nada más. Por ahora, nada más.

— ¿Qué quiere decir ese por ahora?

— Que más adelante puede que pinte ó que esculpa.

— Y para hacer eso que dices, ¿cómo es que no comes con sosiego, ni trabajas á gusto, y te distraes y no atiendes á tu obligación?

— Sí que atiendo, y de sobra.

— ¿Cómo es que no miras por el nombre que llevas?

— Miro mucho más de lo que usted se figura.

— No es verdad. ¿Cómo es que siempre estás pensando en no sé qué?

— Porque el Arte es una pasión.

— Habla claro. Aquí hay algún secreto que no me dices.

— No hay ningún secreto; es que el Arte puede más que nosotros.

— ¿Y qué es eso del Arte?

— Ya le he dicho á usted que no lo puede usted entender.

— Explícamelo.

— Es imposible explicarlo. Estas cosas no se explican, se sienten, nace uno con ellas dentro, y las va queriendo, queriendo, hasta que llega día en que no puede uno abandonarlas.

— ¿Pero á quién es á quien se va queriendo, queriendo, como tú dices?

— Á nadie; á una cosa que es un deseo de crear, de hacer obras, de realizar lo que se sueña.

— ¿Pero dónde está todo eso?

— En ninguna parte y en todas. No sé cómo decirle á usted. Está dentro del pensamiento.

— Ramoncito, ó estás loco, ó me vas á volver loco á mí. Tú tienes alguna mujer, no sé dónde, y te has encaprichado de ella, y no lo quieres decir.

— El Arte es mejor que ninguna mujer.

— Tengo cincuenta años y á mí no me engañas.

— Ni le engaño á usted ni le quiero engañar. He hablado porque me ha preguntado usted, pero sabiendo ya que no había usted de comprenderme.

— Pues una cosa entiendo, y desde hoy la tendrás que hacer: que te ocupes de la obligación, que no te distraigas del negocio, y que seas formal como lo he sido yo y como lo hemos sido todos los de la casa, y si no, no vas más á Llotja.

— Padre, si no fuese á Llotja, iría á otra parte. No es en Llotja donde está el mal; el mal le llevo yo dentro.

— Pues yo te le sacaré á la fuerza.

— Padre...

— ¡Hijo! — saltó Tomasa, viendo que se acercaba un conflicto—. No contestes. Piensa con quién estás hablando.

— Ya lo pienso, pero...

— ¡Haz lo que te mande tu padre, por Dios!

— Ya lo haré. Cumpliré con mi obligación — dijo levantándose para salir.

— Y ahora, ¿dónde vas? — dijo el señor Esteban.

— Ahora... á Llotja.

— ¿Cómo se entiende?

— ¡Se entiende que voy! Cumpliré con mi obligación, y mi obligación es de día. Bastante cumplirla es estarse doce horas uncido al mostrador. De noche tengo mi mostrador, en el que si no se ganan dineros, se gana... No me entenderían ustedes.

Y cogió el sombrero y se marchó.

V

La gente de bien va á ver *Buena gente*.

Esta conversación rápida que había tenido el señor Esteban con su hijo, por el pronto no tuvo importancia. Había sido una nube que pasó sobre «La Puntual», pero un cielo que había estado sereno desde 1830 no había de enturbiarlo una niebla que pasa.

Ramoncito cumplió su palabra; seguía yendo á Llotja, pero estaba en el escritorio, llevaba la correspondencia, no dibujaba en el Inventario, pero si la procesión le andaba por dentro, por fuera no se le notaba nada. Era el perfecto comerciante, entregado en cuerpo y alma á la noble mercería. La madre estaba contenta porque veía que la armonía había vuelto al «hogar», y el señor Esteban, ya repuesto del susto, no era tan exigente como antes, se hacía cargo, no tiraba tanto de la cuerda, daba beligerancia al muchacho, le había interesado en la casa para ver de seducirle con el atractivo del balance, y todos habían

hecho concesiones: Ramoncito de exaltación, y el señor Esteban de prudencia.

Hasta un día, un domingo por la tarde, dijo á Tomasa y al muchacho que se vistiesen con la ropa mejor, que les llevaría á Romea á ver *Buena gente*, una comedia que decía el «Brusi» que se podía ir á ver sin peligro de perversión ni de trastorno de ideas.

Se vistieron y fueron.

Tomaron tres butacas de primera fila para poder hacerse cargo de todo, y subieron la escalera.

El muchacho ya había estado en Romea, pero los padres no habían estado nunca, y cuando llegaron á lo alto del salón, aquel aire que tiene de casa bien arreglada, aquella pintura prudente, aquellos retratos de familia que hay por las paredes y aquellos divanes sufridos que hay todo en derredor, les hicieron muy buen efecto. Se conocía que era un teatro honrado, una casa seria, y que la gente que iba á él era también gente seria, y les parecía que veían las caras de los honrados comerciantes de su barrio de Ribera, y se encontraron como en su casa.

Entraron, se sentaron; tocaron un poco de música mientras se llenaban las butacas, y cuando estaban más distraídos, se levantó el telón sin avisarles.

Arriba, en el escenario, una casa de préstamos. Aunque el señor Esteban no había visto ninguna, gracias á Dios, lo conoció en seguida al ver que la gente empeñaba cosas y conoció también inmediatamente que un señor muy reposado que se paseaba arriba y abajo era el amo de la casa, porque tenía

voz de mando; que un viejecito era el tenedor, porque tenía voz de obedecer, y que un dependiente era el sobrino, porque llamaba tío al amo.

El amo, á quien llamaban señor Bautista, era un hombre de cierta edad. Al señor Esteban y á su mujer, aunque tenía casa de préstamos, les pareció hombre como Dios manda, tranquilo y digno, y que se expresaba muy bien. Las cosas que decía del comercio, de los balances y de la Teneduría les parecieron muy bien dichas, y su ambición de hacer dinero, fuera como fuera, pero honradamente, la encontraron muy natural. Había hecho prosperar la casa, según iba diciendo, por medio del ahorro, y el que prospera de ese modo puede llevar la cabeza muy alta y «hacer frente» á las circunstancias por muy espinosas que sean. No había tenido descendencia, y el trabajar como trabajaba sin tener en cuenta la descendencia, sólo por el deber que todo hombre tiene de aumentar los «caudales» de su fortuna, ya es cosa digna de respeto.

Quería adoptar á una muchacha y se lo estaba contando al tenedor, y no por él, sino por dar gusto á su mujer, y eso de dar gusto á la mujer en cosa de tanto gasto, también era digno de respeto. No todos los que no tienen hijos los adoptan así como así, y menos á muchachas de la Inclusa, como la que ellos querían adoptar.

Al saberlo, los parientes les daban consejos, y también el señor Esteban y su mujer lo encontraron muy natural. Ellos no la hubieran adoptado. Hay que pen-

sar mucho antes de meter un extraño en casa. Una muchacha de la Inclusa, por buena y honrada que salga, siempre es un gasto que se echa uno encima, y los parientes tenían razón, y si el señor Esteban en persona hubiera podido subir á las tablas, le hubiera aconsejado lo mismo y habrían acabado por entenderse.

Con quien no se hubiera entendido nunca es con un sobrino del señor Bautista que entró alborotándolo todo. Aquel sobrino era pintor, un poca lacha de dibujante, tan desconcertado y tan loco, que el señor Esteban no comprendía cómo á un mala cabeza como aquél le dejaban entrar en la casa. Figúrense ustedes si sería loco el tal pintor, que despreciaba el dinero que le pudiese dejar su tío; que le habían ofrecido una plaza en el establecimiento comercial y no la había querido aceptar para poder seguir adelante con su manía; que se alababa de ser pobre, que quería ganarse la vida trabajando sin depender de nadie y sólo por el mérito y el saber; que no tenía miramientos ni para las cosas más sagradas, como son el escritorio y los libros; que no se quería convencer de que un rico valga mucho más que un pobre, y que con el mismo poco respeto hablaba de los testamentos que del Banco de España, que del crédito, que del Mayor, que del Diario.

— ¿De dónde habrá salido este loco? — dijo el señor Esteban indignado.

— No es loco, es un artista — contestó Ramoncito.

— ¿Sabes lo que es? Un gran poca vergüenza.

— Á mí me gusta.

— ¿El qué? ¿Lo que dice?

— Lo que dice y lo que piensa.

— Vamos, muchacho, tú no estás bueno, si te pones de parte de este cabeza á pájaros. Ya verás qué fin tiene.

— Yo diría lo mismo que él.

— ¡Tú!

— No os acaloréis — dijo Tomasa —. ¿No veis que es una comedia?

— Es que en las comedias hay cosas...

— ¿Quieren ustedes hacer el favor de callar? — dijo un señor de detrás.

Y siguió el acto con las conversaciones de los parientes, con las desvergüenzas del sobrino y con la llegada de la inclusera: una muchacha con los ojos malos, vestida con el traje de la Inclusa, que cuanto más la halagaban y más buenas palabras le decían, más lloraba y menos lo agradecía, cosa que el señor Esteban no entendió, que la señora Tomasa casi comprendía, y que á Ramoncito le excitó tanto, que dijo cuando cayó el telón:

— Si á esto le llaman buena gente, preferiría yo ser un perdido. Estos son ladrones de levita.

El entreacto fué silencioso; aquellas palabras del muchacho habían hecho mal efecto al señor Esteban. ¿Qué había querido decir con lo de la levita? ¿Dónde estaban los ladrones de levita? ¿Y quién robaba en el mundo con levita? ¿El hacer negocio con los que no saben guardar el dinero, es cosa legal? ¿Si llevaban

un interés aunque fuese de real por duro, no estaban conformes los del duro? ¿Qué obligaba á nadie á arruinarse por fuerza aquel señor Bautista, hombre tan cabal? Si en el mundo no hubiese quien pide, ¿cómo podría haber quien ganase? Si el señor Bautista, después de haberlo ganado tirase el oro por la ventana, santo y muy bueno que se le llamase tonto; pero á un hombre que ahorra, que se hacía un nombre, que prosperaba, á quien respetaba todo el mundo, ¿se le podía tratar de mala manera? ¡Bah! Los jóvenes dicen palabras sin saber lo que dicen.

Prueba de que el señor Bautista de la comedia era un grande hombre, es que en el segundo acto era ya más rico y pronto sería un gran señor. Se enamoraba de la muchacha, eso sí, pero eso son cosas del mundo, flaquezas, vértigos, que el comerciante más firme puede tener sin que por ello se resienta el crédito; es verdad que aborrecía á su mujer, pero ¿qué tiene que ver la mujer con la marcha del comercio, ni las interioridades de la familia con la buena administración y el engrandecimiento de la casa?

— Este hombre está trastornado — dijo el señor Esteban á mitad de acto.

— Este hombre es un canalla — dijo Ramoncito exaltándose.

— Son comedias — decía Tomasa.

— ¡Que se callen! — decía el de detrás.

Y entretanto, en las tablas había salido el dibujante y le decía á la inclusera todo aquello de ideales y arte, y belleza, y aquellas palabras extrañas que el

señor Esteban había oído decir á su hijo y que encontraba repetidas allí como si el autor fuese el mismo que se las hacía decir á uno y otro, y que le iban cayendo en los oídos como blasfemias incomprensibles é iban espantando á Tomasa, y hacían levantar de su asiento á Ramoncito, que no tenía ojos bastantes para seguir la acción ni oídos para escuchar las palabras imprudentes del pintor.

Acabado el segundo acto, Tomasa se hubiera ido de buena gana. Estaba entre dos pensamientos opuestos, y aunque no los veía los temía. Á un lado sentía el pasado, con años y años de perseverancia, de buena conducta, de regla, de tradición, y al otro el porvenir, con temblores de entusiasmo, de juventud y de alegría, y si por un lado era mujer, por el otro era madre.

Cuando volvieron á levantar el telón el señor Bautista ya era banquero, y el señor Esteban se le quedó mirando con consideración y respeto. Llegaba el fruto del trabajo, la perseverancia había triunfado. Como él, como tantos Estébanes como él, podía ser presidente de Cajas, consejero de ferrocarriles, senador, Junta, Acción y Título. Los malos instintos con la inclusera y las crueldades con la mujer eran cosas que no entraban en cuenta. Los escalones de la fortuna quedaban esfumados en el fondo, y no se veía más que una cosa, el triunfo del señor Bautista, el triunfo de la Economía, el poder de la Riqueza, la glorificación del Dinero. ¿Qué importaba que para conseguirlo hubiese arruinado familias y llevado á la mi-

sería á tantos hombres, si no eran dignos de ser ricos? ¿Acaso se ganan batallas sin víctimas? ¿Qué importa que una fortuna se riegue con lágrimas? ¿Acaso era él quien fabricaba las lágrimas? ¿Qué culpa tenía él si al hacer el favor de prestarles los cuartos les había hecho desgraciados? ¿No lo hubieran sido también sin los cuartos? El señor Bautista tenía razón. Todo quien fuese Esteban tenía que dársela. Y en vez de haerlo así, cuando salía aquel pintamonas á llevarse á la inclusera (que era la espina del pescado), y á los parientes y al señor Bautista les llamaba usureros, entierahonras, sepultureros de todo lo noble y enemigos de toda hermosura, con una desvergüenza indigna, en vez de gritar el público para que echasen á aquel loco que llevaba la perturbación á casa de una gente honrada y laboriosa, le aplaudían y Ramoncito se excitaba, y hacían que saliese á saludar á un hombre alto, medio canoso y descabellado como aquellos amigos de Llotja, y ni unos sabían por qué gritaban ni sabía él por qué salía.

Al cuarto acto el señor Baustista estaba sentado en un sillón y padecía de gota. Todos los que han trabajado mucho en este mundo, acaban por padecer de gota. Se le había muerto la señorá, y aunque ya estaba acostumbrado á que se le muriesen señoras, estaba muy abatido. Como el señor Bautista era hombre á quien le gustaba hacer las cosas con todo su conocimiento y no hacerlas en el momento crítico, hablaba de hacer testamento, y como los parientes eran gentes serias que sabían lo que es hacer testa-

mento, tenían ganas de que lo hiciese para dejar las cosas en orden, cuando llegó el dibujante con la que ya era su mujer á desbaratar las cosas.

Claro que dijeron que venían á cuidarle, que estarían á su lado, que le traerían al niño para que le alegrase la vejez, y que no lo hacían por el interés; fuera del loco de Ramoncito y de aquellos alborotadores del público, ni los señores Esteban de fuera ni los señores Bautistas de dentro creyeron palabra de lo que decían. ¡Buenos están los tiempos para retóricas! ¡Como si no hubiese más que cuidar á la gente de balde sin esperar recompensa! ¿Se figuraba aquel pintorzuelo que no sabían las cuatro reglas ni las matemáticas del vivir aquellos hombres de negocios? ¿Se figuraban que una fortuna se deja escapar así como así por cuatro palabras de efecto? Lo que consiguieron con sus voces fué trastornar al señor Bautista. Aquel hombre, que en salud era un hombre tan entero, tan recto y con tanto sentido común, acobardado por la enfermedad, tuvo un momento de flaqueza y los echó á todos de casa, y se quejó de su suerte, y tuvo dudas del pasado, y hasta quería dar el dinero, aquel dinero tan trabajado, tan sudado, tan sacado de la misma sangre, aquellos suspiros acuña-dos, aquel montón de lamentos y lágrimas que tenía encerrado en la caja.

Los señores Esteban se pusieron amarillos cuando vieron que los daba, y los Ramoncitos se alegraron; pero en aquella lucha rápida triunfaron los señores Esteban, como triunfan siempre en la vida. Pasado

aquel desvarío, volvió á coger los dineros y los volvió á encerrar en la caja. El hombre alto volvió á salir, porque le volvieron á llamar, y, como sucede en todas las cosas, unos se marcharon contentos y otros desilusionados.

La señora Tomasa, al salir, pensó lo mejor que puede pensarse: que todo aquello eran comedias; el señor Esteban rumió lo que era capaz de rumiar, que no era gran cosa. Pero Ramoncito, que era joven y á quien le faltaba experiencia, se marchó con un hervidero en la cabeza que había de traer consecuencias. No durmió, no almorzó, y fué á Llotja con más afán que nunca.

Tanto fué á Llotja, que si aquel hombre despeinado que había escrito la comedia hubiera podido sospechar el estrago de aquella «Puntual», acaso no la hubiera escrito, ó acaso le hubiera añadido más actos.

¡Ojalá no hubiesen ido nunca al teatro!

VI

De cómo se levanta una tempestad en un estanque de aguas muertas.

Sí, hubieran hecho bien en no ir al teatro.

Así como basta una chispa para incendiar un polvorín, cuando una imaginación está llena, una cosa tan inocente como ver una comedia la puede hacer abrirse como una flor. Aquellos libros que Ramoncito había leído, aquellos dibujos que había hecho y aquellos compañeros que había tenido le habían ido calentando la cabeza, y no faltaba más que un fósforo para provocar el estallido.

Desde aquel día en adelante, Ramoncito decidió seguir su idea, cueste lo que cueste y pase lo que pase. Quiso salir de aquel estanque y echarse al mar de sus sueños; quiso sentir el placer de volar aunque tuviese que romperse las alas; quiso ser «artista», en una palabra; dejar aquel nido arrinconado, aquel cajón de trencillas, aquel antro, aquel molino de hacer dinero, y lanzarse á la ventura.

Ya por las tardes, sin miramientos, cogía el lápiz y

salía, y volvía á la hora de cenar y volvía á salir en seguida; ya se había atrevido á colgar dibujos de las paredes y á que los viese quien quisiera; ya había profanado la tienda dibujando en el altar mayor, dentro del mismo escritorio, al lado del señor Pablo, que lo veía con espanto; ya hacía entrar á los compañeros en el santuario sin santiguarse en la puerta, y en medio de los cajones y de los parroquianos discutían de sus cosas; ya no había nada sagrado. Las tiendas, como las iglesias, cuando se les ha perdido el respeto, no queda en ellas fe para los que en ellas viven; la confianza mata la fe, y muerto el perro se acabó la rabia. Sin fe no hay mercería.

El señor Esteban se había enterado. Claro es que se había enterado; y Ramoncito se había enterado de que el señor Esteban se enteraba, y si no se decían nada uno á otro es porque tenían miedo al escándalo. Era tan grande, tan inmenso lo que Ramoncito quería destruir; ha echado tantas raíces una tienda de setenta años; se ha criado tanto moho en una casa de comercio en la que han hecho números cuatro generaciones; están tan húmedas de sudor, de sudor de padres á hijos, las paredes de un establecimiento que lleva casi un siglo de sudar, que con toda el ansia que tenía de marcharse, comprendía que cuando lo dijese crujirían las paredes y sangrarían las entrañas, y hacía y callaba; y era tan extraño el temor que tenía el señor Esteban á un no sé qué que se acercaba, á un temblor que sentía, á un trastorno que veía venir, que no se atrevía á decir nada por

miedo á que con el sonido de la voz se hundiese todo de repente. El uno tenía miedo de hablar y el otro de oír. Los labios empezaban á abrirse y se cerraban antes de haber dicho nada. La voz no se atrevía á salir por temor de comprometerse, y uno y otro hablaban bajo, y lo menos posible, como si no quisieran despertar á un enfermo que hubiese en la casa.

La madre, como todas las madres, sufría sin saber por qué. Les miraba á los dos á los ojos, y veía luces de duda que no había visto nunca. Adivinaba en el marido (él, que siempre había sido tan pacífico) un hervor de pensamientos negros que le enturbiaban la vista, y adivinaba en su hijo olas de color de rosa y nublados de obscuridad que se encendían y se apagaban; y le trastornaba tanto aquel no sé qué que presentía, que iba de uno en otro suplicando con la mirada, pidiendo misericordia, queriendo implorar de su Esteban un perdón para lo que viniese y queriendo apartar al hijo de lo que ya veía venir.

Y vino lo que veía, y al fin se abrieron aquellos labios y la tempestad que amagaba estalló como una bomba, y los cimientos de «La Puntual» parecieron salirse de quicio y temblaron las cajas y se agrietaron las vigas.

Un día, por la mañana temprano, Ramoncito se marchó sin decir nada á nadie.

Comió, y se disponía á volverse á marchar, y el señor Esteban se acercó á la puerta y cubriendo la salida con su cuerpo, palpitante y tembloroso le dijo:

— ¡Detente, Ramoncito! Antes de que te vayas

tenemos que hablar. Entra y siéntate, y acabemos de una vez y sepamos lo que pasa.

Entraron en la sala. El señor Esteban cerró las puertas, y, una vez sentados los dos, el padre dijo:

— Ramoncito, ya sabes que una vez te pregunté qué hacías. Tú me dijiste que ibas á Llotja y yo no supe más. Tú ya sabes que no hay nada en el mundo, quitándote á tí y á tu madre, que yo quiera tanto como la tienda. Tú ya sabes que me prometiste que la cuidarías como cosa propia, que tuya es y tuya ha de ser, y en vez de cumplir lo que prometiste, ya no sólo has ido á Llotja, sino que te marchas por las tardes, y hoy te has marchado por la mañana y mañana te marcharás para siempre, si no hablamos claro y no te explicas. Dime de una vez: ¿adónde vas cuando sales de casa?

— Á estudiar.

— Eso ya lo has dicho. Dime si dices la verdad, y si la dices, ¿para qué ha de servirte todo eso que estudias?

— Padre...—dijo Ramoncito temblándole las palabras en los labios—. Padre, hace mucho tiempo que estoy queriendo decirle á usted la verdad; pero... me da tanto miedo decirsela, que no sé si se la debo decir.

— Dila, y no tengas miedo.

— No tengo miedo por mí; es por usted. Lo que le quiero decir es tan amargo que, aunque el corazón me dice que se lo diga..., el pensamiento me detiene.

— Acabemos — dijo el señor Esteban, vibrándole

dentro nervios que tenía dormidos hacía cincuenta años.

— Pues... — dijo Ramoncito, pálido como un lirio muerto—. Pues eso que estudio y que pregunta usted para qué me va á servir, me va á servir para una cosa: para la carrera que quiero seguir.

— ¿Para la carrera que quieres seguir? — dijo el señor Esteban, poniéndose amarillo—. ¿Para la carrera que quieres seguir? ¿Es que no tienes ya tu carrera? ¿Ó es que quisieras dejar la tienda? ¿Tú sabes lo que dices?

— ¡Sí, señor!

— ¿Que sí señor acabas de decir? ¿Y lo dices tranquilo? ¿Y lo dices mirándome? ¿Y no se caen el cielo y la tierra? ¿Y eres hijo mío? ¿Y eres de casa? ¿Y has nacido de mí y de mi mujer? ¡Y te atreves á hablar, rayo de Dios!

— Padre..., usted es quien me ha hecho hablar.

— ¿Es que no tenías otro puñal para darme una puñalada? ¿Lo dices para matarme? ¿Me quieres matar? ¿No sabes que esta tienda es más que tú y más que nosotros, que nos ha criado, que nos ha dado nombre, que es nuestro nombre, el que llevamos y el que tú quieres arrancar y pisotear, y no lo pisotearás, ¡no!, porque antes nos harías pedazos á mí y á tu madre, y á todos... ¡Calla, calla! ¡No te quiero oír! ¡No! ¡Habla, que lo quiero saber todo! ¿Qué carrera, qué carrera es ésa? ¡Dilo de una vez! ¡Di! ¿Cuál?

— Es inútil que lo diga.

— ¡Te lo mando!

— Es... ser... escultor...

Si hubiesen dado un martillazo en la cabeza al señor Esteban no le hubieran hecho tanto daño como le hizo el oír «escultor». Como un rayo que cae en una peña, aquella luz de aquel estudio que había visto de joven, con las mujeres, con el barullo, con aquella desnudez y aquel desorden, le rebotó en el cerebro, y no tuvo tiempo sino para apoyarse y no caer cuan largo era. Quiso contestar y no pudo; quiso insultar á su hijo y no encontró palabras; quiso llorar y no encontró lágrimas; quiso morir de repente y no encontró la muerte al lado.

Ramoncito le miró, suplicante, con los ojos llenos de lágrimas, y castañeteándole los dientes, dijo:

— Padre, escuche usted...

— ¡No! ¡No puedo escuchar! —logró decir el señor Esteban sosteniéndose la cabeza con las manos—. ¡Ya sé lo que es ser escultor! Es ser un perdido. ¡Es vivir con gente perdida! ¡Es deshorrar el nombre de tu padre!

— ¡No! ¡Eso no! — dijo Ramoncito con energía.

— ¡Que no! ¡Aun no pensabas tú venir al mundo, y ya sabía yo lo que es ese oficio! ¡Oficio de perdidos, de miserables, de pobres!

— Padre...

— ¡De pobres digo! ¡Yo, que me he afanado años y años para que tú no fueses pobre! ¡Yo, que he ahorrado tanto para tí! ¡Tu madre y yo que no hemos comido para que tú quedases bien! ¡Para hacerte hombre! ¡Para hacerte hombre digno! ¡Pagarnos con

la recompensa de querer ser un miserable! ¡Vete, quítate de delante y borra el nombre que llevas!

— Padre, déjeme usted hablar.

— ¿Y qué vas á decirme? ¡Qué me podrás decir que yo no sepa! ¡Ya veía venir la deshonra y la perdición de la casa, pero nunca la hubiera creído tan grande! ¡Me matas..., me matas! — iba diciendo.

Y aquel hombre tan reposado, tan sereno, tan poca cosa, aplastado por aquel terremoto que le echaba al suelo todo un pasado de creencias, toda una generación de ideas y todo un caudal de pensamientos, hacía tanto estruendo en aquel estanque de silencio, que Ramoncito le dijo:

— ¡Perdón, padre, perdón!

— ¡Vete! —le contestó el padre—. ¡Vete, malvado! ¡Te desheredo!

— ¡Perdón! —siguió diciendo el muchacho—. No me importa que me desherede usted. ¡Lo que yo quiero es que me perdone! ¡Sólo que me perdone! ¡Yo no quiero el dinero!

— ¡Calla por lo menos!

— Perdóneme usted, y le obedeceré; no le daré á usted más disgustos. No seré... escultor. ¡No seré nada! Seré lo que usted me mande.

— ¡Calla! Que eso lo dices por decir. ¡Ya lo has prometido otras veces, y después, á hacer tu gusto! ¡Ya no me engañas; ya te conozco!

— No me conoce usted. Eso sí que lo sé.

— Trabajo me ha costado, pero por fin te he entendido.

Y echándose á llorar en el sillón por primera vez en su vida, dijo sacándose las palabras del alma :

— Podías haberme matado á mí, en vez de matar á la casa. ¡Yo de viejo no puedo pasar, y la casa nunca se hace vieja!

— ¡Padre, si no le quiero matar á usted! — decía Ramoncito, mientras el señor Esteban lloraba—. ¡Le juro á usted que no le quiero matar! Haré lo que usted me diga; pero sepa usted que lo que yo quería hacer no era para matar la casa. Yo quería trabajar, trabajar de noche, de día, á todas horas, matándome de trabajo para ir subiendo, para levantar una casa, que no se levanta con piedras ni con dineros, que se levanta con sueños y con gloria.

— ¡Tantos años de batallar hora tras hora! — dijo el señor Esteban como si hablase solo.

— Yo también quería trabajar; yo también tengo en mucho el nombre que llevo, que es el de usted y el mío y el de mis abuelos. ¡Y no hubiera muerto porque yo fuese escultor! ¡La vida que yo le hubiera dado al mármol habría sido de usted, habría venido de usted! ¡Hubiera sido el tejado de que hablaba el abuelo á la hora de la muerte! Habría hecho las estatuas para hermostear esa «Puntual» á que usted tanto quiere y yo también, pero de otro modo; usted, porque la ha criado, y yo, porque ella me ha criado á mí; usted, porque ha sacado de ella el nombre, y yo, porque quisiera darle nombre á ella; usted, porque ha sacado provecho de ella; yo para esculpirle una lápida.

— ¡Tantos años, tantos años pasados! — seguía diciendo el señor Esteban.

— ¡No me moveré, no volveré á moverme de detrás del mostrador! ¡Haré lo que usted quiera; dinero, siempre dinero! ¡Pero si un día se da usted cuenta de que me voy haciendo rico, pero me voy poniendo triste; que voy aumentando la fortuna, pero que voy perdiendo la alegría; que me he apagado todos los sueños y arrancado las esperanzas y muerto la fe y pisoteado las ilusiones y despedazado dentro del corazón todo lo que tenía de vida, al menos, al menos..., compréndalo usted, y téngame usted lástima, que enterrar la fantasía á los veintitrés años, como ahora tengo, acaso tenga más mérito que el hacer fortuna; y esto lo hago por usted, que no por mí; para mí la libertad es la vida, y para usted sería la muerte, y como quiero que viva usted..., me quedo!

— ¡Tanto tiempo pasado! — decía el señor Esteban.

— ¡Tanto tiempo como tiene que pasar! — decía el hijo.

— ¡No puedo! ¡No lo puedo resistir!

— Padre — le dijo acercándose —. Vuelvo á pedirle á usted perdón.

— ¡No puedo, no puedo! — volvió á decir acercándose á la puerta.

Y cuando la iba á abrir salió su mujer, también hecha un mar de lágrimas, y se abrazaron los dos viejos.

Ramoncito, desde la sala, imploraba un poco de consuelo, una mirada, un gesto, un movimiento, que

siquiera le pagasen el sacrificio que hacía, y los ojos de la madre le dieron lo que pedía.

Mohino y triste, se bajó á la tienda, y con la cabeza llena de imaginaciones y el corazón amargado de tristeza, fué apuntando en el libro Diario las madejas de hilo que vendía y las ilusiones que devanaba.

VII

La última aleluya. — Apágase el señor Esteban, muere la casa y muere el pliego de aleluyas.

El año que siguió á esta escena fué año de invierno para la casa.

El señor Esteban había tardado en tener emociones; pero la primera que había tenido, fué buena. Tan buena, que no pudo reponerse de ella.

Ramoncito cumplía lo pactado. No había vuelto á hablar de lo «suyo»; de aquel oficio de escultor, que ninguno se atrevía ni á nombrar; no había vuelto á salir ninguna tarde; no había vuelto á ir á dibujar; se había despedido de los compañeros, y no se movía de la «garita», cumpliendo su deber como un centinela; pero en el fondo de aquella calma se notaba el «mar de fondo», una inquietud de mal tiempo que hacía presentir grandes tempestades.

Ramoncito cumplía con su obligación, es verdad, y cumplía serenamente, sin quejas, sin rencor, sin dejar caer ninguna hoja amarga del árbol de su vida;

pero la risa, la alegría y el gozo se habían perdido en la casa, y aquella lluvia de carcajadas que sazónaba la aridez de aquella tierra áspera y seca, aquella risa de fuente fresca, que el señor Esteban no oía cuando surtían claras y abundantes, ahora que se habían secado las echaba de menos.

Nunca había llovido tanto como aquel año; nunca había habido tanto barro en la calle ni tanto polvo en la fachada; nunca se había desteñido tan de prisa aquel 1830; nunca el escaparate había estado más tedioso, ni el cuartel de enfrente había parecido más cuartel, más caja de cartón, más simétrico, más cajón de guardar hombres, de una monotonía más fría y más abrumadora.

Siempre había habido allí una especie de paz, de calma, que ahora era una paz de hielo. Tanto el matrimonio como el hijo sentían un frío que no sabían de dónde venía. No encontraban palabras que decirse, no tenían aliento para hablarse; notaban la convicción de que estaban haciéndose concesiones, pero que no podían entenderse, que aquello á que el hijo llamaba arte hacía centinela á la puerta y les miraba con los ojos tristes. Á veces al señor Esteban le venía á los labios la tentación de decir á su hijo: «Anda, anda á lo tuyo y no seas desgraciado»; pero la estantería le miraba y sentía en el corazón un nudo que le paralizaba las buenas intenciones. Muchas veces la madre decía al hijo un: «¿No te encuentras bien?» melancólico, que quería decir tanto como: «No tengo yo la culpa», que Ramoncito lo entendía, y la conso-

laba abrazándola; muchas veces el alma de artista se le volaba hacia una lejanía llena de esperanzas y de auroras, y el cuerpo se le quedaba vacío clavado en aquel mostrador. Cuanto más cerca estaban, más lejos vivían uno de otro.

Y el señor Esteban estaba enfermo. Desde el día del trastorno había empezado á tener sed; una sed que no era sed de beber; era deseo de ahogar una quemazón que sentía; sed de calmar la sangre que le pedía agua; sed de tierra que tiene ansia de que la rieguen. Al principio no hacía caso. Había pasado tantos y tantos años sin que le molestase el cuerpo, que ya no contaba con él; tenía una salud tan de reloj de los que no adelantan ni atrasan, que nunca se le había ocurrido darle cuerda. Pero después de la sed le vino un hambre tan fuera de lo natural, un deseo de comer tan fuera de hora y tan sin freno y sin conducta, y del hambre una tristeza, un decaimiento, y del decaimiento una melancolía, que él, que siempre había sido un roble, languidecía como un sauce y los alarmó á todos, é hicieron lo que nunca habían hecho: llamar al médico.

El médico, en cuanto le vió, adivinó lo que tenía. Tenía el no haber tenido nunca nada. Tenía la paz de tantos años que había fermentado y se había vuelto azúcar; tenía el mal de una sangre que, á fuerza de no serlo, se ha convertido en agua; tenía la enfermedad de «La Puntual», la enfermedad de la quietud, del no vivir, el principio de una muerte que empieza el día que se nace.

— Tiene diabetes — dijo el médico —. Este enfermo tiene que cuidarse.

— Le daremos todo lo que pida — dijo la señora Tomasa.

— No le tienen que dar ustedes nada de lo que pida. Cuantas más cosas tome, peor para él — dijo el doctor al despedirse.

Y el pobre señor Esteban, cuando le querían cuidar, cuando tenía posición para no haberse privado de nada, tenía que estar privado de todo, si quería alargarse un poco la vida.

¡Ni comer podía el señor Esteban!

De aquella sed y aquel hambre le vino la postración. En aquella trifulca con Ramoncito había gastado todas las fuerzas, y ya no le quedaba más que azúcar, y ni azúcar podía tener; el azúcar para él era veneno. De resultas de su enfermedad se le fueron cayendo los dientes, y, como no podía mascar ni lo poco que le permitían comer, ni á vivir tenía derecho, y si comía se moría y si no comía se dejaba morir.

¡Pobre rico! ¡Pobre señor Esteban! ¿De qué le habían servido tantos años de perseverancia, de ahorro, de prisión y de mostrador? ¿Qué provecho había sacado de aquellas dichosas cuatro reglas y de aquella media vara? ¿Quién rompería aquella hucha que rebosaba de dinero? ¡El hijo! ¡El hijo! ¡Y dónde iría á parar el hijo!

Harto se lo preguntaba á veces, pero no tenía la cabeza para responder; hartó miraba hacia aquel más

allá que Ramoncito había nombrado; pero la vista no le alcanzaba á verlo; hartó intentaba á ver el camino por donde habían de correr aquellos dineros tan guardados; la lejanía estaba tan turbia, que no veía nada en la llanura.

Moriría como había vivido, sin ver más allá de la estantería.

Un día vinieron las tres Marías y le hablaron de un confesor, y se dejó confesar, y le hablaron de comulgar y dijo que sí por no tener ánimo para decir que no, y, faltándole fuerzas para vivir, se conformó á morir.

Eso sí, antes de entregarse tuvo un momento de reacción; uno de esos momentos que tiene la llama antes de apagarse para siempre, y recogiendo todas las fuerzas y reconcentrando todo el pensamiento y haciendo un esfuerzo sobrehumano, intentó desenredar la madeja que se le enredaba en el cerebro, diciendo á su heredero:

— Hijo, déjame hablarte ahora que puedo, que pronto ya no podré hablar. Mañana ó pasado me moriré, y si no fuese porque te dejo á ti y te dejo..., no sé cómo te dejo, no me importaría nada morir.

— No diga usted eso...

— Déjame decir, que aun estoy á tiempo. He trabajado mucho en este mundo. No he hecho más que eso, trabajar. Ahora me muero, y puedo decir que no he vivido, que no sé lo que es vivir; he pasado. No he hecho más que pasar. No he sido joven, no he sido hombre, no he sido nada en la vida. He sido un

tendero que se ha encontrado la casa hecha, que la ha cuidado, que la ha hecho seguir y prosperar, para que después viniese otro, tú, y la cuidases como yo la he cuidado, y tú, tú ya sé que la abandonarás.

— Padre — dijo el muchacho conmovido —, yo haré lo que usted me diga.

— Yo no he ambicionado nada para mí — siguió diciendo con voz débil —. No sé lo que son alegrías; no me han enseñado nunca á tenerlas. ¡No sabía lo que eran tristezas, y tú me has enseñado algunas! ¡No sabía llorar; ya he aprendido, pero he aprendido demasiado tarde! Os he querido. ¡Claro que os habré querido, pero hasta ahora no me entero, y ahora que me entero... me voy!

— ¡No, padre! ¡Si usted vivirá! ¡Si usted se pondrá bueno! — le dijo el muchacho.

— ¡Si te pondrás bueno! — le dijo la mujer.

— Ya sé yo que no; dejadme decir. Tú, Ramoncito, serás escultor. No sé si deseo que lo seas, pero sé que lo serás. Te he visto siempre en el escritorio, pero no estás en el escritorio. Has estado sólo por mí, y te lo agradezco. «Dése usted cuenta de mi sacrificio», recuerdo que me dijistes un día, y me he dado cuenta, y por eso hablo. Date cuenta del mío, te digo yo. Date cuenta siempre y á todas horas de que has tenido un padre que no fué nada en el mundo para que tú pudieses serlo; que hizo dinero para que le tuvieses tú, y que si alguna vez haces algo bueno en ese camino que quieres emprender, á no ser por mí, no lo hubieras hecho. Para que nazca una planta, hijo

mío, tiene que haberse abonado la tierra, y yo no he sido más que abono y tierra. Sé tú lo que ambicionas, ya que no has nacido para ser tierra, y acuérdate de este rincón dondè no hemos vivido para que tú vivieses.

Dicho esto, el pobre señor Esteban no pudo decir más... que merezca apuntarse en este pliego de aleluyas. Todo lo que había callado en la vida, lo había dicho en dos momentos. Cincuenta años de sembradura le habían florecido en los labios. Cinco generaciones de hombres prácticos le hacían hablar al lado de la muerte, y moría sin dolor, sin luz y sin tinieblas; moría ni joven ni viejo, con la cabeza ni caliente ni fría, con los ojos sin mirar á ninguna parte, con el pensamiento aletargado y la mirada confusa. Moría en el limbo, y aun después de muerto estaba tibio.

.....
Al día siguiente fué el entierro.

Ramoncito presidió el duelo con el señor Pablo, con el comerciante en granos, con el viajante de la casa, que vino del último viaje, y con los dependientes de «La Puntual».

No dejó de venir aquel faetón, aquellos cuatro coches y todos los comerciantes del barrio.

Como el día en que nació, llovía; llovía desde un cielo ceniciento y sin arrugas. Como aquel día, la comitiva tuvo que pasar entre el trajín de todo el comercio de Ribera, y también el muerto tuvo que detenerse para dar paso á los carros de algodón, de bacalao y de petróleo.

En una de estas paradas se rompió la fila del entierro. El duelo se quedó atrás y el difunto siguió y llegó solo al cementerio. Y en cuanto llegaron todos, metieron al señor Esteban en su nicho; en uno de esos nichos urbanos, lisos, fríos y numerados con números de los que se borran en la calma del olvido, y de los cuales no quedan ni señales.

— Que Dios le haya perdonado, si tenía algo que perdonarle — dijo el pobre señor Pablo.

— No había hecho mal á nadie — dijo uno.

— Ni lo había hecho, ni podía hacerlo — dijo otro. Y Ramoncito, que salía lloroso, se detuvo delante de una estatua, y pensó: «Yo haré estatuas.»

Y acordándose del muerto, añadió con el corazón agradecido: «Las haré porque «él» paga el mármol.»

FIN

OBRAS DE SANTIAGO RUSIÑOL

Impressions d'una excursió al Taga....	(Agotada)
Desde el molino. Ilustraciones de R. Casas..	(3. ^a edició)
L'home de l'orga. Monoleg	(Agotada)
Andalusia vista per un catalá. (Conferencia).....	(Íd.)
Discurs llegit en els Jocs Florals de Granollers	(Íd.)
Anant pel món. (2. ^a edició)	(Íd.)
Impresiones de arte. Ilustraciones de Zu- loaga, Mas i Fontdevila, Oller i Rusiñol....	(2. ^a edició)
Oracions. (2. ^a edició).....	(Agotada)
Els Caminants de la terra. Poema en prosa.	(Íd.)
Fulls de la vida.....	(2. ^a edició)
L'Alegria que passa.....	(4. ^a edició)
El Jardí abandonat. (Un acte).....	(2. ^a edició)
Teatre. L'Alegria que passa. — El Jardí aban- donat. — Cigales i formigues.....	(Agotada)
¡Llibertat! (Tres actes).	
Els Jocs Florals de Camprosa. (Un acte).	(2. ^a edició)
El Poble gris.....	(2. ^a edició)
El Malalt crònic. (Un acte).	
El Prestidigitador. (Monoleg).....	(Agotada)
Feminista. (Monoleg).....	(Íd.)

El Bon caçador. (Monoleg).....	(Agotada)
El Sarau de Llotja. (Monoleg)	(Íd.)
D'Aquí i d'allà	(2. ^a edició)
L'Heroe. (Tres actes) (3. ^a edició).....	(Agotada)
El Pati blau. (Dos actes).....	(2. ^a edició)
Desde el Molino. Impresiones de arte.	
Jardins d'Espanya.	
El mistic. (Cuatre actes).....	(5. ^a edició)
Els punxa-sarries. (Un acte).	
El Bomber. (Monoleg).....	(Agotada)
La nit de l'amor. (2. ^a edició).....	(Íd.)
Aucells de fang.	
L'Escudellòmetro. (Monoleg).....	(Agotada)
La Lletja. (Tres actes).	
El bon policia. (Dos actes).....	(2. ^a edició)
La bona gent. (Quatre actes).	
Monolegs.	
Tartarín de Tarascó, d'Alfons Daudet. Traducció.....	(Quart miler)
En barba azul. (Monoleg).	
La cançó de sempre. (Dialec).	
L'auca del senyor Estevo	(Agotada)
Vida y dulzura. En col·laboració amb en G. Martínez Sierra.	
La Mare. (Quatre actes). Onzè mille:.....	(Agotada)
Cigales i Formigues. (Nova edició).	
Festa Modernista del Cau Ferrat	(Agotant-se)
La primera carta. (Monoleg).	

La «Merienda» fraternal.

La Fira de Neuilly, de G. Martínez Sierra. Traducció.

L'hereu escampa. (Tres actes.)

El jardín abandonado. Traducció de M. Sarmiento.

¡Libertad! Traducció de J. Benavente.

El pueblo gris. Traducció de G. Martínez Sierra.

El Místico. Traducció de J. Dicenta. (2.^a edició.)

Hojas de la vida. Traducció de E. Chavarrí.

El Prestidigitador. Traducció de Vital Aza.

Pájaros de barro. Traducció de G. Martínez Sierra.

Buena gente. Traducció de G. Martínez Sierra.

La alegría que pasa. Traducció de Vital Aza.

Hojas de la vida. Traducció de M. Sarmiento.

La fea, El enfermo crónico. Traducció de G. Martínez Sierra.

Buena gente, El buen policía. Traducció de G. Martínez Sierra.

La eterna canción. Traducció de Castro Javaloyes.

L'alegresse qui passe. Traducció de Marius André. (Mercure de France.)

Cigarras y Hormigas. Traducció de G. Martínez Sierra. (Renacimiento.)

Il Jardino abandonato. Traducció de Vitorio Picca. (Art et Labor.)

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

El poema del trabajo. Poemas en prosa	1898
Diálogos fantásticos. Poemas en prosa.....	1899
Flores de escarcha. Poesías.....	1900
Almas ausentes. Novela corta	1900
Horas de sol. Novela corta.....	1901
Pascua florida. Novela corta	1901
Sol de la tarde. Novelas cortas	1904
La humilde verdad. Novela	1905
Hamlet y el cuerpo de Sarah Bernhardt. Poema en prosa. Ilustraciones de Marín.....	1905
La tristeza del Quijote. Ensayo. Ilustraciones de Marín.....	1905
Teatro de ensueño. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez	1905
Motivos. Crítica lírica	1906
Tú eres la paz. Novela.....	1907
La feria de Neuilly. Ilustraciones de Xavier Gosé.	1907
Aventura. Novela corta	1907
Vida y dulzura. Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol.....	1907
Aldea ilusoria. Cuentos. Ilustraciones de Laura Albeniz.....	1907
La casa de la primavera. Poesías.....	1907

Els savis de Vilatrista. Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol.....	1907
Torre de marfil. Novela corta.....	1908
El peregrino ilusionado. Viajes.....	1908
El agua dormida. Novelas cortas. (En prensa.)	
El amor catedrático. Novela. (En prensa.)	
Traumbilder. Traducción de Olga Lichtenstein....	1907
Jardín ensoleillé. Traducción de Pauline Garnier.	1907
Die blinden knaben. Traducción de Olga Lichtenstein.....	1907
La fira de Neuilly. Traducción de Santiago Rusiñol.....	1907

